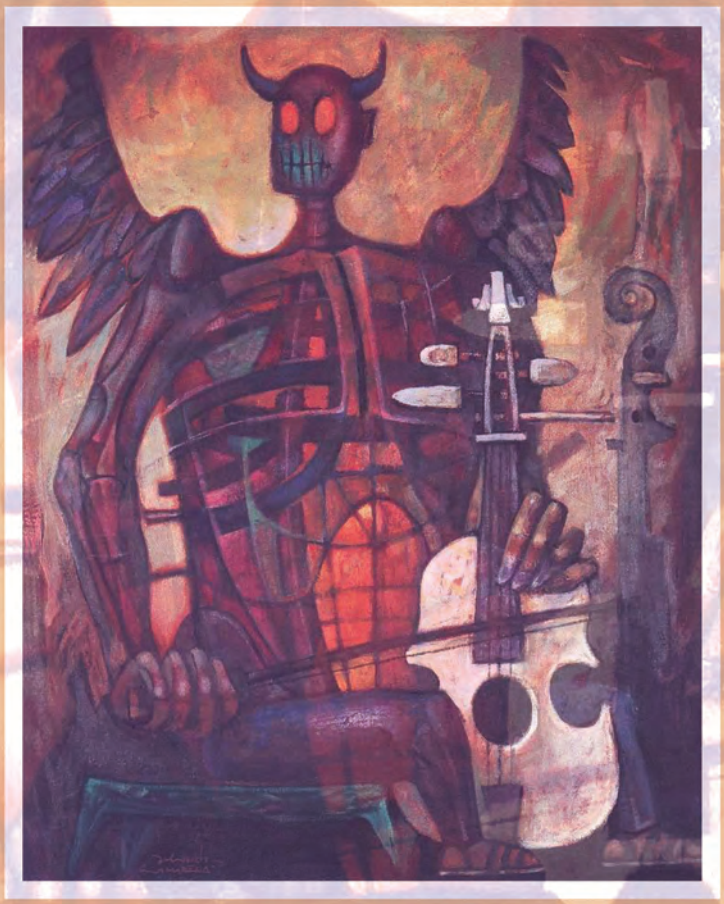
Diablerías

29 cuentos



Autores

Elsa Luz Levy Vázquez • Ruth Elizabeth Levy Vázquez • Laura Hernández Muñoz
Blanca Graciela de Aguinaga Vázquez • Gabriel Velazco Fernández
Sylvia González Quirarte • José Juan Pedro Brú y Tomás • Marco Antonio Tejeda Soto
Cecilia Dalmacia Sánchez Gil • José Amador Santana Soto • Beatriz Salcedo Strump
Constancio Porras Botello • María Yolanda Zamora Puente
Víctor Soliz Tapia • María Fernanda Sánchez Ontiveros • Blanca Idalia Galindo Chapa

Diablerías

29 cuentos

Diablerías

29 cuentos

JALISCO
GOBIERNO DEL ESTADO
SECRETARÍA
GENERAL
DE GOBIERNO

La Mesa Literaria

Fotografía de portada:
"El Diablo Filarmónico"
del pintor Jorge González Camarena.

ISBN: 978-607-97158-5-4

D.R. © 2016
GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO
Secretaría General de Gobierno
Dirección de Publicaciones
1er Piso del Edificio C, Unidad Administrativa Estatal
Guadalajara, Jalisco, México
www.jalisco.gob.mx

lamesaliteraria@gmail.com

Diseño y Producción: Dirección de Publicaciones del Gobierno del Estado de Jalisco

Impreso y hecho en México/Printed and made in Mexico

ÍNDICE

Prólogo 9

Yolanda Zamora
Pancho de los mil diablos 13
El encuentro… 17
El balcón de las albahacas 24

Gabriel Velasco
Todo tiene su precio 29

Marco Tejeda
Diálogo apócrifo 37
Réquiem para el diablo 40

Víctor Solís
Di lo que deseas y se te concederá 47

José Amador Santana
El rey 61
El alumno 65

María Fernanda Sánchez
En la cama 22 67
El niño llorón 70
Palabras al vapor 73

Beatriz Salcedo-Strumpf
Medusa 77

Constancio Porras
La muñeca 83
El cazador de demonios 90

Ruth Levy
Una zancadilla 97
Otra zancadilla 98
La tercera zancadilla no fue la vencida 99

Elsa Levy
El diablo en Guadalajara 101
El desempate 113

Laura Hernández-Muñoz
La enamorada del Ángel Caído 119
¿Valió la pena? 123

Sylvia O González
La misma historia 127
De cuando el diablo ya no quería ser diablo 131

Cecilia Dalmacia
Una entrevista 133

Blanca Idalia Galindo
Dablio 137

José Brú
El rebelde 141

Blanca De Aguinaga
¡Ah, qué diantres! 145
La chimenea 151

Prólogo

Advocatus diaboli

Cuánto se han esforzado los representantes de las religiones en tratar de convencer a sus fieles de la existencia del diablo, y la de su morada.

Cuántas horas de reflexión han gastado miles de seres en decidir si creer en ellos, o no.

Cuánta tinta, cuánto papel y cuántas palabras se han utilizado para escribir anécdotas, leyendas, novelas, poemas, canciones, y películas, en los que la figura del diablo es el tema principal.

Cuántos de esos textos son acusadores, jocosos, moralistas, profundos o irreverentes, porque el autor ejerce su arbitrio para crear narradores que cuentan una historia en la que la figura satánica es el protagonista, o el antagonista, o el antihéroe. Y es que algunos narradores concuerdan con Nietzsche cuando escribió: "El diablo mira con envidia a quien sufre mucho y lo expulsa al cielo"; o con Juan Calvino: "Hay que recordar que el diablo tiene sus milagros también"; o con Jean Anouilh: "Lo terrible en cuanto a Dios es que no se sabe nunca si es un truco del diablo"; entonces, resulta que se escribe una variedad de textos tan disímbolos como atractivos para la curiosidad del lector.

En este libro, el decimocuarto, de los integrantes de La Mesa Literaria, la mayoría de los 29 cuentos contiene el planteamiento general del tema: el diablo desea conquistar almas, arrebatárselas a Dios. ¡Ah!, sin embargo, he ahí la habilidad de los autores para sorprender expectativas, para tejer insospechadas exposiciones con nudos, y desenlaces, que provocan en el lector alzar las cejas, condolerse por la suerte del protagonista, o por la del antagonista; soltar una carcajada por andanzas diablescas fallidas;

meditar en los finales o sonreír satisfechos (por aquello de la voluntaria suspensión de la incredulidad, y "creer" lo que se está leyendo).

En Diablerías, cuatro textos contienen un sinónimo, una derivación o un paralelo con la representación de Satán; o sea, tratan de la maldad descrita en un ser inanimado o de los demonios personales que se materializan para destruir al hombre, quizás poseerlo; o reales fantasiosas ensoñaciones con el maligno durante la niñez y en un adulto.

Los autores crean a narradores con tres personas gramaticales: la primera, un "yo" que puede ser una mujer, un hombre, o el mismo diablo; la segunda, un "tú" que habla al protagonista directamente; y la tercera, narradores que cuentan experiencias de otros con el diablo o con la maldad pura.

Hay cuatro historias que cuenta el mismo diablo (un narrador satánico creado por una mano humana); así, leo cuatro esencias diferentes, cuatro personalidades distintas, y cuatro diversos objetivos, porque o hace partícipe al lector de lo que está haciendo y esperando una real pretensión de convencer(se) de su ser victorioso o un pobre diablo narra las desventuras sufridas en una pesadilla; u otra que es contada por un diablo menor; y uno casero, uno muy individual, que vive en un armario.

Los narradores en tercera persona son omnipotentes y omnipresentes como el diablo y su antagonista: Dios. En algunos de los textos, en los que se presentan ambos personajes, leo que intentan involucrarme a penetrar en el universo interno de la comprensión, en el de las confrontaciones y en el de las decisiones.

Otros narradores presentan horizontes, y entornos, que pueden ser irreales o cotidianos; temporales o atemporales; que cavilan con el protagonista, o con el antagonista; que describen al diablo de diferentes formas: humanas, animalescas o espectrales, o que revelan los pensamientos más recónditos de Satanás. Seis narradores

lo "humanizan" en un estallido de reflexiones y sentimientos tan paradójicos como el tema mismo de los textos, así leo la diatriba que escuchó un hombre en una cantina; o una petición al mismo Dios del porqué ya no quiere ser diablo.

Otros tres no lo hacen dialogar con el ser supremo, sino con un arcángel, con ángeles, o con Jesús de Nazaret. El primero, Miguel, responde a la acusación de Luzbel por haberlo arrojado del paraíso; los ángeles defienden el alma del humano en cuestión; y el casi monólogo de Lucifer con Jesús, en este 2015, es una desgarradora representación de lo que sucede en Israel y Palestina.

Los objetivos del maligno, en estos cuentos, no persiguen siempre la cosecha de almas; el diablo es ladino, soterrado, y más que astuto; juega con los hombres según los deseos de éstos y, a veces, cobra no sólo el alma por dar lo que se le ha pedido, o simplemente arrebata.

En Diablerías, también hay cuentos con un humor sarcástico si resultan victorias de humanos, o de seres de otras ficciones; es una burla a los poderes demoniacos, a la "inteligencia" satánica vencida por simples mortales, porque, como canta Luis Demetrio: "Al diablo se le olvidó pensar con la cabeza".

Diablerías es un libro para ser leído despacio, muy despacio; contiene tal gama de temas y personajes que yo, lectora, debo hacer un bosquejo mental de más de un diablo, con diferentes formas y objetivos, cuyo resultado del nudo, de esa máxima tensión entre fuerzas, puede, o no, poner fin al conflicto; y restituye, o no, el equilibrio de la situación.

Ruth Levy

Yolanda Zamora

Pancho de los mil diablos

No es que tenga pacto con el diablo, es sólo que se lleva de tú a tú con todos los demonios.

Sería que de niño la abuela le enseñó todas las mañas para sobrevivir. Sería quizá, esa primera guitarra, regalo del tío Rigoberto, con la que aprendió a conjurar dolores; sería finalmente que se encontró de frente, un día, con su propio demonio y de plano le perdió el miedo. Difícil decir por qué; pero, lo cierto es que los diablos y él se respetan y se llevan bien.

El primer diablo que lo visitó fue el propio Luzbel, príncipe de las tinieblas, ataviado de lujo y todavía con los vestigios de su antigua realeza: traje de brocado, capa de altos vuelos ribeteada de heráldica, trinche ardiente a manera de cetro, altas botas dobladas en la rodilla sobre ajustados mallones; una capucha roja monacal de la que salían los cuernos, grandes alas de murciélago y un rostro altivo de nariz aguileña, barba negra puntiaguda y bigotes dalíescos.

Luego, por Navidades, época de dolor y fatiga para los ángeles caídos, le llegó a casa de Pancho un grupo de diablos quejosos, muy molestos, hartos de actuar en los nacimientos sin retribución alguna; cansados de tentar inútilmente al ermitaño y de contemplar las caras aburridas de los pastores; hastiados de perder siempre en los enfrentamientos de las

pastorelas en los atrios de las iglesias. Claro, el bien siempre vence al mal, al menos en los sainetes.

Pancho supo comprenderlos, a los demonios, y los recibió de buen grado. Y se quedaron a vivir en su casa.

Esa compañía demonil, y su carácter rejego, un tanto arisco y ciertamente de muy pocas pulgas, le valió el apelativo de "Pancho de los mil diablos". Así fue como la fama de "Pancho de los mil diablos" empezó a correrse por todo el barrio, y también, hay que decirlo, hizo eco, entre olores de azufre, de infierno en infierno.

Le llegaban a su casa todo tipo de diablos: el cariarrepentido cargando culpas, el diablo-poeta calavera en mano al estilo Hamlet, el de la pata de gallo dando saltitos, el botijón de la cerveza, el ranchero de calzón blanco y ceñidor rojo de lana, el del sarape negro bordado, el de la serpiente enroscada en la pierna, otro más con la mueca atorada en el rostro como si estuviera estreñido, el del complejo de vampiro cuello alto y dientes largos, el "chiquito pero picoso", el de las alas moradas y verdes, otro más con chipiturco colorado y, bueno… ¡hasta los siete vicios capitales entraron como pecados por su casa! En fin, que había chamucos por todas partes, y de todos los gremios.

A Pancho no le molestaban. Seguía trabajando sus alquimias de colores, frente a su lienzo, sin que le afectara jamás el entrar y salir de los demonios. Claro, de vez en cuando, alguno de ellos, abusando de la hospitalidad de Pancho, se le mete en el cuerpo y entonces sí, rayos y fulgores salen de la casa, se le encabrona el espíritu, a Pancho, y yo lo veo como obsesionado, con las cejas gruesas muy juntas y agarrado a sus pinceles por días, por semanas, pintando endiabladamente, como si el alma le fuera en ello. Luego viene el sosiego. Fuera de estos episodios, la vida transcurre tranquilamente en casa de Pancho.

Un día, tocaron fuerte a la puerta. Pancho salió a abrir y música atronadora entró como ráfaga caliente. Todo un conjunto de chamucos

rayados, que desde Ocumichu llegaron, entró convirtiendo la tranquila tarde en cohetería. Uno con guitarra, otro con trompeta, el de más allá con platillos y otros con clarinete, guitarrón, maracas… La estridencia de la banda llamó la atención del barrio entero. Los vecinos protestaron y ya hasta querían echarle agua bendita a la casa. Algunas señoras de la Cofradía de Santa Brígida expulsachamucos, echaban *Magníficas* a diestra y siniestra repitiendo a coro: "Bendigo mi casa de esquina a esquina, para que no llegue el diablo y me haga ansina, ansina", y arañaban el aire, abriendo y cerrando las manos.

En esa ocasión, de plano, Pancho sí se molestó y tuvo que ponerles un hasta aquí a los diablos. A algunos los lanzó con fuerza a dos tres cuadros, entre el óleo, con la encomienda de allí quedarse; a otros los delegó en los estantes a cuidar de sus libros (entre los que estaban *El diablo* de Giovanni Papini, y *El diccionario del diablo* de Ambrose Bierce), y a todos los demás los agarró y los guardó hechos bola, dentro del armario, en donde aún pueden verse a través del cristal, asomándose y haciendo caras.

No es que sea chismoso, pero déjeme, le cuento: Luzbel, la primera vez que lo visitó, le propuso el pacto acostumbrado: su alma por… ¿dinero, amor, poder, fama? Yo nomás recuerdo la carcajada de Pancho, y la cara compungida de Luzbel, que, avergonzado, le daba vuelta al rabo sin saber dónde ponerlo.

—Pero, ¿qué me puedes dar tú que yo necesite? —le dijo, pinchemente, cuando se le calmó la risa.

—¡Dinero!

—Deseo poco, y lo que deseo lo deseo muy poco.

—¡Amor!

—Ya encontré a la mujer de mi vida. No necesito más.

—¡Salud!

—¡Ja!, de algo me he de morir…

—¡Fama!

—Ya me conocen en toda la manzana.

—¡Poder!

—Y, ¿qué hago con él?

—Podrías hacer lo que tú quieras…

—Hago lo que quiero….

Luzbel, de plano, puchereó, sin más qué argumentar. Entonces, Pancho le palmeó el hombro, pobreteándolo, lo que acabó con la ya de por sí mermada autoestima del Chamuco.

—Me perdiste el respeto. —le dijo Luzbel. Y se fueron juntos a echar un trago.

Desde entonces son amigos. Por eso digo: no es que Pancho tenga pacto con el diablo, es simplemente que se lleva de tú a tú con todos los demonios.

Y yo mejor me voy al armario. Oigo pasos en la escalera, capaz que es Pancho, y me agarra aquí, de bocón, tomándome su tequila…

El encuentro...

¡Vencites, Miguel, vencites,
deja ya tu atroz espada;
como a mí ya me jodites
pos me llevó la tiznada!

La pastorela concluyó, y el pueblo, reunido en el atrio de la parroquia de San Marcos, comenzó a dispersarse. Los actores, gente del mismo poblado, conversaban entre sí valorando los errores y aciertos del sainete. Unos decían que les había salido todo muy bien; otros se quejaban de haber olvidado sus parlamentos por el nerviosismo, y otros más afirmaban que, bien o mal, participar de la pastorela les haría ganar indulgencias.

"La Gila" y el "Bato" andaban noviando y, muy de la manita, fueron a descansar a las bancas del parque junto al quiosco, bajo los árboles del jardín. María y dos pastoras, sus amigas, se apresuraban a llegar a sus casas a dar de merendar a sus hermanos menores; y un grupo de hombres, todavía con sus disfraces según su caracterización, se metió a la cantina del pueblo a echarse un buen trago después del éxito obtenido en la representación.

El Arcángel San Miguel entra a la cantina, el lugar ya está lleno, así que, parado junto a la barra tuvo que ordenar su tragos. Los empujones y los gritos no lo dejan tomarse su tequila "como Dios manda" (bueno, si es que Dios manda que el tequila se beba de cierta manera). Le punzan los pies, un briago se le recarga en el hombro. Incómodo, empieza a pasear la mirada por el lugar, tratando de encontrar un sitio donde sentarse. En la esquina más alejada, frente a una mesa metálica que dice *Carta Blanca*, está el Diablo vestido de rojo, disfrutando displicente una cerveza helada. Es la única mesa desocupada y hacia allá se dirige Miguel, sin pensarlo dos veces.

—¿Puedo, amigo? —pregunta educadamente.

—No sé si pueda usted... la silla está libre —le contesta con sorna.

Miguel pretende ignorar la ironía, jala la silla de alambrón retorcido que produce un ruido férreo. Se desploma aliviado. Al sentarse, su falda, con tablones estilo romano, se enreda con la espada y el arcángel se la acomoda con cierta dificultad mientras el fulano de rojo le dice un tanto divertido:

—¿Qué le pasó, mi amigo... se le arrugó su faldita?

—Mire, compa, no lo conozco ni creo que usted me conozca, así es de que déjese de ironías y vámonos respetando, ¿me oyó…? No le búiga, ni le busque tres pies al gato. Déjeme tomar en paz mi tequila —respondió Miguel.

—¡Ande, no se sulfure! Si estoy bromeando. Ya se sabe que usté es el de la buena fama y el de la mala fama soy yo, ¿verdá? Figúrese, siempre pierdo en las pastorelas.

Luego, dirigiéndose al mesero:

—¡Hey, tú! Tráeme otra chela, ésta no me sirvió ni de agua bendita.

El bullicio en la cantina va creciendo conforme circulan de mesa en mesa los tragos. El cantinero se seca el sudor con el mandil, le faltan

brazos para atender a todos los parroquianos que se dieron cita luego de la pastorela. El ermitaño y dos pastores conversan en la mesa vecina:

—¿No se le hace como que huele a azufre, compadre?

—Sí, es pólvora… seguro ya empezó la "quema del castillo" en la parroquia.

—Lo que me extraña es el calor, la tarde estaba fresca, y mire nada más, esto ya parece un horno.

Miguel se ha dado cuenta de que, decididamente, el fulano sentado frente a él le está buscando pleito. Como no es de los que se arriscan y ya picado en su amor propio por los desplantes del diablo, empieza también a revirar:

—Así que le va mal, amigo... pues mire, usted se lo buscó. Después de todo, Luzbel era el ángel favorito del Creador, el más bello e inteligente, y ya ve lo que le pasó por andar de soberbio.

—¿Cuál soberbio...? Ésas son cosas que inventa la gente —protesta el colorado—¡Ah, cómo les gusta calumniarlo a uno! Luzbel amaba al Señor. Todo lo que hizo fue poner en práctica la libertad que Él mismo le dio, o ¿qué…? ¿Primero le prestas la antorcha al niño y luego lo regañas porque quema la casa? ¡No se vale! ¡Qué gran injusticia!

—Y luego, ¿a qué viene tanta defensa del diablo? Pos, qué... ¿eres su abogado, su pariente, o qué…?

El diablo, medio "ciscado", contesta:

—Digo... bueno... algo así como pariente... pues bueno, sí, ¡Sí lo soy, y qué! Cuando menos no es tan injusto el diablo como el Otro.

—¿Cómo que injusto? —brinca Miguel, ahora sí, poniéndose bravo—¡Quién como Dios! Dios es justo por definición, y ¡ay de aquel que se atreva a negarlo! —la última frase la pronuncia solemne y decidido, palpando retador la espada que lleva al cinto.

"Esa voz", piensa el Diablo, "esa frase… ¿dónde la he oído…?".

—Sí, muy justo ha de ser, cuando castiga una falta relativa, con una pena eterna. Ahora, el pobre de Lucifer, condenado a la oscuridad

perpetua, precipitado como por un rayo a mansión tenebrosa, llena de horrores… tiene que esperar, de pastorela en pastorela, para salir al mundo a echarse un trago... ¿Pos no que mucho amor? ¿Es cristiano odiar al enemigo?, ¿qué no hay que perdonar al enemigo? Y más enemigo que el diablo, pues no hay. Entonces, ¿qué?

"¿Y éste...?", piensa Miguel, "¿de dónde tal erudición?".

—Mira, Cuernudo —dice el San Miguel—, no digas eso, Dios no odia a nadie. No está en su naturaleza el odiar. Mejor no hables de lo que no sabes, no te imaginas con quién estás discutiendo.

Y lo empuja en el hombro.

—¡Ay, sí...! ¡Muy macho...! ¡No se te vayan a despeinar los ricitos! Tú eres el que no sabe ¡con quién se mete!

El diablo se levanta amenazante. ¡Humo le sale por los cuernos! Miguel siente que la sangre le sube al rostro, y está a punto de desenvainar su espada frente al energúmeno aquel. Lo agarra por la capucha y lo jalonea violentamente. Una luz extraña, que Miguel reconoce, brilla muy en el fondo de los ojos cínicos de Luzbel. El Diablo se defiende y trata de zafarse; se zangolotean, se miran cara a cara muy de cerca, escudriñándose. Es ahora Satanás quien observa a Miguel, primero con sospecha, luego, no da crédito a sus ojos y de pronto, ¡cae en la cuenta…!

—¡¡¡Túuuu!!! —dice el Diablo.

—¡¡¡Y túuuu!!! —exclama Miguel, casi al mismo tiempo. Se repelen como electrizados.

—¡Siéntate y disimula! No llames la atención —reacciona Miguel, aprudenciando, al ver que todos empiezan a mirarlos—. Más vale que conversemos. No conviene que nos descubran. Después de todo fuimos amigos, ¿no crees?

Vuelven a sentarse, ya más calmados.

—Más que amigos, casi hermanos —le contesta el Diablo con ironía, y con reproche, agrega:

—¿Cómo pudiste echarme? ¡Precipitarme así, a los infiernos…!

—¡Qué dices...! Te equivocas, yo no te eché, yo no te precipité a ningún infierno. A mí me mandaron solamente a ponerte en paz. Nadie te echó, fuiste tú, con tu grito ridículo de *¡Non serviam!* ¡No serviré! Luego huiste pues no podías con tu derrota. Te ensoberbeciste en tu pretensión de igualar a Dios. ¡Te rebelaste contra Él! ¡Qué esperabas, pues!

—¡Mientes! ¡Tú siempre tan lambiscón! ¡Insistes con la soberbia! Pero, mi pecado no fue de soberbia, como andan diciendo por ahí. En todo caso, y te lo voy a decir claramente a ti, en vista de que pareces no entender: ¡Fue un pecado de celos!

—¿Celos? ¡Cómo está eso. Explícate mejor, Lucifer!

—Pues, sí. Yo era su creatura más amada, la suma de toda belleza e inteligencia y, ¿qué hizo? Dios le concedió al hombre, y no a mí, la dignidad suprema de su imagen y semejanza, y lo hizo Rey de la Creación. Figúrate, ¡al hombre…! hazme el reverendo favor. A una pieza de barro sin chiste, y para colmo, me mandó ¡a mí! a servirle. ¡Cómo no iba a dolerme! Si no soy de palo, Miguel. Todavía el dolor más terrible que padezco es el ver a los hombres subir al Cielo, de donde yo fui arrojado… Yo, Príncipe de los ángeles, hecho de luz, el más noble y el más perfecto, hermoso como una estrella....

—¡Ya, ya, ya, párale, Luzbel...! ¡No seas tan vanidoso ni te des más guayabazos!

—Bueno, pues claro que yo dije: "No serviré al hombre". ¡Cómo no iba a rebelarme! Desde luego que la falta fue grave, pero no tanto, si comprendes que uno tiene sus sentimientos. No es lo mismo la soberbia imperdonable, que los celos por amor. Y Él me condena eternamente, me convierte en dragón, dizque con mis secuaces, y para toda la vida y toda la muerte. No... de plano, ¡no me parece justo!

—Te estoy diciendo que Él no me mandó a echarte. ¡Cómo serás necio, Miguel, ya estás borracho! A poco crees que a Dios no le dolió, y si todo en Él, por su naturaleza, es infinito, también su dolor es infinito. ¡Comprende, pues…!

—¡Ah, Dió! A poco muy sufridor, sufridor por mí... de seguro voy a andarte creyendo.

—Pues, no me creas si no quieres; pero, es cierto. El Hacedor ama a los seres que creó, y por lo tanto, sufre infinitamente por ellos. Tan es justo, que al condenarte a ti a no poder amar, se condena a sí mismo a una pena tanto o más cruel. Ama sin tener la esperanza de ser correspondido.

—¡A poco…! ¿De veras, Miguel?

—¡Claro…!

—¿Entonces...?

—Entonces, ¡nada! Puro invento de la gente. Ya lo acabas de decir, hay mucha gente calumniosa. Muchos "amarra-navajas", propagadores de tercera, para darle más fuerza al chisme.

—¡Ay, Dios, y ora qué hago...! Ni modo que me arrepienta. Ya con toda la fama que tengo. Hasta Santa Ildegonda me vio un día dando tremendos aullidos… qué van a decir Asmodeo y Uriel, y Gula, Lujuria y Avaricia, y... ¡toda la raza! Ni modo de llegar con mi carota y decirles... ¿pos qué les puedo decir...?

—Tú sabrás, que para inventos te pintas solo. Pero, yo creo que más vale una vez colorado que... bueno, quiero decir, en tu caso al revés, más vale una vez descolorido que la eternidad colorado, ¿no crees, Luzbel? ¿Nos echamos otras cañitas?

—¡Sale! Y sirve que recordamos nuestros buenos tiempos, eh, Miguel…

Enfrascados en milenarias reflexiones, Miguel y Luzbel bebieron, brindaron por los viejos, viejísimos tiempos, se declararon amistad

eterna, se abrazaron "al estilo Jalisco", arreglaron el mundo, y vaciaron varias botellas del reposado, del no tan reposado, y hasta uno que otro de origen desconocido y añejado al minuto. Alternaban de vez en cuando los tragos con un cacahuate enchiloso para estar a tono.

La cantina se fue quedando vacía. El cantinero los miraba de reojo, extrañado, limpiando con obsesión los vasos de cristal; el briago de la barra dormía plácidamente, ajeno a las discusiones teológicas, el último parroquiano dejaba un billete y se iba. La luna se metía perpendicular por las puertas abatibles de la cantina.

Miguel y Luzbel se paran trabajosamente al filo de la medianoche, empujando la mesa sobre la cual trastabillan diez botellas vacías y los dos vasos. Abrazados, apoyándose uno en el otro, zigzagueando, salen de la cantina. Caminan juntos hacia la salida del pueblo, por la vereda, desierta a esas horas. Se despiden al llegar adonde el camino se bifurca. Un abrazo, y cada uno por su lado.

A los pocos pasos, Luzbel voltea y le grita a Miguel:

—Miguel, Miguel.... de veras... de veras, eso que me dijiste… ¿es cierto?

—¿De veras, qué...? ¡Ah, sí, hombre…! ¡Es cierto! ¡Ya te dije!

—¡Mmmm… voy a pensarlo...!

Luzbel se pierde bajo las ramas de un camichín, en donde dicen, en el pueblo, que se aparece el diablo. Miguel, por su parte, enfila rumbo a la parroquia y se pierde en el nicho más alto de la torre del campanario…

El balcón de las albahacas

"El Catrín" camina con parsimonia por el adoquín resplandeciente y húmedo de rocío matutino en una ciudad aún dormida. A la distancia, las cumbres silenciosas circundan y vigilan el lugar.

Es el momento del amanecer sin tiempo.

El Catrín recorre las calles, desiertas a esa hora. Es alto, muy alto. Delgado, muy delgado en su traje de paño oscuro y austero, tocado por un sombrero negro de ala ancha. Sus zapatos, acharolados por el agua de los charcos, hacen un ruido extraño al avanzar: uno, y otro, uno y otro… El golpe rítmico de su bastón, toc, toc, toc, acompasa sus pisadas.

Las almas dormitan en duermevela. Los deseos de la noche anterior han sido satisfechos y, los anhelos más profundos e incomunicables de los durmientes, han podido manifestarse en imposibles sueños, o en atroces pesadillas.

Pronto amanecerá.

El Catrín se detiene. Husmea el aire mientras mueve, casi imperceptiblemente, sus aletas nasales como si bajo su piel viviera una fiera alerta ante su posible presa.

Silencio, silencio húmedo... en un tiempo sin tiempo.

¿Qué busca el Catrín tan temprano?

—¡Ay, madre! ¡Despierta! ¡No me dejes sola!

El Catrín busca un alma melancólica que lo acompañe de regreso a su destino eterno, más allá de la tierra habitable. Pero no cualquier alma, no. Habrá de ser, necesariamente, un alma-niña, cándida, ingenua, ignorante de los secretos de la noche, capaz de seguirlo sin recelar. No cejará hasta encontrarla. Da vuelta en una esquina y, sobre un emparrado cuyos renuevos se tuercen cubriendo una armazón de alambre, descubre un balcón colgado del muro entre tiestos de geranios y albahaca tierna que suelta sus aromas convocada por el chipi chipi de la lluvia que cae fina, tímidamente.

Adentro, en la habitación, oscila una luz, mortecina. "Toda luz indica que hay una ilusión despierta", piensa el Catrín.

Ahí está ella. Apenas ayer ha cumplido dieciséis años. Su cuerpo huele a nardos y a lavanda. No ha podido dormir en toda la noche sorprendida por su propia piel que ahora desconoce; turbada al sentir en su ser inexplicables anhelos, aún sin rostro. Melancolías misteriosas que la confunden y la inquietan.

El Catrín viene por ella, por esa dama-niña-blanca que lo espera en el balcón de las albahacas. Él la necesita. Habrá de acompañarlo en su retornar eterno.

El Catrín se detiene, recarga su espalda contra la pared de cantera, y se baja el ala del sombrero hasta lograr que le cubra los ojos amarillos, oblicuos, que una y otra vez se fugan ávidos hasta el balcón, hacia la luz, hacia el alma inocente que empieza a despabilarse.

—¡Ay, madre! ¡Despierta! ¡No me dejes sola!

La niña sale al balcón, descalza, envuelta en camisón de cielo. Guedejas castañas caen sobre la blancura de sus hombros mientras aspira el perfume de la aurora que se insinúa apenas en el horizonte. Convocada por una melodía que nadie sino ella escucha, ensoñecida por la cadencia de palabras engarzadas en arpegios de plata que le llegan

al oído, se apoya con ambas manos en el barandal de hierro forjado, levanta su rostro e inhala el sereno con esfuerzo, como si se estuviera ahogando. Una palidez insólita afila sus pómulos. Luego, se asoma en busca de aquello que intuye puede calmar la melancolía que recorre su piel nívea. Entonces lo descubre allá, en aquella esquina, mirándola con ojos entrecerrados de ardor, masticando una ramita de toronjil.

Hasta el balcón llega un olor a maderas y a sudor de hombre que a ella se le enreda en la piel –impúdica serpiente–, la envuelve, la recorre y convierte sus venas en ríos de fuego que la incendian.

Ella titubea, quiere saltar y volar hacia él; pero, tiene miedo. Algo muy dentro la retiene. Sabe, sin embargo, que esta fuerza que la acosa es superior a su voluntad. Entonces, grita desesperada:

—¡Ay, madre! ¡Despierta! ¡No me dejes sola!

Una bandada de garzas blancas apaga el grito. Luego, el silencio...

Ha salido el sol en su esplendor generoso, despierta a la gente que se vuelca en voces matutinas; despierta a los gallos, a los gatos que se estiran y encorvan su espinazo; a los perros que ladran hambrientos y mueven la cola para granjearse el alimento del día.

Las calles empiezan a hormiguear. Van y vienen las personas con el pan, la leche, las verduras, las semillas… se saludan, siguen su camino.

Es ese sol que ahora ilumina de lleno el balcón de los geranios y de las albahacas.

La madre toca con sus nudillos la puerta de la habitación de la joven, le lleva un vaso de leche mientras dice: "Anda, flojilla, el sol está ya muy alto, y tú sigues dormida". Sin esperar respuesta, empuja la hoja de madera y entra al cuarto, sólo para encontrarse, sorprendida, con el lecho revuelto. Las sábanas, en jirones lánguidos, cuelgan de la cama hasta el suelo; rotos los tules del mosquitero. El cancel que da al balcón

abierto, y las cortinas de gasa blanca, flotan sujetas por un extremo en una danza que pareciera gritar: ¡Libertad!

Al ver que su niña no está, la madre comprende (las madres siempre adivinan), y lanza un alarido. El vaso se estrella en el piso, deja en las losetas una mancha lechosa.

Todo el pueblo escucha ese grito de dolor materno, desesperado; esa voz desgarrada de fiera herida que sabe que le han robado a su cachorro. Bramido que sale por el balcón, hace eco en las colinas, y alcanza el vientre mismo de la Tierra.

Ahí lo escucha la niña... y llora.

La luz del amanecer es ahora deslumbrante. Pero la madre, con la mirada perdida, se ha quedado en una fría penumbra que la retiene. Mueve los brazos junto a su pecho, como si acunara a una pequeña que no existe y, a boca cerrada, la llena de tiernos arrullos. A lo lejos, como en una plegaria: ora pro nobissss, se escuchan los murmullos de los campos de cebada.

No volverán a florecer los geranios. No volverá la albahaca a brindar su aroma. No volverá la madre a sonreír, hasta que regrese su hija.

La muchacha triste quisiera volver, retornar a los brazos de su madre, a su regazo, al sitio seguro de su infancia, al balcón de los geranios y de las albahacas… pero no puede.

No se puede regresar a la infancia una vez que se ha abandonado.

Casi en un susurro, la niña exclama:

—¡Ay, madre! ¡Debiste haber despertado!

Junto a ella, sobre la tierra caliza, entre densos vahos y hervores de mercurio, el Catrín le ha dejado una hermosa granada, de exquisitas y cristalinas perlas rojas…

Gabriel Velasco

Todo tiene su precio

Cuando Nico decidió ir al templo satánico El Amigo ya las cosas con "La Negra" Tomasa andaban bastante mal.

"¡Caray! tan bonito que nos gozábamos antes".

Le habían informado que El Niño Andrés, socio terrenal de El Amigo, o sea El Diablo, tenía poderes que le permitían sanar y conceder favores a los humanos. Muy efectivo el tal curandero y, aparte, legal. No era obligatorio pagar dinero, a menos que se quisiera. A la entrada del templo colocaban un ánfora y los fieles, que así lo desearan, podían depositar en ella los billetes, o monedas, que su gratitud determinara. El Niño Andrés aceptaba regalos, comida, ropa, lo que fuera, pero sin solicitar nada.

Nico llegó al templo de El Amigo, allá en Mandinga, con esperanzas infectadas de dudas y un poco de vergüenza. Le parecía sumamente difícil confesarle a alguien, por muy sacerdote que fuera, aquello de que su pene insistía en conservarse tan blando como las michas, o las conchas de la panadería de don Arnulfo. Y eso a pesar de contar con la colaboración de La Negra Tomasa, verdadero torbellino de sensualidad. Qué desperdicio y qué coraje. La mohína superó todo embarazo.

"Con tal de volver a disfrutar y complacer a mi pareja".

La primera impresión que le causó el llamado templo (una simple casa adaptada para el objetivo) tuvo fuerte impacto en su ánimo, ya

de por sí alterado. Todo el edificio estaba pintado de rojo y su gran entrada no tenía puertas. Cuando Nico apenas había atravesado el acceso, aparecieron bancas corridas. Los paisanos ahí sentados (todos se conocían en el pueblo) le informaron que irían avanzando lugares conforme llegara el turno de ser atendidos. Los encargados de ello serían los ayudantes del representante de El Demonio.

El Niño Andrés, vestido de negro y con aires de dueño del universo, escucharía a los dolientes para dar enseguida órdenes a sus colaboradores. Las instrucciones serían de diferente tipo, según el problema. A algunos pacientes se les rociaba un cierto elíxir, a otros bastaba con frotarles ramos de pirul y, a otros más, sería necesario golpearlos. El remedio mejor consistía en la salpicadura con sangre de gallina negra recién decapitada. Todo en medio de cataratas de rezos. Había más clases de curas, pero a Nico ya no le interesó saber.

Una pregunta comenzó a lijar su cerebro. "¿Qué hago yo aquí?" Como respuesta hizo intento de salir del centro de culto... pero aparecieron en la pantalla interna los senos de La Negra y se quedó quieto.

Para distraer la atención desvió la vista a otros puntos y descubrió el altar. "Qué sensación sobrecogedora". No es que el conjunto fuera una obra de arte negro, más bien parecía fruto de niños malcriados. Aunque, no podía negarse, tenía fuerza conmovedora. Tal vez fijándose en los detalles se perdiera el efecto aterrador.

"Pero si no es más que una escultura de madera representando a El Amigo y dos muebles: silla de tule y consola".

Nico tuvo razón: la observación detenida de la talla redujo el primer impacto. Perdieron fuerza las pezuñas, la cola de león, el tridente, los brazos y manos velludos, la cabeza de toro con nariz de perro chato, las orejas de venado, las mentirosas barbas de estropajo... "Vaya, ni las ridículas alas de dragón, murciélago, o sepa la fregada". Lo que sí

conservó impacto sobrecogedor fueron los ojos: redondos, sin cejas ni párpados, con iris verde y mirada real.

"Por eso me atrapó, debo luchar para zafarme de su influencia".

La voz de El Niño Andrés vino involuntariamente en su auxilio. Se hallaba frente a él, casi encarándolo. El examen del altar lo había distraído y ya era el instante de la consulta.

—Qué mal te aqueja, hermano —preguntó el médico brujo.

—... es que... es que...

La sorpresa impedía que Nico recordara la frase que había ensayado para contestar la pregunta augurada.

—Dime, no tengas pena.

—... es que... impotencia... pérdida de...

—Comprendo, hermano. Son "negatividades" que te vamos a expulsar.

El conocido como emisario de Lucifer, volteó la cabeza para hablar con un subordinado. Murmuró unas oraciones y, sin más, se fue a interrogar a la persona colocada a espaldas de Nico. El asistente acercó la boca hasta casi tocar la bragueta del pantalón del supuesto fiel al rito. Enseguida se puso a aspirar dramáticamente. Luego, tras girar el tronco, soltar el aire lo más ruidoso posible. La repetición del acto parecía no tener final. Era una labor mecánica, sin palabras, gestos, o siquiera una mirada. Tarea semejante a la que realiza una amodorrada viejita que teje un chal. La indignación hizo presa de Nico. "Es un vil 'engañapendejos' falso... payasada... no debí venir...". Arreciaron los deseos de darle una patada en la cara al baboso que acercaba la boca a su entrepierna.

Entonces, ocurrió.

A dos pasos de distancia surgieron una figura y una cabeza. Macabros ambos. La figura era alta, negra, humana y… ¡transparente! Sin importar su intenso color oscuro podía verse a través de ella. En cambio, la testa mostraba rasgos definidos. Casi toda cubierta de pelos cobrizos y lacios,

incluso rectos igual que espinas. Sin embargo, los ojos carecían del marco de las cejas. Redondos, sin párpados, de pupilas verdes y mirada penetrante. "Como.... como... las de El Amigo". Pero nada de patas de cabra, brazos peludos o alas. Nico percibió, sin lugar a dudas, que sólo él advertía la aparición. Otra rareza: el rostro sonreía mostrando unos dientes sin diferenciación: todos caninos largos, puntiagudos, amarillos. La mueca no producía el menor sentimiento de alegría. Sí, de malicia, de sentirse el platillo favorito de los colmillos en exhibición.

"Sonrisa de... Diablo..." pensó Nico. Y el semblante del aparecido acentuó la expresión mientras se movía en sentido afirmativo. Había entendido.

—¿Qué quieres de mí? —inquirió el hombre sin abrir los labios.

—Complacerte ¿ignoras que soy tu... "amigo"? —contestó de alguna manera el ser sobrenatural.

—Yo no te vendo mi alma.

—No es necesario.

Nico comprendió el gesto que acompañó a la declaración. "¿De manera que tenían fundamento los chistes populares acerca de las tendencias de El Príncipe de las Tinieblas?".

—¿Eso deseas?

La carcajada de la visión heló la sangre del humano. Con todo, fue más fuerte la cólera que el miedo. Las palabras faltaron y Nico tan sólo pudo hacer una seña procaz en dirección del engendro. Ahora sí, la patada retenida fue a estrellarse en la faz del renacuajo que seguía aspirando y expeliendo aire.

Nico se sintió en la calle. El cuerpo entero sudaba. Poco a poco vino la calma. Y una convicción: lo ocurrido fue producto de su mente esperanzada y sin contacto con la realidad.

"Pronto olvidaré".

Esa noche la estación de brama animal alcanzó en serio a La Negra Tomasa. Su cuerpo desnudo emanaba rachas de sensualidad como huracanes en furia. La carnosa boca hacía recorridos de grado sexual jamás mostrado. Las piernas ya se entrelazaban con las de Nico, ya subían para abrazar el cuello masculino. Qué desenfrenada voluptuosidad. Qué necesidad de correspondencia.

Y el miembro viril en huelga.

La mujer sobaba, surtía caricias, encajaba pieles.

Y el miembro viril en huelga.

La desesperación de Nico sacó lágrimas a los ojos. ¿Qué era mayor? ¿la vergüenza? ¿El deseo? Porque cada una de sus neuronas chorreaba lascivia. Pero, el miembro viril continuaba en paro laboral. "¡Ah!, cualquier sacrificio sería capaz de sufrir a cambio de...".

El rostro de Satán casi lo cacheteó. Hacía un guiño tendencioso. Nico no tuvo que pensarlo. Los movimientos afirmativos de su cabeza se adelantaron a cualquier parpadeo de la inteligencia. De inmediato, llegaron la potencia y la libido inflamado. Cada centímetro cuadrado de piel, manos, boca, se convirtió en agente al servicio del instinto. Ambos amantes, excitados en medida muy por encima de las de cualquier experiencia anterior, recorrieron un camino poblado de satisfacciones inéditas. Cada explosión parecía darle fuerza al inicio de la siguiente. Una tras otra formaron ejército en desfile. Placer desprovisto de fronteras. La última descarga emocional fue tan intensa que acarició la piel del dolor y su finalización, la del alivio. Ese clímax agotó el pozo. Vino un agradable sopor como mutación del gozo.

La Negra Tomasa, desmadejada, fue a refugiarse al nido de los sueños sin fondo. Nico hizo intento de seguirla… infructuosamente. Fuerzas descomunales halaron sus cabellos para mantenerlo en vilo. Se disiparon las líneas del hoy, así como los muebles, la figura desfallecida de La Negra y el ambiente de la alcoba. Quedó tan sólo la oscuridad.

El Diablo, quien había estado presente durante la batalla, desapareció sin desaparecer. Nico pudo definir con seguridad el peso de una mano ardiente sobre su hombro izquierdo y el de otra, de iguales características, en el derecho. También el jalón hacia atrás y la penetración espantosamente incendiaria con inicio en la parte final de su intestino grueso. Introducción que se extendía hasta más allá de la garganta, más allá de su organismo. ¿Cómo era posible que le escociera la atmósfera a su alrededor? Con visos embusteros, los hechos se desataron. ¿Se desataron? ¿En realidad estaban ocurriendo? El tiempo perdió compostura. ¿Pasaba? ¿Era corto, largo, perenne, fugaz? Lo único real: el dolor. Aquellas quemaduras internas. Nico no había sentido tormento igual. ¿Qué resultaba peor? La intensidad o ¿la duración? ¿Duración? Es decir, ¿aquello tuvo un principio? ¿Alcanzaría un final? La mente poco podía entender, ocupada, como estaba, en soportar dolencias. La materia gris hizo intento de comprender: "El suplicio cada vez será mayor, mientras que la capacidad de aguante habrá de menguar, pero jamás al punto de la declinación". La intuición impuso su voluntad: "No morirás quemado. Tu cuerpo aguantará. En eso consiste la malévola condena".

Y aguantó.

Un chorro de fuego incendió los adentros de Nico. Recorría desde el ano hasta la punta de los cabellos, aunque no acababa ahí. Un trueno le dijo que el flujo establecería maniobras de reciclaje. Lo hizo una y otra vez. Cuando cesó, el juicio se enredaba entre aceptar su conclusión, o esperar un cambio en la forma del sufrimiento. Porque ahí estaba: abrasador, profundo.

Regresó el tiempo para medir lapsos. Una carcajada como colapso de torre de varios pisos siguió al retiro de la sombra de la oscuridad. Nico tuvo impresión de que el martirio tocaba piso, no así las consecuencias. Lentamente fueron retornando los trazos de muebles, la ventana con

balbucientes rubores matinales, y una dormida Negra Tomasa. Los ardores permanecían sin cambio.

Nico salió corriendo de la casa para meterse en la laguna. Al quedar con el nivel del agua a la cintura ya había previsto el hervor en todo el contacto de su cuerpo con el líquido. Como un hierro al rojo vivo que se sumerge en la tina del forjador. Los ardores permanecían sin cambio. Cuando el sol mostró su circunferencia completa, el sufrimiento fue perdiendo niveles hasta quedar en recuerdo. Nico estuvo con los ojos cerrados durante el proceso. Ahora temía ver su dorso y vecindades por juzgarlos una sola ampolla humeante. Cuando al fin lo hizo, los halló tan sanos como los de bebé de anuncio de talco.

Entonces, comprendió.

Podría disfrutar a una Negra Tomasa tan sensual como la de anoche (ya que El Diablo utilizaba sus poderes en ella para conseguir el desenfreno de Nico). Podría disfrutarla, sí, y además, cuantas veces quisiera.

Pero...

Marco Tejeda

Diálogo apócrifo

—¡Tú tienes la culpa!

—¡No me molestes ahora! ¡No es el momento!

—Siempre con tus cavilaciones estériles. Deberías haberlo elucubrado desde antes para evitar llegar a esto.

—Dije… ¡CÁLLATE!

—Si me callo, ¿con quién dialogarás? Nunca fuiste bueno para eso, te conformabas con loas y oraciones, argüías que ésa era tu taumaturgia.

—¡Está bien! pero, cuando menos, deja de molestar; sé que está en tu esencia; sin embargo, hoy es día de unir pensamientos para solucionar esto.

—No hay solución para las estupideces… a menos que… vuelvas a empezar de cero, pues fue tu apatía la que nos llevó al cero absoluto.

Entonces recordó un poema que lo había sorprendido miles de años ha:

¿Por qué sufrir por lo sufrido?
¿Por qué olvidar si no hay olvido?
Derramar lágrimas por los dioses caídos,
aquéllos que han quedado… sin protegidos.

Dos siluetas en una penumbra fantasmagórica, sentadas ambas en una pequeña elevación de un terreno yermo. La tierra, negruzca de chapopote, exhalaba vapores nauseabundos.

Una miríada de cucarachas pululaba subiendo por la túnica de uno y descendiendo por las piernas desnudas de otro. Ninguno se inmutaba por eso, la silueta desnuda se mesaba los cabellos hirsutos con movimientos erráticos; la otra cabizbaja, con una mano en la mandíbula como *El pensador* de Rodin.

Un riachuelo de aguas pútridas, y colores indescriptibles, corría a su vera perezoso en busca de un mar café de espumas rojizas.

El aire espeso, y funesto, ululaba sin encontrar vegetación que impidiera su deslizamiento. Aire descompuesto. Aire muerto. Aire teñido de desgracias y plegarias no cumplidas, de ayes pretéritos y risas ya olvidadas.

Una rata gigantesca, lampiña y de proboscis escalofriante, movía las cerdas de su hocico con gula, y olfateaba los humores sobrenaturales de los dos personajes.

La figura desnuda se desperezó, se levantó con orgullo de rey, echó una ojeada con desprecio a la rata, otra mirada con lástima a su interlocutor y, exhalando un suspiro, disertó casi para sí mismo:

—Vamos a buscar otro mundo a continuar nuestro enfrentamiento eterno.

—¿Quién te había dicho que esto no era finito? —contestó la figura sentada, mostrando en su rostro el sufrimiento de todos los tiempos—. No seas tonto, esto es el final, yo no quiero ser Dios de las cucarachas y de las ratas, no son a mi semejanza.

—¿Por qué dejaste que el libre albedrío del humano desmigajara el mundo; olvidara su necesidad de él, y pervirtiera su entorno? —clamó el sulfúreo personaje con pesadumbre—. Mi única obligación era

exactamente eso, pervertir, vituperar, execrar, confundir, violar…—. Y, después de un momento: —Entonces ¿resulté vencedor?

El de la túnica se levantó con la furia pintada en su ser:

—¡Estúpido! Los dos perdimos, los dos somos culpables, los dos pecamos de soberbia e ignorancia, los dos matamos a la Tierra al no constreñir los límites de los humanos.

—Y, ¿ahora?

—Fue un buen momento mientras duró. Ahora sólo queda destruir esta hiperconciencia que no tiene ninguna razón de continuar.

—¡Pero…!

—¡Nada! —contestó el otro personaje. Lo abrazó y continuó—. Siempre supe que tú y yo éramos iguales y, no te gustaría quedarte reinando sobre esta fauna demoniaca; o… ¿sí?

—¡No! ¡claro que no! Me gustan los retos, no la autocomplacencia ni el canibalismo que está presente en este mudo degradado.

—¡QUE ASÍ SEA!

En ese momento las dos figuras se desvanecieron en una llamarada inmensa de luz blanca que produjo un estampido que fracturó el planeta, enviando rocas ígneas y magma ardiendo por todo el universo.

Mayo de 2014

Réquiem para el diablo

Sentados en el borde de un abismo.
El diablo a punto de suicidarse.
La mujer azuzándolo.
Un ángel indeciso.
El retumbar de relámpagos,
La lluvia casi horizontal por el aire desbocado,
La naturaleza indignada.
La noche temía por su adalid.

Todo comenzó en un Día de Muertos. Ella caminaba solitaria después de envenenar a su amante. El diablo la seguía a distancia, a veces la emboscaba, a veces la celaba, a veces sólo sonreía por la perfecta maldad de su reflejo.

Ensimismada, sin remordimientos, sentía una laxitud perfecta, como un orgasmo intelectual; había vengado esa inocencia con la que la apabullaba su amante, bello, anodino y, sobre todo, bienhechor.

Odiaba esos desplantes de buen corazón, de protector de perros, pobres y prostitutas.

El amante quería cambiar la perspectiva femenina, creía que con el ejemplo comulgaba el cambio.

Ella, siempre con una maldad persistente, inmersa en su ser, en su caminar y en su copular.

El, adorador de los cánones litúrgicos y de la presencia celestial, presumía que su sino era ser misionero y predicador. Ella lo aceptó por su guapura y su excelso manejo de los recovecos de su cuerpo. Ambos caían en la cama; uno ejercitaba la monotonía de una oración, y otro blasfemaba; uno reía y otro se concentraba; uno daba gracias y el otro se mofaba del agradecimiento; lo importante es que, en ese momento, eran un ensamblaje perfecto, un deseo sin razón, algo así como el bien cabalgando al mal, y el mal emasculando al bien.

Pero, todo tiene un final, ella se hartó de sus monsergas y de su fe. Preparó veneno y se lo puso en un supositorio mientras comulgaban en el acto sexual.

Rió al observar la cara de desconcierto. Se sentó a comer un mango.

Él soltaba toda la letanía de ayuda, sus rezos de arrepentimiento y la emoción de pronto sentarse a la derecha del Padre. Claro que la perdonó y para ella fue como una bofetada, no necesitaba su perdón, lo único que necesitaba era su pene, su lengua, sus dedos y, sobre todo, sus ojos cuando la adoraba más que a todo.

Ahora, cuando caminaba buscando la oscuridad, intuía que alguien la seguía; abrió su bolsa, sacó una navaja de muelle. No dudaba que, cuando el intruso se acercara, la cuchilla actuaría con la intuición perfecta de su mano.

El intruso se acercó, desconcertándola al inicio, pues el diablo, que presumía de su mimetismo, se había transfigurado en el amante muerto.

La mujer dudó, con un rictus de maldad sacó la navaja y la hundió en el abdomen del diablo transformado. Satanás, más divertido que desconcertado, la observó diligente, se inmiscuyó en sus pensamientos y descubrió que ella era un espejo de él mismo. Una maldad sin ambages, una personalidad siniestra, una manera astuta de burlar la vida, un erotismo que antecedía al amor.

Algo pasó en el interior del demonio, algo remoto y plácido: vio a la mujer con una personalidad subyugante, la encontró hermosa, le adjudicó cualidades que no tenía, admiró su cara, deseó su cuerpo, supo que moriría por ella.

¡El diablo se había enamorado!

La experiencia le decía que el amor era incompatible con su ser, una enfermedad que minaría su entereza y disgregaría su mandato; su poder iría en declive en relación con la necesidad, en aumento, de validar su amor.

Como cualquier amante, presumió su físico convirtiéndose en el diablo clásico: enorme, piloso, cornúpeta y, más que todo, priápico.

No hubo sorpresa en la faz femenina, un poco de desconcierto, algo de curiosidad, miedo dominable; después, una ansiedad con la percepción de que existía esa fuerza imponente por la cual actuaba.

La bella exhaló erotismo en un aura que crecía.

El diablo, confundido como cualquier amante, vio con ojos de enamorado la demoníaca seducción de la pécora, entabló una lucha espiritual parodiando la duda amorosa y la infaltable emoción de que ella diera su cercanía en reciprocidad.

La protagonista de este singular y nunca visto romance percibió que lo tenía en un hito, y que la victoria estaba afianzada. Ahora ella pediría, y el diablo tendría que cumplir para mitigar la esperanza de que le dirigiera una mirada de amor.

El antagonista del diablo se dio cuenta de que su arcángel caído estaba en un predicamento. Por los siglos de los siglos no había sucedido algo similar.

Envió a un ángel a investigar. Éste no tuvo dificultad en encontrar a Satán, sólo siguió un efluvio de claudicación y locura, una maldad que se retraía, un deseo juvenil ilógico, hormonal.

El ángel anonadado, totalmente imposibilitado para entender lo que pasaba, se quedó de espectador invisible; no comprendía que los sentimientos, por los cuales él había tenido enfrentamientos con el maligno, ahora serían atacados para yugularlos en la personificación del gran mal.

Volvamos al misterio del amor en dos personajes tan iguales como increíbles.

El señor de todas las pasiones, el gran tentador, el gran mentiroso, el que siempre ganaba en el escarceo amoroso, estaba confuso, ansioso, sin ideas lógicas, subestimándose.

El clásico inicio de una atracción.

Ella, mayestática, malvada, con el conocimiento ancestral de las mujeres para aprovechar las ocasiones cuando el hombre dobla la cerviz ante sus encantos. Sabiendo que debería aprovechar el empuje de los primeros instantes en que ambos presienten que está sucediendo la seducción; pero, uno de ellos se autosugestiona, y el otro sonríe al ver que es el dominante.

El diablo, perdido, olvidó las artes amatorias, quería actuar sin subterfugios; ella se lo merecía, era la primera mujer que lo había encantado, le suplicó su anuencia con los ojos.

La mujer interpuso como condición que se volviera humano; sobre todo, mortal. La mente femenina empezaba a encontrar, así, con esos términos, que su dominación sería permanente, o de un alcance longevo.

El diablo quedó pensativo, ser humano no tenía parangón. Él conocía los avatares de todos, influía en muchos de sus actos; pero, de ahí a serlo, era donde iniciaba el titubeo.

Ella intuía que dejarlo tranquilo era ahuyentar el conjuro de su amor; se acercó a él acariciándole el pecho y susurrándole la noche. Lo convencía con esa voz que arrulla a los amantes; con esa voz pérfida

que ha matado e incitado a matar; con esa voz ancestral femenina que convence y produce ensoñaciones, alucinaciones y erecciones.

—Quiero sentir tu carne en la mía, quiero esa mente perversa sujeta a la naturaleza, con cansancio y muerte, quiero que tú seas mi amante y mi guardián, mi necesidad y mi igual. Es tan fácil para ti matarme, pero al hacerlo siempre rumiarás la duda del amor imperfecto y emotivo de los humanos; de ese amor que despierta las células y hace temblar los músculos; de ese amor que duele. —decretó la bella con un convencimiento tal, que el diablo quedó aprisionado en la ilusión.

El ángel dio un paso al frente, materializándose. El diablo frunció el entrecejo. La mujer percibió otra fuerza y demudó el semblante. Lucifer, irritado, blasfemó contra todas las intromisiones de su rival. El ángel suplicó, esperanzado, arguyendo la imposibilidad de romper las normas ancestrales de la contienda. Él no podía abandonar la lid. Nuestro enamorado tomó la mano de la mujer y la abrazó en defensa de la pareja, y después tronó:

—Yo soy omnipotente aunque mi fuerza es similar a la que fluye en tu investidura; el principio se doblega ante la voluntad. Ahora renegaré de ella, me convertiré en mortal, viviré el tiempo marcado y regresaré al reino de mi sucesor como un maldito más.

La mujer sonreía, Luzbel bebía en sus ojos la felicidad; pronto fue cambiando, de su escamosa piel a una imagen varonil y apuesta. El corazón empezó a latir, la sangre se agolpó en su piel, sonrosándola febril. Ella lo miró con lubricidad y ahínco; despertó en su sexo necesidades húmedas.

¡El diablo lloró!

La perfección de su mal quedó escondida en el amor humano, imperfecto, cruel… pero deseable. Todo el rencor de los siglos manó con las lágrimas primigenias.

El ángel pidió ayuda. No hubo respuesta. También arriba se debatían en la incertidumbre.

En la cima de su triunfo, la bella propició la necesidad en su amante, lo salpicó de efluvios humanos, lo arropó con su aliento, lo empapó con sudor y, en la riada consiguiente, ambos se desnudaron, comenzaron los jadeos desestimando las previsiones. Ella danzó con la música de sus oquedades, enseñándole que ser mortal es tener sensaciones que sólo son vividas bajo la égida de la muerte; al aprovechar cada instante se evade le presencia funesta.

El diablo, enamorado y aprendiz por fin, dejó su saber y aprendió lo fugaz de la piel y lo húmedo de la pasión. No reprimieron nada, eran serpientes que fluían buscando su cola, líquidos que salpicaron en cálida ebullición, espadas que embonaban, puertas que batían acompasadas, próximas y lejanas, al compás de un viento tempestuoso y cálido.

Ahítos ambos, unidos ambos aún, se miraron y supieron que nunca más vivirían otro momento así. La conjunción de las oportunidades venció a las posibilidades, percibían que habían roto con reglas infinitas que no podían transmutarse.

Una horda de ángeles y arcángeles cercó a la pareja, el diablo ya no pudo sonreír, tuvo miedo, sus poderes, por más que se esforzaba, estaban envarados, los sentía dentro de su mente, pero ya no los podía usar.

Un arcángel dijo tener órdenes de llevarlo ante el juzgador. El diablo arremetió con fuerza poderosa, ilusoria; impotente miró a su amada. Ella, con un gesto aconsejó la huida. Corrieron tomados de la mano; subieron a un edificio hasta su azotea, ahí estaban de nuevo los ángeles.

Claudicar con el ángel, agachar la cabeza y entregarse, fue un subterfugio, pues el diablo todavía manejaba trucos astutos, solamente les pidió un poco de intimidad con su amada.

Los ángeles, ingenuos, creyeron en el gran mentiroso, volaron a su hábitat después de otorgarle una hora de gracia.

El diablo se despidió de su amante:

—La circularidad de mi vida me tenía hastiado, ya todo es mío, el señor de arriba se desentiende de vosotros, humanos, y yo os hice tan parecidos a mí, que dudo en la posibilidad de un retroceso. Tú eres mi sucesora, lo percibí al caminar hoy a tu lado. Burlas cualquier sentimiento de solidaridad, no paras en mientes quebrantando reglas; eres fuerte, astuta, siniestra y vengadora. Tú serás la continuación y la culminación de todo, tienes en ti todo mi saber. ¡Ve y predica el odio y la sinrazón! Por fin puedo morir, y muero con gusto, culminé contigo el presagio del último encuentro, no te pediré más, me iré con tu mirada y oliendo a ti. El amor es sorprendente y diabólico. ¡Adiós!

Ella, sublime en su presencia, asentía con parsimonia, lo miraba con curiosidad y sonreía cínicamente.

Del bolso de la mujer él tomó la navaja, se cortó el cuello, mientras se lanzaba al vacío en el último estertor.

En el aire el ángel atrapó el cuerpo convertido en miríadas centelleantes de luminosidad fantasmagórica…

¡El diablo era sólo luz!

La noche desató sus lazos de agua y las trompetas de viento en un réquiem para su señor.

Víctor Solís

Di lo que deseas y se te concederá

Rodrigo Rodríguez está arrodillado frente a la imagen del Glorioso Arcángel San Miguel. Abre la cajita de cerillos, saca uno y lo enciende, dirigiéndolo al pabilo de la veladora. La tenue y frágil flama, azul en la base, dorada en el resto, ilumina la mesita donde ha consagrado esa especie de pequeño altar. Sacude la mano y al mismo tiempo sopla para apagarla. El humo se mezcla y confunde con su aliento a alcohol. Ha tomado un poco de todo: cerveza, tequila, brandy… "Así se arreglan los asuntos de política, mujer", "es mucho más celosa que tú". *Y no se puede de otro modo. Sólo en la borrachera salen y se arreglan las cosas como debe de ser.* El cristal de sus enormes anteojos está sucio, empañado por el calor, el humo y las brasas del carbón del brasero. Él estuvo ahí, como buen y humilde líder, asando, repartiendo la carne. *Sacrificios, gestos que uno debe de tener para seguir manteniendo el grupo unido, fuerte, con ganas de participar...* Se quita el armazón. Lo deja a un lado de la veladora. Siente su estómago inflamado, *de seguro por la pimienta de la sal marinada.* Desabotona la camisa. Su vientre, flácido y semejante a una gelatina deshidratada (por no acompañar con ejercicio el consumo de productos dietéticos), descansa. Rodrigo Rodríguez mueve la cabeza de un lado a otro. Estirando el cuello, queriendo que por sí solo se relaje. Mira y se siente rodeado por la oscuridad de las dos de la mañana. Inclinándose,

coloca los codos sobre la madera, observa el retablo de San Miguel Arcángel.

Su rostro de dulce y beatífica severidad. La tierna mirada, tan llena de decisión. El cuerpo delgado, ágil, lleno de fuerza. En la mano derecha sostiene la espada, en el aire, a punto de cumplir el castigo que la balanza de la justicia divina (sostenida en la mano izquierda) manda, y exige. A sus pies; aplastado por la planta del izquierdo, está Satanás. *El rebelde. El insumiso.* Mirando, frente a él, las llamas del infierno que salen de un cráter y lo envuelven en medio de una intensa nube de humo. Tirado, con la derrota en la espalda y sobre un suelo infértil y seco, su pecho. Tiene detenidas sus demoníacas alas. Apresadas. En cambio las de San Miguel Arcángel se extienden, abarcando casi todo el cielo azul del retablo. Y entre sus plumas, brillante, casi en medio de la aureola de santidad, el rostro de Rodrigo Rodríguez, que lee, levantando el corazón a Dios, la oración del primer día de la Novena Al Glorioso Arcángel San Miguel: "Omnipotente y sempiterno…".

La flama de la veladora, movida por el aliento de las palabras de Rodrigo Rodríguez, lanza brevísimos destellos que cada vez iluminan más el rostro sin lentes sobre la laca de la madera del retablo. La voz suena otra vez para rezar, pedir, suplicar con una oración propia:

"Omnipotente y sempiterno Dios, que por tu suma clemencia puedes nombrar, para la salud y bienestar de los habitantes del pueblo de Zacoalco, a tu humilde servidor, Rodrigo Rodríguez, candidato a presidente municipal, concédeme, que por mi intercesión y eficaz auxilio, merezca gobernar según mi criterio y capricho. En la hora de la próxima elección seamos libres, y benignamente pueda presentarme con la banda presidencial, ante el trono de tu majestad excelsa. Amén".

A Rodrigo Rodríguez le pesan las desveladas atrasadas. Bosteza… apenas sostiene los párpados. Han sido días de juntas y reuniones políticas. De visitar a éste y a aquél. De invitar a aquéllos y a todos.

De prometer y esmerarse por ser amable. De bajar incluso el vidrio de la camioneta. Han sido días llenos de cansancio. Platicar, oír y saber de chismes, tomar vino y amanecer crudo casi a diario. Incluso ha descuidado la tienda. Todo por buscar el bien del pueblo. *Pero la gente no entiende. Siempre escogen al peor.* En la designación de candidato, para el proceso electoral de las elecciones pasadas, el Partido eligió por medio de una encuesta. Y resultó que a Rodrigo Rodríguez, el conocido que a todos saluda, que a todos invita botellas de vino, cartones de cerveza, rejas de refrescos y carnes asadas, nadie lo mencionó. *Y cómo podía suceder… si la encuesta de seguro estuvo amañada.*

Rodrigo Rodríguez se desespera y decide no esperar el noveno día de la novena e inicia la oración correspondiente: "Dios y señor de los tronos…".

Y, de nuevo el aliento de la voz de Rodrigo Rodríguez sacude con fuerza, en cada sílaba, en cada palabra y frase, la leve y pequeña flama de la veladora. Los brevísimos fulgores se suceden unos a otros, en oleadas que iluminan el suelo infértil, seco. El cráter con el infernal fuego eterno, la nube de oscuro humo. Los brazos y la espalda de Satanás. Su barba. La boca, la mirada y las cejas apretadas con ese gesto de impotente furia. Las demoníacas alas que tan sólo reflejan un vuelo caído.

Las piernas de San Miguel Arcángel, tan magníficas, tan fuertes. Su armadura, sus brazos, el brillo de la espada. Las alas detenidas en ese instante, tan prontas y resueltas para el vuelo hacia el cielo. Y en el rostro de San Miguel Arcángel, en medio de la aureola de santidad, brillante por la laca que cubre la madera del retablo: la cara, la mirada, lo hinchado por el alcohol de Rodrigo Rodríguez que reza, pide, suplica, con su propia oración: "Dios y señor de los tronos que en ellos descansáis, como en la silla de nuestra gloriosa presidencia municipal y os sentáis en medio de la sala de cabildo: ofrezco los merecimientos

que tengo, pero que nadie reconoce, semejantes a los del amo Don José Antonio Torres y el trono de vuestra grandeza y ministro supremo de justicia, para que me concedas, que yo juzgue a todos con rigor, para ser después reconocido y vanagloriado con admiración y consiga lo que pido en esta novena, para mayor honra y gloria propia y vuestra. Amén".

Rodrigo Rodríguez sopla; la flama, en lugar de apagarse, se desprende y cruza el corto espacio entre la veladora y el retablo. Cae en el cráter y el fuego del infierno cobra vida en pequeñísimas llamaradas que iluminan la esquina de la sala de su casa. En medio de la borrachera Rodrigo Rodríguez se asusta y trata con la mano de apagarlo. Pero se quema. Le arde. Atónito y estupefacto mira a Satanás levantar el brazo y quitarse la pierna de San Miguel Arcángel, quien se hace a un lado, se queda de pie y baja los brazos junto con alas, espada y balanza.

Satanás recoge su cuerpo, se sienta de modo que sus piernas descansen dentro del cráter, entre el fuego. Estira torso y brazos, extiende y sacude sus demoníacas alas y dice:

—Te equivocas si piensas que Miguelito puede cumplir tus deseos. Él no es más que un mozo. Lo que tú ves en esta pintura fue la primera batalla. La guerra sigue, y con ver los noticieros y conocer a la gente sabrás que yo voy ganando…

—Ssssannn Miguel Arrrr…

—Ni le hables. No tiene permitido hacerlo. Ni siquiera tiene decisión propia. Sólo es un soldado.

—Pero, yo… quisiera pedirle…

—No te lo puede conceder. Rézale toda tu vida y aquello que quieres; si lo mereces, lo tendrás. Por ti. No por San Miguel ni por Dios. Ellos conceden a quienes merecen. Yo doy a quienes arrebatan… y me lo piden.

—Entonces…

—Habla. Eres comerciante. Judío nacido no en la árida tierra de Jerusalén; pero, sí en la laguna seca de Zacoalco. Dedicado a la usura y el usufructo. Dime qué quieres, y ofrece a cambio…

Satanás limpia, con la capa de San Miguel Arcángel, uno de sus cuernos. De su rostro el polvo y la tierra, tose y se suena.

Rodrigo Rodríguez jala aire apresuradamente. Se contiene. Aguanta la respiración y contesta:

—Te ofrezco mi alma…

—No veo qué otra cosa pudieras ofrecer. ¿A cambio de…?

—Ser el presidente municipal de mi pueblo.

—¿De tu pueblo?, ¿de Zacoalco? Puedes serlo de cualquier parte, de cualquier país. Acabo de hacer a un negro presidente de los Estados Unidos. Que no pueda hacerlo contigo… aunque a decir verdad… concedo deseos; pero creo que milagros…

—Yo sólo quiero serlo en Zacoalco de Torres. He sido miembro del partido toda mi vida, en la cuna incluso tenía el emblema. Estoy cansado de que no valoren mi liderazgo, de oírlos decir que nunca llegaré a ser el mero gallo. De que en cada elección hagan hasta lo imposible por impedir mi candidatura. Tienen miedo de mí y por eso no me dejan ser. Hace tiempo debería ya de haberme tocado.

—El liderazgo no se consigue haciendo cola. No es tortillería. Se busca, se pelea, se arrebata, se merece, se gana, incluso se presenta por las circunstancias o por sí solo… pero nunca porque te toca.

—Es donde he crecido. Donde me conocen y quiero me reconozcan. Deseo hacer grandes obras…

—Que en la placa lleven tu nombre…

—Pavimentar las calles

—De seguro embarrando chapopote sobre el empedrado.

—Que la gente de mi pueblo me salude y me vea como su presidente.

—Bueno, bueno, bueno… Es tu deseo. Me gusta la gente que entiende y acepta los límites de su horizonte.

Satanás arroja la capa, escupe a los pies de San Miguel, toma un puñado de tierra y lo frota entre sus manos, para luego arrojarlo dentro del cráter. El fuego se reaviva, crece junto con un delgado y a la vez espeso olor a azufre…

—Sea entonces…

—¡Espera! ¿Qué no son tres deseos?

—Ya estás regateando. Difícilmente tu alma da para uno. Pero costumbres son costumbres. ¿Qué más quieres pedir?

—Ser como tú…

—Feo ya eres… y más que yo…

—No, no, no… quiero estar entre el fuego del infierno, entre sus llamas y no incendiarme.

—Van dos. Falta el tercero.

—Cuando esté por terminar mi administración, mi mandato presidencial, te lo digo.

Satanás vuelve a recostarse; San Miguel Arcángel, a colocar su pie sobre de él, levantando los brazos. El fuego va perdiendo vida hasta quedar plano. Rodrigo Rodríguez agarra el retablo entre sus manos. Al principio con cuidado de no quemarse. Luego, cuando esto no sucede, lo levanta, mirándolo por todos lados, sacudiéndolo. Incluso lo muerde. Lo atrae hacia sí, lo abraza, recarga su frente y lo usa de almohada.

A la mañana siguiente, no sólo retumbaron en la cabeza de Rodrigo Rodríguez los toquidos en la puerta. También la cruda. Se levantó sintiendo que el cerebro le iba estallar.

—¡Ya voy! Ya voy…

Al abrir miró, al final del jardín, en el cancel de la calle, a Pedro Ramírez con sus zapatos, su mediana estatura, pantalón de vestir y chamarra de cuero de borrego. Con el bigote perfectamente recortado.

—¡Rodrigo! ¡Eres el bueno!

—¿El bueno? ¿Para qué?

—El médico… se infartó en la madrugada.

—¿Entonces…?

—En la planilla tú eres el suplente. Los registros ya se cerraron. ¡Venga el abrazo, mi señor candidato!

De ahí en adelante todo fue una rapidísima sucesión de eventos. Ir al velorio, dar el pésame a la viuda. Decirle, afirmando frente a todos y a un lado del féretro, que los ideales de cambio y buen gobierno del médico, él los continuaría. El pueblo no iba a navegar con un timón sin rumbo. En el sepelio, en el panteón Miguel Hidalgo, Rodrigo Rodríguez recibió en cada saludo, abrazo, y hasta en cada pésame, la unción de "Señor Candidato".

Luego siguió la campaña electoral: El confeti, la música, dianas, mítines, gente, multitudes, marchas, los "hombro con hombro, brazo con brazo mano con mano", discursos, aplausos, posters con la fotografía de Rodrigo Rodríguez y su mirada fija en el horizonte del desarrollo con la quijada que refleja el don de mando en cada poste de cada esquina en todas las calles, la fruta de horno, collares de colaciones en el barrio de las cebollas, las lecturas de la epístola, comulgar y recoger la limosna en misa de ocho, nueve, doce, cinco y ocho de la noche; por fin, salir con la familia y dar los domingos vueltas en la plaza para saludar y recibir los "estoy, estamos contigo Rodrigo Rodríguez", las comidas, birrias, vinos, cervezas, mezcales, rompope, ponche, de granada, guayaba, tamarindo, arrayán. "Oye, creo que el candidato ya se

emborrachó". "¡Cómo crees tú! ¡si nomás anda alegrito y dándose un baño de pueblo!". El arroz colorado, frijolitos charros, los "pásele por aquí, señor candidato". "Siéntese por acá señor candidato". "Cómo no, señor candidato". "Aquí tiene y está en su humilde casa"; los ahijados de generación de kínder, primaria, secundaria, preparatoria, bautizo, confirmación, primera comunión, boda, "El por favor, señor candidato, concédanos el honor y sea usted quien dé la patada inicial y entregue el trofeo". "¡Qué bien le pega, señor candidato". "¡Ay! Don Rodrigo, cómo será…". Los "qué se le ofrece, ocupa, cómo está, cómo se siente, qué opina, qué le parece, qué le traigo, dígame usted licenciado, arquitecto, ingeniero, doctor, técnico de lo que sea ¡así es! ¡Como usted mero dice! Buenos días, Buenas tardes, Buenas noches, mi señor candidato". Las frases de campaña slogans: "Juntos y en cortito". "Vota por el cambio". "Únete al progreso". "El desarrollo nos espera". "Rodrigo Rodríguez es honestidad, trabajo y disciplina". "Apuesta por ti, por todos, por Rodrigo". "Hasta el progreso y más allá". "Por un ayuntamiento que trabaje". "Si tú quieres, yo puedo". "Por un pueblo diferente, por un pueblo mejor". "Siempre contigo". "Si quieres un pueblo feliz, ¡vota por Víctor Solís!". (¡Ah caray! Perdón, me proyecté…).

En pleno proceso y efervescencia electoral, el candidato opositor, un servicial y buen hombre, renunció a la candidatura. Dijo que ya se había enfadado. Que todo era farsa y pretensión. Querer estar y aparecer. "La presidencia, de donde está, no se va a mover. Ella está para esperarme y no yo para buscarla" y "No es necesario vivir en palacio, para hacer vida por el imperio"; eso dijo, por el micrófono y en pleno mitin. Para luego bajar del estrado e irse a su casa.

Así, sólo y por la libre, Rodrigo Rodríguez fue electo presidente municipal…

Sentado. En medio de la sala de cabildo. En el centro de la mesa (donde él se siente siempre será el centro), vestido con traje de gala. Con la banda presidencial que le mandó a hacer al sastre de la familia Téllez (para darle a la ceremonia un plus de realce y dignidad –aun así contravenga quién sabe qué artículo de la constitución) Rodrigo Rodríguez repasa, en cada trago de brandy, la ceremonia del 15 de septiembre.

Se levanta, da pasos en falso, camina apoyándose en los equipales de los demás regidores. Cierra la puerta y pone el seguro. Contempla el cuadro con la fotografía de todos los presidentes. Sobre todo la suya, ahí en el centro; la más grande. Respira, contiene el aire, inflama su pecho. Acaricia la banda, la suave tela, se observa reflejado en el cristal. Apaga la luz. Se sienta en el equipal más cercano. Desabotona saco y camisa, afloja la corbata, se relaja, cabecea…

"Vengo a recordarte que el final de tu administración está cercano. ¿Sabes ya cuál es tu último deseo?".

Rodrigo Rodríguez reconoce la voz. Se asusta, pero se controla. Recorre con la mirada la oscuridad y encuentra el rostro de Benito Juárez, extrañamente iluminado.

—Don Benito… —Rodrigo Rodríguez trata de levantarse para saludar y mostrar respeto. Pero no puede; la borrachera se lo impide.

—Satanás, ¡por favor! Lucifer Satán Luzbel diablo demonio chamuco coco; pero, no me digas don Benito. Ni que fuera masón. Y menos de una de las logias de aquí.

—Pero, entonces; ¿por qué me hablas desde su imagen?

—Porque está frente a ti. Escoge. Gira el equipal y te hablaré como Madero, Hidalgo, Carranza, Morelos, o el amo Torres. Incluso la Corregidora.

—Así está bien.

—¿Contento con el primer deseo?

—Ehhh… te diré. No es lo que yo esperaba. La gente es ingrata y malagradecida. Rejega e insurrecta. No reconocen lo que uno hace por ellos.

—¿Por…?

—Hace rato, en la ceremonia del grito, cuando gritaba los "¡Viva México!", el cura mandó sonar las campanas como si fuera la bendición. Y el pueblo me dio la espalda.

—¿Por qué hizo eso? El padre Polo, ¿no?

—¿Lo conoces?

—Como no. Es mucho más demonio que yo.

—Resulta que me harté de sus antojos, y ya no se los quise cumplir.

—¿Y además de eso…?

—En la campaña, todo fue alegría y felicidad.

—Así es la gente, el pueblo. Siempre buscando en quién depositar su ilusión.

—El primer año, al verme decían: "Ahí viene don Rodrigo Rodríguez. El señor presidente".

—¿Y el segundo?

—Ahí viene Rodrigo.

—¿Y el tercero?

—Ahí viene este ¡hijo de su chingada madre!

—Así es la gente, el pueblo. Siempre buscando en quién descargar su desengaño.

—La gente todo pide, exige, reclama, espera. Todo quieren que se les dé y gratis… el presupuesto no ajusta. Apenas alcanza para los sueldos.

—Me pediste la presidencia, no una casa de caridad.

—Creyendo que el ayuntamiento era una extensión de mi negocio, elevé los impuestos hasta en un quinientos por ciento, a mi entero arbitrio y desconsideración.

—Querías ser presidente, no tener tacto ni sensibilidad social.

—Ante mi falta de credibilidad, firmé, en campaña, un sinfín de compromisos. La mayor parte, no los voy a realizar.

—Quien mucho promete, poco dispuesto está a cumplir.

—Algunos problemas, la verdad, los he resuelto mal.

—Pediste la banda presidencial, nunca tener sentido común.

—No me diste una guía.

—Ni que fuera recetario. Puedes leer a Confucio, Plutarco, Tucídides, Sun Tzu, Suetonio, Hobbes, Tocqueville, Locke, Maquiavelo, incluso Shakespeare… pero no pediste el gusto por la lectura.

—Auditoría mayor de hacienda está tras de mí…

—Pediste la presidencia, nunca honradez.

—Los regidores de oposición; incluso de mi partido, quieren hacerme juicio político.

—Pediste la presidencia. Nunca saber negociar ni convencer. "Cabildear".

—Gané la elección con el veinticinco por ciento de la votación. El resto no votó…

—Ganaste con la minoría menos menor. Pediste ser presidente, nunca la mayoría ni el aval ni la moralidad de la democracia.

—He perdido amigos. He ganado enemigos.

—Pediste la presidencia, nunca mansedumbre ni servilismo.

—Me han traicionado.

—No pediste lealtad.

—Quise, a mi modo y entender, educar al pueblo.

—Hubieras empezado por ti. O por tus hijos. Pero el manual de carreño no ha sido precisamente tu prioridad.

—He tomado decisiones que luego, por corregir, se empeoran.

—Nunca pediste seguridad en ti mismo.

—En otras, me he sostenido y salen mal.

—No pediste ser autocrítico. Ni saber escuchar el buen consejo.

—Estoy por perder mi matrimonio y familia. Pues, con el aura del poder, conseguí amante. Y mi esposa se enteró…

—No pediste discreción, ni tampoco saber contener tus pasiones.

—Investido de autoridad, me dio por encabezar desfiles. Y querer amedrentar ciudadanos. Pero, la gente ya no se deja.

—Te hice servidor público de pueblo, no emperador de Roma.

—Me han hecho manifestaciones. Incluso me tomaron la presidencia. Me detestan, ignoran y se burlan de mí.

—Pediste la presidencia, nunca respeto y admiración. Eso, y muchas otras cosas, tenías que ganártelas. De haberlas pedido… disculpa, pero tu alma no vale tanto. No compensa las de todos los demás.

—Por embellecer el centro cívico, coloqué en él una enorme caja de zapatos. Quité el adoquín y las lámparas de tanta historia y tradición para dejar en su lugar, una plaza digna de cualquier patio de centro comercial.

—Decía Vaclav Havel: "El mal gusto y el mal gobierno se dan la mano".

—Quisiera, hacer por Zacoalco, lo que ningún ex presidente ha hecho.

—Te podrías largar de aquí. No sabes cómo te lo agradecerían.

—He sufrido…

—Ya ya ya. Lo malo que Dios los hace y luego me los manda. Eso es gobernar. Ahora, dime, ¿cuál es tu tercer deseo?

—Pero, si todavía falta el segundo. Recuérdalo. Caminar entre y en medio del fuego del infierno, y no incendiarme. Ser como tú…

—No lo he olvidado. ¿No te has dado cuenta, acaso, qué ahí es donde estás? Viviendo tu segundo deseo. Ahora, dime: ¡¿Cuál es tu último deseo?!

Rodrigo Rodríguez respira, contiene el aire, piensa, medita, cavila, reflexiona, sopesa, mide… quiere estar seguro de no arrepentirse, de pedir lo que realmente desea y le conviene. Y contesta:

—¡La reelección, o ser diputado!

José Amador Santana

El rey

Esa tarde, entré a comer a la palapa de Librado, "El Perico". Del restaurantero se decía que era un personaje *sui generis*. Tenía fama de seductor, pues además de esposa, se le conocían amante y novia, y cuando una mujer cruzaba por su camino, "si no la compraba, la dejaba tratada". Ahí estaba él, quien, justificando ese adjetivo, seducía a una de las meseras. Sus atributos físicos no concordaban con sus logros. Era obeso, pasado de moreno, bajo de estatura, con facciones indígenas y narigón.

Me senté, y mientras traían el pargo zarandeado, contemplaba la tranquilidad del oleaje y a una parvada de pelícanos y gaviotas que se zambullían por comida cerca de la playa. En eso, un relincho quebrantó esa quietud. Apareció por la playa un jinete montado en un azabache. Se apeó, y el sonido de espuelas atrapó la atención de los cuatro clientes, personal y dueño del negocio. Calzaba botas, y dentro de ellas venía una persona vestida con camisa, pantalón y un sombrero de fieltro, todos negros; cejas muy pobladas y mirada penetrante.

Ató el caballo a uno de los troncones exteriores, y al entrar al restaurante, un perro echado, al paso del hombre, se retiró asustado con la cola entre las patas. El tipo, ignorando a los presentes, caminó hacia una mesa central. Con él llegaron viento y unas nubes negras que ensuciaron el paisaje antes luminoso.

—Una cerveza superior, y botana de camarones —ordenó.

Sólo a clientes importantes atendía El Perico, y esa tarde éste fue uno de ellos. Adelantándose a las meseras llevó lo solicitado al visitante. Aquél, sin palabra de agradecimiento o gesto de amistad, extrajo una moneda del bolsillo, la dio al restaurantero y ordenó, señalando la rocola:

—Póngame "El rey".

Sumiso, acató la orden, y mientras el forastero se regodeaba con canción, comida y cerveza, recorrió con una ojeada inquisitiva a los consumidores. Todos bajamos la mirada; pero, de reojo, noté que su interés era El Perico.

Viento, y oleaje aumentaron intensidad, y en cinco minutos el nublado ya había vencido al atardecer.

Junto con la canción, el jinete consumió lo solicitado, y al término de ésta, refrendó la orden:

—Una Superior y camarones.

Era una escena repetida. El restaurantero llevó la cerveza y la botana, y aquél, con la misma frialdad e indiferencia, sacó dinero del pantalón, y exigió lo mismo:

—Póngame "El rey".

Luego de seleccionar la canción, "El Perico" se sentó en una de las mesas de la entrada, seguido aún por la mirada incesante del extraño. Y si yo y los demás estábamos atónitos, a él lo noté pensativo, confundido y nervioso.

El visitante se levantó, con cerveza en mano se dirigió al caballo. Su caminar anunciado con espuelas obligaba a mirarlo. Llegó hasta el animal, puso la botella en el hocico, y como éste se rehusaba a beber, le pegó con el fuete. Luego, el hombre, molesto, regresó a su mesa.

Como continuación con los acontecimientos extraños, pelícanos y gaviotas levantaron el vuelo prematuro rumbo al cerro.

—Una Superior y camarones —habló con energía sin dejar de observar al dueño del negocio.

Esa vez El Perico, temeroso y preocupado, acudió con la orden, y aquél, indiferente al servicio, dándole de nuevo efectivo, exclamó autoritario:

—Ya sabe, "El rey".

Si bien, todos los clientes habíamos terminado de comer, continuábamos estáticos. Desde la puerta de la cocina, las empleadas atisbaban la inusual escena. El restaurantero, aún pensativo, continuaba sentado. Había tensión en el local. El viento no cesaba, y así fue durante otros cinco minutos en los que el visitante consumió lo mismo, escuchó la melodía y persistía en su acecho al dueño del lugar.

De pronto, El Perico se levantó, fue a la cocina, y regresó a los dos minutos con algo en las manos, y encaró al extraño:

—¡No sé quién eres, pero no te temo! ¡Este crucifijo me protege!

Se fue la energía eléctrica de la palapa, todos quedamos pasmados y, entre una oscuridad total, el dueño se dirigió al interruptor y restableció el servicio.

Habían desaparecido el extraño y el azabache; sólo se veían vacíos la botella de cerveza y el plato de la botana.

El Perico, aún con el crucifijo en la mano, fue al centro del local y, triunfante, nos dirigió la palabra:

—No sé quién es este sujeto que atrae vendavales, mareas, provoca eclipses, pero hace como tres semanas, cuando los pescadores regresaron prematuramente por un extraño mal tiempo, lo vieron en el muelle. Mientras descargaban la pesca del día, bajo un viento persistente, aquél, junto con ademanes de sus manos, miraba insistente a Sabás.

"Siendo él tan tranquilo, se volvió loco, y con cuchillo en mano fue con otro de ellos a reclamarle por haber tirado sus redes en el mismo cardumen que él. Sólo consiguió herirlo, y tuvieron que someter a

Sabás con una red para llevarlo a la cárcel. El sujeto, así como apareció, se esfumó".

Luego, El Perico, en una reacción enigmática, seguido por la mirada de todos nosotros, fue a la rocola, la abrió, buscó y extrajo un disco; lo arrojó al suelo para romperlo, y comentó:

—No vaya a ser que este cabrón regrese y quiera oír de nuevo "El rey".

El alumno

La orden del jefe fue tajante:

—Desaparezcan a ese cabrón, y de paso a su guarura —hablaba del "Charoleado", rival en el trasiego y distribución de droga en esa zona.

"El Jaibo", y "El Rorro", infalibles en esas actividades, estaban por realizarla. Uno arrastraba un carrito de fruta; el otro hacía de jardinero. Habían escogido ese punto después de vigilar por varios días los movimientos de sus rivales. Existía un tope en la calle y, forzosamente, detendrían la velocidad. Atentos, esperaban al arribo de la camioneta y cada uno conocía su trabajo: El Jaibo liquidaría al Charoleado; su compañero, al guardaespaldas.

Ya en la noche, El Jaibo dormía intranquilo cuando lo despertaron los gruñidos de su perrita "La Pimienta", echada a un lado de la cama. Se enderezó, su pulso era acelerado, y sudaba. Él, quien decía no conocer el miedo, sintió temor y, por instinto, buscó la pistola que tenía sobre el buró. Aunque la ventana estaba abierta, y las cortinas se movían por el viento, había un olor extraño en el cuarto. ¿Acetona? ¿Azufre? No lo identificó.

Respiró hondo para tranquilizarse.

Agudizó la vista y no encontró nada anormal. Entre penumbras vio a su pareja, "La Yoya", acostada a su lado. Miró a la perrita ya calmada,

y lo mismo le sucedió a él. De nuevo, se le revelaron las palabras del sueño, dichas por una sombra fantasmagórica, etérea:

—Jaibo, quizás aún no lo sepas; pero desde niño has sido uno de mis seguidores. Además de tu valentía, decisión e iniciativa, esta noche me enorgulleció tu inteligencia para asesinar a El Rorro como venganza por seducir a La Yoya. Nunca supo de tu molestia por esa traición, y pronto se la cobraste. Después de liquidar al Charoleado y a su guardia, te anticipaste para ver que los rivales de tu jefe estuvieran muertos. Quitaste la treinta y ocho de la mano del guardaespaldas para con ella dispararle a tu amigo cuando, confiado, se acercaba a la escena. Dejaste el arma en el mismo lugar, y escapaste. Lo mejor para ti es que los periódicos certificaron el asesinato de los dos esbirros con el agregado: Los ahora muertos, al repeler la agresión mataron a Jacinto Ramírez L., El Rorro, uno de los agresores.

A la mañana siguiente, El Jaibo entró a la cocina, ahí lo esperaba La Yoya con una taza de café caliente. Le dio un sorbo y dijo:

—Voy con el jefe, espero regresar en la tarde. Te dejo quinientos pesos para que compres siete metros de cuerda en la ferretería.

—Está bien.

Salió de la casa. Al dar vuelta a la llave, la marcha del auto no respondió. Pensaba en cuál sería el desperfecto, pues siempre lo traía en óptimas condiciones.

Su razonamiento fue asaltado por la misma voz del sueño:

—Omití mencionar tu astucia. Ya la comprobé. Sólo un buen alumno, como tú, cerraría el capítulo de La Yoya.

El Jaibo, confuso por los hechos del día, pensó en la viga sobre la sala que le serviría para esa trabajo. Sería suicidio.
Arrancó el motor y, esa vez sí funcionó.

María Fernanda Sánchez

En la cama 22

El cuerpo que sigue para meter al horno y proceder a la cremación, es el mío.

Con tan mala suerte que mi vecino me fue a llevar, inconsciente, al Hospital Civil. ¡Vaya ocurrencia! Si de todos modos me iba a morir, hubiera preferido que fuera en mi casa con un vaso de ron en una mano, y un cigarrillo en la otra.

Mientras yo me encontraba postrado en la cama número 22, de la sala Pablo Valdés de cirróticos, creí recibir la extraña visita de un hombre alto, delgado, manos grandes y huesudas, con un color muy extraño de piel, gris podría ser; elegantemente vestido con un traje negro.

¿De parte de quién podría haber venido aquel visitante? ¡Hace tanto que yo no sabía de mis hijos! Y menos de las madres de éstos. Mis hermanos tampoco se han ocupado de mí, ni yo de ellos. ¿Quién diablos era este sujeto que me veía como si fuera yo un filete miñón? mientras pasaba saliva y paseaba la lengua (más larga, por cierto, de lo habitual) por las comisuras de sus labios.

¿Estaba alucinando? o, ¡qué chingados! El hombre de negro se acercó a la cama de al lado. Observé una batalla entre él y otro sujeto también alto, sólo que ése era de semblante luminoso, y no gris; además, vestido de blanco.

¡Cómo me dieron ganas de tener mi ron ahí cerca para darle unos sorbos mientras presenciaba el espectáculo! En medio de la trifulca desaparecieron sus rostros, en su lugar quedamos Josefina, mi primera mujer, y yo. Ahí estábamos en la cocina de la casa, discutiendo como todos los días. Esa mujer me provocaba, le gustaba que la golpeara, que le dejara marcado el cuerpo a madrazos. Todavía creo que sí tuvo algo con aquel pinche fontanero.

El hombre de ropa clara se esforzó por proteger lo suyo, al igual que el otro. La última palabra la tuvo el sujeto en disputa, el de la cama 23; levantó un brazo y jaló con fuerza al de la tez luminosa. El otro abandonó el pabellón, dejando un tufo muy desagradable; como la de los zorrillos cuando sienten amenaza. ¡Qué hediondera! A puro azufre.

No habían pasado ni tres horas, o por lo menos eso pensé yo, en que regresaron los dos por más moquetazos. El alma en turno era la de la viejilla de la cama 12.

Ansiaba mi ron, estaba seguro que disfrutaría todavía más de ese espectáculo. Me conformé imaginándome que tenía en la mano el vaso de cristal con la deliciosa bebida ámbar y unos cuantos hielos tintineando dentro.

Como el suceso anterior, se borraron esas dos caras y aparecieron las de mis padres. Mi madre me abrazaba mientras que mi padre arrancaba con furia el Opel 73… Ese hombre escupía fuego cuando decía mi nombre…

¡Mira nomás! Esa viejilla se veía muy débil, pero bien que tomó partido. Lo malo es la peste que deja el infeliz derrotado.

Ya van 2-0. No soy pendejo, se le hace agua la boca al de la peste por ganar alguna batalla y a mí todavía no se me da la gana de morirme.

No supe cómo, ni a qué hora, el grandote de oscuro se paró junto a mi cama. Tenía esa mirada, la de mi padre, es repulsivo, su contrincante no tardó en aparecer, me asaltó una duda ¿qué acaso de este pabellón

nadie sale vivo? Y fue entonces cuando se me ocurrió una gran idea.

Mi alma estaba en disputa. Hice mi elección.

Efectivamente, el cuerpo que sigue para meter al horno y proceder a la cremación, fue mío. El trabajo lo realizaré yo como encargado de los hornos de este crematorio. Poco me importa como ése de la tez gris me metió en otro cuerpo.

Lo más importante es que, mientras los huesos de esos cuerpos en descomposición, truenan y se calcinan, yo disfruto de la bebida que me devolvió a la vida: el ansiado ron.

¡Yo sí supe negociar!

El niño llorón

—¿Sabías que está maldito ese niño llorando?

Dijo ese día Efrén mientras señalaba el cuadro que tengo en la entrada de la casa sin pensar en las consecuencias de sus palabras; estábamos esperando que terminara el medio tiempo del partido de futbol.

—Yo creo que lo confundes —contesté escéptico—ese cuadro lo pintó Giovanni Bragolin; además de muy famosa esa obra, para mí es como si fuera la original. Cuando mi padre murió, sólo me heredó su cartera, ésa la guardo junto con las cosas de valor; y esta pintura que ocupa un lugar especial en la casa aunque mi esposa y mis hijos han hecho de todo para que yo me deshaga de ella.

Efrén continuó con sus explicaciones…

—Pues yo acabo de ver un documental muy interesante de esa pintura; y expusieron cómo la colección de 27 cuadros de "Niños llorones" quedó maldita cuando el autor hizo un pacto con el diablo. Desde entonces, terribles desdichas recaen sobre aquellos que se atreven a colgar alguno de esos óleos en las paredes de su hogar. Si tu padre lo hubiera sabido, de seguro no te lo hereda.

Efrén es así, siempre que va perdiendo su equipo trata de distraerse con cualquier cosa. No pude ver ese partido en paz ni volver a sentir tranquilidad. Las palabras que Efrén sembró en mí empezaron a

florecer; yo las aboné con duda, intriga y, constantemente, las regaba con algo de temor. No había día en que no investigara un poco más sobre esa maldición:

Los cuadros de Bruno Amadio (ése era su verdadero nombre) están malditos, son una puerta para pactar con el diablo. En determinadas fechas, si uno se pone delante del niño llorón, puede negociar con el diablo, y éste tiene el poder de mirar directamente a los ojos al observador a través de la enrojecida y llorosa mirada del niño.

A partir de entonces justifiqué cada acontecimiento negativo viendo fijo y directo a los ojos a ese niño llorón. Empecé a notar que se escondía la maldad detrás de ese rostro que parecía inocente. Mientras más lo veía, más se complicaban mis cosas:

Cuenta la historia que Amadio, harto de no tener reconocimiento, pactó con Satanás. Así es como se explica que, de la noche a la mañana, se convirtiera en un famoso pintor. Sus cuadros se hicieron muy populares.

Por primera vez me sentí aliviado de que mi esposa y mis hijos no lo tomaran en cuenta, y evitaran verlo.

Pensé demasiado qué hacer con esa pintura, mitad de mi herencia. ¿Cómo podría deshacerme de él? Aun la posibilidad de comentarlo con mi esposa era nula; ella nunca entendió la importancia de que yo preservara así la memoria de mi padre. Al menos eso creía yo…

Hace dos meses estoy postrado en esta cama; sé que han sido dos meses pues escuché desde la habitación, mi nueva habitación, cómo le cantaban "Las mañanitas" a Lola, mi hija.

No recuerdo mucho, salvo que, un día en la mañana, salí con más prisa de la acostumbrada, tomé las llaves del auto y vi el cuadro que, con su engañosa mirada y ocultando sus intenciones bajo esas cínicas lágrimas, me dijo: "Hasta pronto, aquí te espero".

Las luces del tren encandilaron mis pensamientos dejándome inerte en ese momento y, para siempre.

Nadie escucha mi voz, el sonido de ella será un recuerdo aun para mí.

Hoy, seguramente por indicación del médico, mi familia decidió inclinar el respaldo de la cama, Juan da vuelta a la manivela y Lola acomoda las almohadas.

Así sentado, abro los ojos, es lo único que puedo mover; y, frente a mí la visión más infernal: el cuadro del niño llorón mirándome con burla, con una alegría escondida entre lágrimas. Escucho la voz de mi hija diciendo que fue idea de su madre mover de lugar la pintura, que ella sabe la felicidad que ésta me produce.

Unos hilos de agua escurren por mis mejillas, mi familia me examina, me revisa, se desespera. No saben que lo que escarce mi alma está frente a mí con los ojos bien abiertos y, que nadie se atreverá a quitarlo de ahí.

Palabras al vapor

Mamá sabía cocinar muy bien, logró que la soya pareciera carne molida, que dos milanesas con tres papas se convirtieran en comida para cuatro y que, el recibo de la luz, bajara considerablemente al encender velas y desconectar clavijas.

Guillermo Rosales llegó un sábado, por el anuncio en el periódico de la renta de un cuarto para estudiantes. Llegó un día después de que mi hermano Pablo se fuera a Monterrey para ganar algo de dinero, trabajando con mi tío José Luis.

Puedo describir a Guillermo como delgado, alto, nada atractivo, dentadura más bien afilada, ojos de un gris cenizo, poco común, y la pinta de un muchacho devoralibros. Despedía un olor extraño. Me miró de reojo sin mostrar alguna expresión.

Llegó de una pequeña ciudad para comenzar aquí su residencia como médico, o algo así. Ese día, durante la entrevista, nos contó que, además de ser estudiante y hacer prácticas en el hospital, se dedicaba a elaborar crucigramas para una revista de Colima. Cuando mencionó sus horarios, mis padres respiraron hondo y exhalaron con alivio. Soy, lo que ellos llaman, una niña decente, quien ahora compartiría el techo con un muchacho casi de mi edad.

Por las mañanas, él llegaría a darse un baño, diseñar el crucigrama y enviarlo a la revista para su publicación. Después, dormiría hasta las seis

de la tarde para volver a su horario nocturno en el hospital. Coincidir con él en casa era casi imposible; aunque desde el principio quedó claro que él se bañaría llegando y que, desocuparía ese cuarto a las seis y cuarto de la mañana, pues yo lo usaría antes de salir a la universidad.

La casa entera se impregnó de aquel humor que emanaba de él.

Acostumbro bañarme con agua tibia. Cuando empieza el invierno a sentirse en la piel, y en los huesos, pongo el agua más caliente.

En uno de esos días fríos, en los que el baño queda completamente empañado, corrí la cortina de plástico y jalé la toalla como todos los días. Volví a sacar la cabeza, eché una segunda ojeada porque me pareció ver algo… ¡Sí! En el espejo estaban unas palabras que, al momento de desaparecer el vapor, se volverían invisibles: *Expresión de saludo, cuatro letras.*

Sonreí, imaginé a aquel *nerd* escribiendo con timidez. Limpié el espejo; de verlo mis padres me mandarían a mí también a Monterrey.

El frío se instaló por meses, y los mensajes también.

Cuando llegó la primavera, yo seguía duchándome con agua caliente; para entonces, Guillermo y yo habíamos roto el hielo. Siempre que salía del cuarto de baño, yo le sonreía coqueta, a él se le encendía la piel y también los ojos, y se metía a su habitación.

Ésa era mi forma de decirle, leí el mensaje. Al principio los escritos se mostraban divertidos e inocentes; con el tiempo fueron subiendo de tono: *Prenda íntima femenina para sujetar y ceñir el busto, siete letras.*

Empecé a verlo atractivo, su audacia me había conquistado. *Realizar el acto sexual un macho y una hembra, siete letras.*

Casi no conocía su voz, pero ya la podía imaginar cerca de mi oído. Al empezar con esto, yo quise divertirme; sin embargo, acabé deseando verlo cada mañana salir del baño y tras él, el vapor que seguiría siendo nuestro cómplice, junto con aquel extraño aroma que dejaba clavado en el pasillo.

Anoté cada mensaje en un cuaderno y yo misma formé los crucigramas. Algunos, no aptos para niños.

Un día, cuando regresé de la universidad y me disponía a comer, supe que él ya no estaba ahí, su olor se había ido. Vi mi cuaderno junto a la licuadora. ¡Mi madre descubrió mis apuntes! No dije nada. Sentí vergüenza.

Volvería la soya disfrazada de albóndigas.

Al día siguiente me bañé con agua muy caliente, sería la forma de recordarlo, y de despedirme. Lloré al rememorar todas las noches en las que fantaseé un encuentro real con él. Corrí la cortina de plástico, jalé la toalla y, ya por costumbre y por deseo, volteé a ver el espejo.

Apreté los ojos un par de veces antes de abrirlos al máximo. Había un mensaje escrito con la misma letra y aquel olor flotando: *Sentimiento de atracción de una cosa prohibida que causa deseo, nueve letras*. Abajo con letra más pequeña decía: ¿Continuamos?

Beatriz Salcedo-Strumpf

Medusa

Decía Casandra a sus conocidos: "Medusa es una de las felinas más bellas del planeta".

Medusa, una gata de angora, tenía un ojo verde y otro azul. Su larga cola esponjada se convertía, pomposamente, en un signo de interrogación cuando su ama la sacaba a pasear por el parque al atardecer como si fuera un canino. Cuando los otros perros la veían, se acercaban con cautela hacia ella; pero, Medusa, siseando, de inmediato les metía tremendo rasguño en la nariz, y ellos desaparecían espantados como si hubiesen visto al mismo Lucifer.

Muchos alababan su voluptuosidad y elegancia. Los transeúntes se paraban para acariciarla, y preguntarle a Cassandra cómo la había entrenado a andar con correa.

—Lo hace por instinto —afirmaba con mucho orgullo.

Cassandra, una solterona retirada de la enseñanza, vivía sola en un apartamento y tenía con Medusa una relación estrecha; ambas pasaban casi todo el tiempo juntas; excepto cuando su dueña iba de compras al centro comercial, o al supermercado, o a pagar las cuentas al banco, o a visitar a sus amigas en la escuela donde trabajaba. Eso sí, al salón de belleza llegaban juntas porque a ambas les cortaban la melena un poco cada mes.

Por las noches, Medusa se acurrucaba al lado de su ama y su ronroneo la llevaba al mundo de los sueños. Tal parecía que ambas gozaban de una relación erótica porque Cassandra disfrutaba de los apasionados lamidos de Medusa con su lengua rasposa en el rostro, en los brazos y en las piernas; y Medusa se estrechaba a ella sensualmente para que acariciara suave su esponjoso pelaje por todo el cuerpo.

Un día, Cassandra conoció a Héctor en el parque. A él le llamó la atención la elegancia del andar de ambas, y la larga cabellera negra de la mujer. Inició la charla alabando a Medusa y, a partir de ese día, Héctor aguardaba con gran emoción la llegada de Casandra con su bella felina.

Después de varias semanas de encontrarse en el parque, Héctor se animó a invitar a Cassandra, sola, a una cafetería; ella aceptó muy gustosa.

Luego de agradables encuentros y pláticas lo invitó a su casa. Al llegar, Cassandra se sorprendió porque Medusa no vino a recibirla con su acostumbrado miau musical. A los pocos minutos de llamarla, apareció y se acercó al hombre para olfatearlo como si nunca lo hubiese olido antes. Héctor se puso un poco nervioso por el comportamiento de la gata curiosa. Al tratar de acariciarla Medusa le soltó un rápido rasguño. Fue tal el arañazo que Cassandra se ofreció lavarle la herida para que cesara el sangrado y evitar una infección.

Esa noche Héctor se despidió de Casandra un poco confuso por el arrebato inesperado de la felina voluble. La mujer le aseguró que Medusa se acostumbraría pronto a su presencia, y él asintió con la cabeza.

También esa noche, Medusa se rehusó a dormir por primera vez en la habitación de su ama. Se acurrucó sola en el sofá de la sala. Sorprendida, Cassandra se fue a su aposento sin comprender la conducta de su adorada gata.

Los días transcurrían. Por lo menos dos veces a la semana, Cassandra y Héctor se reunían a charlar en la misma cafetería de su primera cita. En una de ellas, Cassandra le propuso que fueran a su apartamento para ver si ya se le habían calmado los celos a Medusa.

Esa vez Medusa sí salió a recibir a su ama y, tan pronto como Cassandra se sentó en su acostumbrado sillón, brincó a su regazo e inició su coqueto ronroneo. Cuando la charla estaba muy animada, Héctor se ausentó por un momento para ir al baño; entonces Medusa aprovechó para orinar en el saco de él sin que la mujer se diera cuenta. Al volver, Héctor se sintió más relajado por el comportamiento tranquilo de la felina.

Un poco después él dijo que era tiempo de despedirse. De pronto le llegó el inconfundible y desagradable olor a orines de felino. Tomó su saco y comprobó que de ahí provenía el hedor, además estaba completamente húmedo.

Una vez más, Cassandra, apenada, y disculpándose con Héctor, le explicó que Medusa nunca había cometido tal fechoría, y que probablemente estaría enferma. Le aseguró que la llevaría al veterinario al día siguiente. Además, se ofreció a llevarle su saco a la tintorería.

Héctor se despidió amorosamente de Cassandra, aunque preocupado por el atrevimiento de Medusa.

Cuando el hombre se marchó, Cassandra miró a los ojos azul-verde de Medusa y la confrontó con severidad y rabia:

—¿Por qué te empeñas en complicarme la vida con Héctor? ¡Gata del demonio!

Sin que se diera cuenta Cassandra, los ojos azul-verde se tornaron de un rojo encarnado, rabioso y malévolo.

Medusa, sin maullido o ronroneo, se dirigió a la cama de Cassandra, indicándole que era la hora de soñar sobre las almohadas de plumas de ganso.

Al día siguiente, Cassandra llevó a su minina con el veterinario. Los resultados no indicaron infección ni enfermedad.

A Cassandra se le ocurrió que, quizás, por la mañana, deberían salir los tres a pasear y luego ir a tomar un café. Tal vez Medusa disfrutaría la caminata diurna, y su mente se ocuparía en molestar a los galgos o, a tratar de cazar a los pájaros y ardillas.

Héctor aceptó el plan y se dieron cita en el parque donde se conocieron.

Él las aguardaba con impaciencia y ansiedad. Para la sorpresa de ambos, Medusa ignoró a Héctor. Los tres caminaron hacia la cafetería que tenía una jaula con un chango que divertía a los parroquianos con sus piruetas. Esa mañana el mono estaba fuera de su jaula.

Medusa, sin contener su curiosidad, se le acercó; el chango lanzó tremendo grito al verla y fue suficiente para que se originara entre ambos un jaloneo de estira y afloja hasta que intervino Héctor, tratando de separarlos sin éxito, además salió, una vez más, todo arañado ahora por ambos animales. Entonces se aproximó uno de los meseros y se disculpó por dejar al animal fuera de su jaula.

Cassandra cargó a su felina y le pidió a Héctor que abandonaran el sitio. Caminaron en silencio rumbo al apartamento de Cassandra. Ella lo invitó a tomar un té para calmar los nervios después del lamentable incidente. Héctor aceptó, mencionando que sólo se quedaría por unos minutos. Cassandra puso el disco "Himno a la alegría", y se disculpó por unos instantes para ir al baño.

Héctor permaneció en la sala sentado en uno de los sofás con Medusa. Frente a él se encontraba un espejo en el que vio cómo las orejas gatunas se convirtieron en cuernos; la cola esponjosa se tornó roja, larga y delgada; los colmillos le crecieron y adquirió una estatura que abarcaba todo el marco. Cuando a Héctor lo envolvió un olor a azufre, y la sensación de odio que emanaba de esa imagen diabólica,

empezó a sudar copiosamente y a respirar con dificultad. Su corazón no soportó esa visión maléfica, cayó como fulminado por un rayo sobre la alfombra de la habitación.

Cassandra escuchó el fuerte golpe y se apresuró a la sala; boquiabierta y espantada al ver el cuerpo inerte de su amado, trató de reanimarlo con respiración artificial. Al no lograrlo, llamó al 060.

Casandra decidió esperar a la ambulancia en un sillón. Medusa brincó a su regazo y lamió sus manos con actitud de consuelo; de reojo miró hacia el espejo que adornaba la pared para ver su imagen de demonio que sonreía maléficamente por el éxito logrado.

Mientras, su ama lloraba su pérdida y escuchaba a lo lejos el sonido de la ambulancia.

La muñeca

Un leve tarareo llegó a Leonor proveniente del cuarto de su hija. En silencio se acercó a la puerta entreabierta del cuarto de la niña, y la vio inclinada sobre una muñeca. El tarareo, similar a una canción de cuna, era irreconocible.

—Flor, ya duérmete. Deja a la muñeca en su cuna.

El tarareo cesó a sus primeras palabras. La niña acostó su juguete en una pequeña cuna.

—¿Quién te enseñó esa canción? ¿La aprendiste en la escuela?

—No, me la enseñó ella —respondió la niña y señaló a la muñeca.

—¡Ah!, ¿y ya le pusiste nombre?

—No quiere decirme cómo se llama.

—¡Mi niña, ella no habla!

—Sí habla, mamá.

—Bueno, ya duérmete.

Le dio un beso en la frente, y la cubrió con la sábana.

A Leonor no le gustó desde el principio aquella muñeca antigua, regordeta, que le regalaron a su hija. Estaba fabricada de un material fofo, desagradable al tacto, y con ojos azules que permanecían entrecerrados. La niña la adoptó como su juguete favorito, y ya no se separó de ella. Leonor no recordaba quién se la regaló cuando su hija cumplió seis años, un mes antes del secuestro y muerte de sus padres.

Sus padres…

Rubén, su marido, reconoció los cuerpos, y no permitió que ella los viera…

¿Por qué? ¿Qué les habían hecho?

¿Sólo por no tener dinero para pagar el rescate a los que se los llevaron?

¿Y por qué seguían molestando a la familia con llamadas absurdas, atemorizantes?

Encima del buró permanecía un papel con los números de teléfono de las personas conocidas; sólo contestaba después de comprobar en el aparato identificador de llamadas que procedía de un número conocido.

Regresó a su cuarto, se sentó en la cama, con la espalda recargada en el muro.

—¡No me llama Rubén!

Él le prometió que se reportaría, como siempre, tan pronto llegara a la ciudad en donde iba a promover la venta de los productos que representaba; que no manejaría de noche por ninguna carretera, por el peligro que representaban los secuestros.

Recordó que ella prometió cuidar muy bien a su hija. Se dirigió rumbo a la entrada de la casa, a comprobar que las tres cerraduras que protegían la puerta de ingreso estuvieran con el pestillo corrido.

En el piso de la sala encontró la urna y las cenizas de sus padres.

¡Flor tiró la urna durante uno de sus juegos, de seguro!

Contuvo su enfado y pospuso para el día siguiente la llamada de atención a su hija.

Con una servilleta de tela recogió las cenizas y las puso de nuevo en la urna.

Rubén se comunicó muy temprano en la mañana. Un accidente en la carretera obstruyó el tránsito y lo hizo llegar muy tarde a su destino;

no pudo llamar por el teléfono celular, pues la batería se descargó y no funcionó el cargador que utilizaba en el auto. Decidió no llamarla cuando arribó a la ciudad de su destino pues ya pasaba de la media noche. No, no lo volvería a hacer, se reportaría sin importar la hora que fuera.

Leonor dio de desayunar a su hija, y luego salieron rumbo al colegio; la llevó tomada de la mano, alerta a todo lo que sucedía a su alrededor.

—¡Mamá, yo no fui, fue Perisa! —se defendió la niña del reclamo de su madre por las cenizas regadas sobre el piso de la sala.

—¿Quién es Perisa?

La niña señaló a su muñeca, que llevaba por primera vez al colegio: la maestra les había permitido que llevaran el juguete que quisieran.

—Ya me dijo cómo se llama.

—¿Perisa? Es un nombre raro.

La niña alzó los hombros y adelantó su labio inferior.

Ya de regreso en su casa Leonor completó el ritual matutino implantado desde la muerte de sus padres: platicar por teléfono con su hermana. Ella también comentó que era un nombre extraño el de Perisa.

En la tarde, Flor jugaba en su cuarto, al terminar su tarea de la escuela. En una mochila vieja guardaba ropa, con su muñeca acostada a un lado de la cama.

—¿A qué juegas, Flor?

—Perisa me invita a irme con ella.

—¡Ah…! ¿Adónde?

—No me ha dicho.

A las ocho de la noche, Rubén la llamó, y le aseguró que se encontraba en el *lobby* de un hotel en una ciudad de otro estado; iba a preparar sus reportes y el plan de ventas del día siguiente.

Luego de acostar a Flor, se dispuso a dormir más temprano que de costumbre.

¿Sufrirían sus padres antes de morir? ¿En dónde encontraron sus cuerpos?

Alejó los recuerdos de su mente, como recomendó el médico que hiciera cuando le llegaran pensamientos tristes.

Cerró sus ojos y se dispuso a dormir.

No podía dormir, los recuerdos llegaban de nuevo.

Escuchó ruidos en la sala; entreabrió el cajón del buro donde Rubén le dejó una pistola pequeña, como de juguete, con miles de recomendaciones.

No sacó el arma, tenía la plena seguridad de que cerró bien los seguros de la puerta; calzó sus pantuflas y se dirigió a la sala.

Flor manipulaba una de las cerraduras.

—¡Flor! —la niña pegó un respingo, asustada—¿Qué quieres hacer? ¿Salir?

A un lado de la niña estaban la muñeca y una mochila vieja.

—No, mamá, vine a ver si habías cerrado bien la puerta —y soltó el llanto.

—Mi niña, tú no te preocupes por eso. Yo soy la que cuido de nosotras, y de la casa.

La llevó cargada al cuarto de Flor, y la acostó en su cama.

—Mañana tenemos colegio, no se te olvide.

Regresó a la sala y recogió la mochila. La abrió y comprobó que era en la que guardaba ropa su hija en la tarde, cuando le dijo que Perisa la invitó a irse con ella.

Tomó del suelo a Perisa y la llevó al cuarto de servicio.

Decidió alejar unos días a la muñeca de su hija.

De nuevo en su cama, trató de conciliar el sueño.

Dormitaba, sumergida en la escena de la misa de difuntos de sus padres. Los féretros, al frente de los fieles, uno a cada lado del sacerdote. Ella sintió la necesidad de mirar hacia atrás: vio a una pareja que le sonreía: eran sus padres.

La caravana fúnebre iba en marcha lenta rumbo al panteón. Sus padres, de pie en una banqueta, le decían adiós.

En el panteón, Rubén levantó la tapa de uno de los féretros.

—¿Quieres ver cómo los dejaron? —le preguntó.

Temerosa, abrió los ojos y decidió alejarse de los sueños.

A través de la puerta entreabierta de su cuarto, imaginó ver caminar a Perisa rumbo al cuarto de Flor.

¡No! ¡Sí era Perisa! ¡Ya no estaba soñando!

Saltó de la cama, y salió descalza de su recámara.

En el pasillo dudó: "Voy al cuarto de servicio o al de Flor…".

Encontró la muñeca en el lugar en donde la había dejado.

¿Qué esperaba? ¿Que no estuviera en el mismo lugar?

La levantó de los cabellos, como una venganza de niña.

Sonrió ante lo absurdo de sus pensamientos, y una vez más, como en los últimos días, se sorprendió hablando sola.

—Las muñecas no hablan… —musitó.

La muñeca giró la cabeza, levantó los párpados de sus entrecerrados ojos, y movió la boca como si hablara una anciana desdentada:

—¡Yo sí hablo! —aseguró, y regresó a su posición original y a su inmovilidad.

Leonor aguantó un grito, la arrojó lejos, y salió del cuarto de servicio.

Se encerró en su recámara, como lo hacía cuando era niña y algo la asustaba.

Sentada en la cama, con la espalda recargada en la pared y abrazada de una almohada, recordó que no estaba sola. Había olvidado a su hija.

Sonó el teléfono, fuera del horario convenido en que habían acordado llamarse los familiares. En el identificador reconoció el número de teléfono de su hermana.

—Leonor, te llamo a esta hora pues acaba de llegar mi hijo; encontró en la computadora el nombre de Perisa: es el nombre de las hadas de la muerte.

Colgó.

"Perisa me invita a irme con ella", recordó las palabras de su hija.

¡No iba a permitir que se llevara a su niña!

Del buró tomó la pistola.

Con el arma en la mano recorrió el pasillo en busca de Perisa.

No la encontró en el lugar en donde la había arrojado.

Dirigió sus pasos al cuarto de Flor.

El lugar era bonito y seguro, de bardas altas, aunque la gente actuaba de manera extraña.

¿Por qué Rubén no iba a verla todos los días?

De pronto aparecía por el sendero que serpenteaba por aquel jardín; ella le sonreía desde lejos, y él se sentaba a su lado, muy serio. Si ella quería platicarle que en ocasiones veía a sus padres, él cambiaba de tema, y ella no insistía. Y entonces conversaban de lo bonito que estaba el día, de lo que comió Leonor, de los pájaros que cantaban en los árboles a sus espaldas.

¿Por qué él no le preguntaba por su hija? ¡Si no quería que le platicara de sus padres, menos le iba a platicar de Flor!

Si le preguntara, Leonor le diría que estuviera tranquilo: la niña estaba a salvo. Esperaría el tiempo que él quisiera, antes de decirle que su hija se reunía con ella tan pronto se encontraba sola en el jardín; la

escuchaba reír, la veía correr entre los árboles, sin seguir los senderos marcados en el piso.

Que la muñeca jamás lograría llevársela de su lado.

El cazador de demonios

Luego de recorrer varios tugurios, T*** entró en aquella cantina desconocida para él en busca de un refugio contra la lluvia. Era un lugar viejo, y sus clientes parecían habituales del sitio; sobre el piso había desperdigado aserrín. Paseó la mirada por el local, en busca de un rival al cual retar a una pelea. Sólo vio sentadas a las mesas personas que no aceptarían su reto: dos o tres borrachos, o tipos pusilánimes. Ocupó un asiento giratorio de la barra, y pidió un trago.

Tal vez pudiera pelear con el tipo sentado a su lado; se veía fuerte, y de carácter recio. El extraño era de estatura baja, de cuerpo grueso, y largos brazos. El espejo detrás del cantinero mostró a una persona de rasgos toscos, primitivos, que daban la impresión como de raza muy antigua. En su cara campeaba la inexpresividad. A T*** le llamaron la atención los deteriorados guantes que usaba el tipo.

—Fuerte, la lluvia —T*** inició plática con el extraño, en espera de cualquier motivo para iniciar una pelea.

—Sí, pero no creo que dure mucho tiempo —aseguró el otro.

La conversación, después de un rato y dos copas, derivó hacia las actividades de cada quien.

—Soy cazador porque es una actividad en la que experimento la libertad —explicó T***, y pospuso mencionar su gusto por las peleas—. La decisión de vida y muerte de los animales, es para mí la total libertad y la aventura.

El desconocido sonrió, en forma leve, condescendiente. Después, su rostro antiguo volvió a la inexpresividad.

—Yo también soy cazador, pero mis motivos son diferentes. Yo cazo por principios. No respeto ni temporada de caza, ni veda.

—¿Qué cazas? —preguntó T***.

El desconocido se quitó sus guantes de piel de color indefinido, y extendió sobre la barra sus toscas manos cruzadas de cicatrices.

—¡Gatos salvajes, y los desuellas vivos con las manos! —dijo T***, en tono burlón —O ¿qué?

—Casi —respondió el otro, y se puso de nuevo los guantes.

T*** consideró que el momento había llegado.

—También me gusta pelear, y soy muy bueno en la pelea, ¿no me crees?

El extraño, sin amilanarse, se permitió otra sonrisa.

—Te creo —le dijo, y bebió de su trago.

—Si tienes alguna duda, te lo compruebo en este momento. Aquí, o en la calle.

El tipo le sostuvo la mirada, y después soltó una carcajada.

—Te estás burlando de mí —retó T***, y se enderezó en su asiento.

El hombre siguió riendo, y la risa ponía un gesto extraño en su cara.

—¿De qué te ríes?

El hombre contuvo su risa.

—De que hablaste de libertad, pero no sabes que no eres libre.

—¡Claro que lo soy! Yo tomo todas mis decisiones.

El tipo movió la cabeza.

—No, y el que no seas libre tiene que ver con lo que yo cazo.

—¡No me has dicho qué cazas!

—¿Quieres saberlo?

T*** se puso en alerta cuando el hombre se acercó para que nadie más escuchara.

—Demonios, cazo demonios.

T*** accedió a salir a la noche; si iba a terminar por pelear con el extraño era mejor fuera de la cantina, en la cual el tipo pudiera tener amigos que lo auxiliaran. Introdujo los dedos de su mano derecha en la manopla de aluminio que guardaba en uno de los bolsillos de su gabardina.

Caminaron bajo la lluvia, por el barrio más antiguo de la ciudad, en busca de lo que el extraño llamó "una persona propicia"; cruzaron charcos que reflejaban una ciudad despedazada sobre el adoquinado, el agua mojando sus zapatos.

Se detuvieron frente a un *clochard* que se guarecía del frío bajo el portal de una puerta. Al extraño pareció no satisfacerle el vagabundo y prosiguieron su caminata.

Cruzaron un jardín con árboles pálidos a la luz de los faroles.

Apenas iba T*** a detenerse para provocar la pelea, cuando el tipo señaló a una mujer de edad madura, quien se acomodó el peinado al notar que la miraban y se dirigían hacia ella; tiró su cigarro lejos y exhaló el humo de sus pulmones. Una sonrisa apareció en su cara, y mostró una hilera de dientes desiguales.

El desconocido sacó las manos de su abrigo. Le acercó a la mujer su mano derecha: de sus dedos colgaba un objeto concéntrico, una especie de giroscopio que, al girar su centro, descomponía en variados colores la luz del farol más cercano. La mujer centró su atención en el objeto. De pronto la sonrisa desapareció de su boca y sus ojos parecieron dos agujeros en los que se veía el vacío dentro de ella. El extraño tomó un silbato de hueso que colgaba de su cuello en una cadena, sopló en él un reclamo prolongado, y guardó el giroscopio. Una forma gris del tamaño de un gato pareció materializarse encima de la cabeza de la mujer; de cuerpo gelatinoso y múltiples extremidades cortas como garras que se asían a la cabeza de la prostituta; la forma comenzó a arquear su

lomo, y los miró; a T*** le pareció que la cosa parecía despertar de un sueño de años; les gruñó en forma fiera; en un movimiento rápido el desconocido lo arrancó de la cabeza de la mujer, quien soltó un grito agudo que se confundió con el chillido producido por el animal, un chillido igual al que lanzan algunos animales al ser sacrificados. El ser se revolvió para morder a su captor, en sus garras girones sanguinolentos de cuero cabelludo de la mujer; el desconocido tasajeó a la bestia con una cuchilla curva que portaba en la otra mano, y luego la azotó contra el suelo. Del inmundo cuerpo comenzó a brotar un líquido verde de olor nauseabundo; lo que fuera aquello, murió tras un breve estertor.

Volvieron a internarse en la noche, entre los callejones oscuros; el llanto de la mujer disminuía según se alejaban del lugar.

—No tarda en ser ocupada de nuevo —aseguró el desconocido—. En este sitio abrevan los demonios; van a llegar convocados por el sonido de mi silbato que imita el reclamo de su época de celo.

El extraño continuó su plática durante la reanudada caminata.

Ocuparon una banca de un parque, bajo el cono de luz de un farol.

—¿Convencido? —preguntó a su acompañante.

El otro asintió con estupor.

—Quiere decir —interrogó T***—, que todos somos víctimas de un demonio.

—Sí, cada quien carga su demonio personal que se alimenta de nuestras emociones. Se puede decir que morimos cuando extraen nuestros remanentes de energía.

—Entonces deseos, ilusiones, creencias religiosas…

—Son ilusiones propiciadas y aprovechadas por nuestro demonio personal, para alimentarse de nuestras emociones. No eres libre mientras seas presa de un demonio que se alimenta de ti, y te obliga a que actúes en la forma en que él quiere. Tú piensas que eres cazador

y que esa decisión de serlo te pertenece; no sabes… no sabías que esa decisión no es tuya.

—¿De dónde salió la bestia que mataste?

—De otro plano de existencia, lo que los cabalistas de la Edad Media llamaban plano astral. Son mencionadas en el Antiguo Testamento como Morah; el Morah servía para representar las pasiones destructivas, el poder, la ambición, el odio.

T*** se había olvidado de la manopla, de sus intenciones de pelear.

—Entonces, si no extraen tus energías, eres inmortal.

—Estoy expuesto al accidente, de eso no me libra más que mi suerte.

—¿Y quién más posee este secreto?

Le explicó que a través del tiempo había iniciado a varias personas, a las cuales les perdió la pista; no podía asegurar si aún vivían, o si conservaban el amuleto que les otorgó como protección contra el Morah.

El desconocido se levantó de la banca y T*** lo imitó.

—A ti te habita un demonio menor, fácil de erradicar y que no te ha dañado mucho.

El tipo extrajo de entre sus ropas el objeto que mostró a la mujer unos minutos antes. Pese a una inicial reticencia, la atención de T*** quedó atrapada de inmediato por el objeto que parecía girar por sí mismo, y que lanzaba brillos de colores. Una corriente de aire movió las mojadas hojas de los árboles y propició una ligera lluvia.

T*** escuchó el sonido agudo del silbato: de pie en un campo yermo iluminado por una luna menguante, solo, vio un par de bestezuelas que se acercaron a él, atraídas por el reclamo; luego sintió el tirón de pequeños anzuelos que eran arrancados de su cabeza, y se encontró de nuevo en el parque.

Aturdido por el dolor, se dejó caer en la banca.

Poco a poco se recobró.

El cazador le mostró una bestezuela que aprisionaba en su mano, y que trataba de morderlo.

—Es un demonio muy antiguo.

Con diestros movimientos la desgarró, y ya muerta, la dejó caer al piso.

El desconocido se despidió y cada quien tomó su camino.

T*** se detuvo al lado de un farol, a examinar el talismán; una serie de símbolos extraños se embonaban unos en otros, haciendo imposible reconocerlos. No, lo mejor sería examinarlo a la luz del día.

Un ruido lo hizo centrar su atención en las ramas de un árbol cercano. Le pareció ver deslizarse una sombra entre el follaje.

Continuó su andar.

El desconocido le hizo hincapié en que no debía despegarse de su talismán que lo protegería del Morah. Conseguiría una cadena maciza, de plata, que pendería de su cuello.

¿Vendría preparado el objeto para entrar en una cadena?

Se detuvo bajo el cono de luz siguiente para examinar de nuevo el amuleto, que resbaló de sus dedos, rodó por el adoquinado, y cayó en una alcantarilla. Quiso levantar la rejilla de hierro fundido, pero no pudo. Imposible rescatarlo.

Sus pasos sobre el adoquinado eran el único sonido que escuchaba al recorrer aquellas calles solitarias.

¿Había quedado desprotegido?

Por primera vez en su vida experimentó temor y apresuró el paso.

Sintió que algo ligero se posó en su cabeza; se sacudió el cabello con las dos manos, pero no encontró nada. En la punta de sus dedos notó restos de sangre.

Fue un encuentro extraño, pensó.

Una experiencia muy real pues aún le escocían las heridas en su cabeza. Debería ir a su casa, y revisar el daño.

¿Y si todo lo que le platicó el desconocido hubiera sido una mentira?

Pudo haberle puesto algún alucinógeno en su bebida. El desconocido, o tal vez el cantinero…

Sí, eso debió haber sucedido.

No tenía por qué abandonar sus costumbres, como la cacería; pero, sobre todo, la de las peleas.

Además, ya no sentía el miedo que experimentó unos momentos antes. Era capaz de enfrentarse con cualquier adversario, y vencerlo.

A lo lejos vio una persona que venía en sentido opuesto.

Ciñó la manopla en su mano derecha.

Ruth Levy

Una zancadilla

El genio de la lámpara sonreía satisfecho.

Antes, el genio concedía tres deseos a quienes lo encontraran y liberaran. Eran tres porque se le antojaba conocer distintas personalidades, diversos objetivos, múltiples reacciones, y un solo gesto de sorpresa cuando se aceptaba que sus poderes eran reales.

El genio de la lámpara se cansó de los caprichosos y absurdos deseos del hombre, de su desperdicio de ellos, y de sus berrinches cuando se daba cuenta de que ya no quedaba otro.

Desde hace cien años concede un único deseo, y deben pedirlo con cuatro palabras.

Anoche lo encontró un hombre; éste más parecía flotar que caminar por un callejón oscuro. Cuando le ofreció cumplirle un deseo en cuatro palabras, no vio la sorpresa ni la duda; no escuchó mil preguntas atropelladas. Lo que sí reconoció en su rostro fue el colmo de la maldad, la pose de la soberbia, y el gesto de la victoria.

El hombre ordenó precipitado:

—Quiero todas las almas.

Y el genio de la lámpara le dio todas las almas que el diablo ya había cosechado.

Otra zancadilla

Aniceto miraba un diploma que recibió por ser el…

De repente apareció el diablo:

—Te puedo dar lo que quieras...

El diablo se detuvo tres segundos porque vio una clara mirada de escepticismo, en lugar de una de miedo o de interrogación.

—¿…mucho dinero?

Otra interrupción porque el hombre mostró una auténtica mueca de desconfianza.

—¿… mujeres? ¿Acceso a los secretos de tus enemigos? ¿Quieres ser feliz por el resto de tu vida…?

Una tercera interrupción porque el hombre hizo un categórico ademán de rechazo; pero, en ese momento, sí contestó Aniceto, el primer premio por ser el hombre más pesimista del mundo:

—¡NO!

La tercera zancadilla no fue la vencida

Deambulaba el diablo por las alturas y le echó el ojo a medio centenar de hombres, acostados en camas angostas, dentro de un lugar con un inviolable sistema de seguridad. Se dijo: "De aquí soy. Están presos, será fácil convencerlos".

Reapareció en medio del recinto…

El diablo se esfumó con los cuernos rojos de vergüenza; los androides no tienen alma.

Elsa Levy

El diablo en Guadalajara

Se dice que, en 1626 apareció el primer testimonio escrito de la visita del diablo a la Tierra, y eso sucedió en Milán; se cuenta que fue en la célebre ciudad de Milán, donde el Maligno ha fundado su residencia terrestre y establecido toda su corte. Allí, en pleno día, a la vista de todos, en coche tirado por cuatro corceles del infierno va a paseo por las calles de la ciudad como un triunfo, se presentó públicamente con su numerosa y brillante escolta, cuyos componentes se pavoneaban con trajes de terciopelo verde adornado de oro, sin preocuparse siquiera de negar que él es el dictador y el Júpiter del infierno, sino que, como es el más poderoso de los príncipes —puesto que la escritura le llama príncipe del mundo—se hace llamar príncipe de Mammón y se deja adorar por todos.

Trescientos años después, en 1926, volvió a aparecer otro testimonio ficcionado de Jenö Heltai (1908-2008) del retorno del maligno, en su cuento: "El diablo en Budapest":

> ¿Por qué aparece en ella? Para restablecer su autoridad quebrantada. El alma humana, perversa y arrogante, en el transcurso de los siglos ha olvidado completamente al diablo. El amor propio de éste, orgulloso y vanidoso como todos los hombres morenos, se considera ofendido. Así

> es que cada trescientos años quiere hacerse festejar, rodeado del espanto de los hombres. Es dichoso viéndose objeto de la adulación general, de las más bajas lisonjas. Cada trescientos años honra a otra ciudad con su venida. Así es que después de Milán ha elegido Budapest, donde los habitantes al parecer, no tenían ninguna fe en él.

Después de su desdichada experiencia en Budapest de donde salió humillado y derrotado, el diablo se refugió en el infierno y de él no quería salir.

Trescientos años después, al llegar el año 2226, cuando los miembros de su gabinete le recordaron que ya era tiempo de visitar la Tierra, él hizo un gesto resignado —no vale la pena—dijo—, ya no vuelvo a la Tierra. No hay motivo. He descubierto una profunda verdad: los hombres sólo creen en lo que no ven.

Sin embargo, el diablo mayor Alastor, gran ejecutor de las sentencias de Lucifer, y estudioso del planeta Tierra, con frases zalameras, sembró en él la duda:

—Mi señor, es verdad que los tiempos han cambiado, los hombres son distintos a los de hace trescientos años, viven ensimismados en sus juegos cibernéticos, virtuales y genéticos, en sus viajes interplanetarios, en las clonaciones, guerras biológicas y nucleares, corporaciones y grupos terroristas, la bioelectrónica y la psicocibernética, sus hologramas y transparencia sinóptica; pero, existe una excepción: en México, en el estado de Jalisco, una hermosa ciudad, Guadalajara. Sus habitantes (los tapatíos) han luchado por conservar las tradiciones tanto religiosas, como populares. Son únicos en el planeta. Y si es así, tened por seguro de que vuestra imagen y prestigio no ha menguado, antes bien ellos, los tapatíos, deben tenerlo muy presente dado su tradicionalismo. Vamos, nos instalaremos en Guadalajara y vuestra reputación, fama y renombre brillarán de nuevo.

Como si sólo necesitara un aventoncito, Lucifer aceptó de inmediato, llamó a su corte a sesión extraordinaria, y juntos deliberaron:

—Iremos a la Tierra.

—Debemos elegir la fecha adecuada.

—¿Dice que a Guadalajara?

—¿Cómo vestiremos?

—Probaremos nuestros últimas engañifas para amedrentar a la gente y que nos respeten.

Alastor, el experto, expuso varias fechas importantes que celebraban los tapatíos, exhibiendo para ello un holograma profesional.

Y contemplaron lo que más les gusta hacer, y ver, a los tapatíos: los desfiles; el del 21 de marzo, Día del inicio de la primavera; el del 1 de mayo, Día del Trabajo; el del 28 de junio, Día de la marcha gay; el del 4 de septiembre por el Encuentro del Mariachi; el del 14 de septiembre, Día del Charro y la Charrería; el del 16 de septiembre, Día de la Independencia; el del 3 de octubre, por las Fiestas de Octubre; y el del 12 de Octubre, magna peregrinación de la virgen de Zapopan.

Después de analizar la magnificencia, el alboroto, el colorido, y la participación de todos y cada uno de los desfiles conmemorativos, Lucifer, como dirigente supremo del Averno, se decidió por el "Día del Charro y la Charrería".

—Jalisco es la tierra de los charros, a éstos se les admira y respeta; además, su vestimenta es deslumbrante. Vamos a integrarnos a su desfile, eso sí, vestidos todos de gala, con ese comienzo podemos captar la admiración y atención de los tapatíos. Irán conmigo: Abaddón, El exterminador; Apollyon, El ángel del pozo sin fondo; Malebranche, El devorador de almas; Malacoda, El señor de la transformación; Asmodeo, El señor de los placeres impuros; Alichino, la gran inmundicia; Libiccoco, El guardián de los secretos; Falabrina, El atormentador; Sannuto, El señor de la pestilencia; Maskim, El señor de la podredumbre; Rabisú,

El destripador; Amaimón, El destructor; Barbasón, El desgarrador; y, Alastor, El experto, quien nos aconsejará en nuestro retorno a la Tierra.

Y pusieron manos a la obra. Todos los diseñadores, modistos, y costureras del infierno trabajaron horas extras; emisarios especiales fueron a la Tierra a conseguir los más finos paños, gamuzas, antes, pieles, casimires, sedas, hilos de oro y, sobre todo, barras de oro y de plata. Con estos finos metales diseñaron botones, hebillas, espuelas y cadenas. Con el hilo de oro bordaron las toquillas de los sombreros de ala ancha, auténticos "jaranos", grecas en las corbatas, camisas de seda; las botonaduras adornaban el pantalón ajustado de casimir inglés, haciendo juego con el herraje de las monturas, espuelas, la empuñadura del machete, la cacha de la pistola, la hebilla del cinturón de cuero labrado, los chapetes del sombrero, y el freno del caballo. Todos elaborados en oro y plata.

Sin dudarlo, los adornos del ajuar de Lucifer eran totalmente de oro; completaron el traje charro con el chaquetín de gamuza, con su botonadura de oro, y "cachirules" en la espalda, brazos y puños. No olvidaron los botines lisos y de una sola pieza, tacón tipo espuelero, de ante negro y arriba del tobillo.

Cuando se probaron la vestimenta encontraron un leve problemilla: dentro de los pantalones, sus largas colas se amontonaban dándoles un aspecto antiestético; y los sombreros no encajaban en sus cabezas, retenidos por los cuernos. Entonces, los diseñadores se precipitaron a corregir el error. A los ajustados pantalones se les hizo un redondo y ancho boquete, eso sí, ribeteado en oro; asimismo, a los sombreros se les adjuntaron ranuras circulares en los sitios proporcionalmente adecuados.

Sólo les faltaba engalanar a los caballos, de las caballerizas del infierno fueron elegidos los más briosos y de fina estampa; todos blancos,

con excepción del que cabalgaría Lucifer, que era negro azabache, el semental más valioso del Averno.

La mañana del 14 de septiembre, después de transformar su apariencia ordinaria en una humana y de gran galanura (con excepción de la cola y los cuernos que no lograron desaparecer), la comitiva se encontraba ya lista para su aparición en Guadalajara.

Sannuto y Rabisú, al frente, portaban una larga pancarta que decía: "Asociación de charros del Averno". Los corceles infernales pifaban esperando la orden para iniciar la marcha. Lucifer extendió el brazo derecho, con la vista en alto lanzó un conjuro, el piso se estremeció, una espesa nube blancuzca los cubrió y, en un abrir y cerrar de ojos, aparecieron en la calle 16 de Septiembre, al final del desfile que se encaminaba a la Plaza de la Liberación.

Las exclamaciones de admiración y sorpresa se escucharon provocando un barullo entre los espectadores que, apretujados en las banquetas, contemplaban el fluir del desfile.

—¡Qué contingente tan espectacular!

—¿A poco son de oro las botonaduras y cadenas del de adelante?

—Es una nueva asociación charra.

—Pero qué originales al traer cuernos postizos y cola.

—Ja, ja, ja, ja, ja, se disfrazaron de diablos charros.

—Son los mejores.

—Los caballos son fenomenales.

Éstas, y otras exclamaciones, unidas a atronadores aplausos, se escuchaban al paso de la comitiva infernal. Lucifer, con una ancha y constante sonrisa en los labios, desfilaba con el talle erguido, sintiéndose realmente el príncipe de las tinieblas, ahora príncipe charro. A su lado, Alastor le repetía entusiasmado:

—¡Se lo dije, Señor! ¡Se lo dije!

Al llegar a la Plaza de la Liberación todos los grupos reunidos esperaban el fallo de los jueces que determinarían cuál contingente había sido el ganador en ese año. Sin dudarlo y por votación unánime, La Asociación de Charros del Averno, obtuvo el triunfo. Satanás pasó a recoger el trofeo.

Entonces, se acercó el señor Mariano Restrepo presidente de la Asociación Regional de Charros, y así habló.

—Estamos muy agradecidos de que su contingente haya asistido a este magno desfile. Ahora los invitamos al lienzo charro Siglo XXIII, a la competencia de suertes charras avanzadas, en las que, como cada año, participamos todos.

Lucifer aceptó de buen grado. Camino al lienzo, le preguntó a Alastor:

—¿Qué son suertes charras?

Alastor, abochornado, con el rostro enrojecido, contestó:

—Señor, no me lo puedo perdonar, olvidé entrenar a usted y a los participantes en este deporte…

—Cometiste un grave error; pero, como nuestra inteligencia es superior, observaremos a los participantes y de seguro rápido aprenderemos; es más, ganaremos la contienda. Una vez obtenido el triunfo, lleno de gloria hablaré con los hombres y descubriré mi identidad.

Después del desfile de todos los equipos, de los honores a la bandera y del ofrecimiento de la fiesta, comenzó la competencia. Pasaron tres equipos antes de que le tocara el turno al equipo infernal, todos habían estado muy atentos a las maniobras de los participantes; sintiéndose ya expertos y, capitaneados por Luzbel, entraron al ruedo. Sus trajes de gran gala, imprácticos para realizar las suertes charras, relucían causando admiración entre la concurrencia. Y comenzó la exhibición de habilidad y conocimiento:

Primero fue "La cala del caballo, al estilo charro" en el que los participantes deben demostrar el brío, andadura, forma de dar el estribo y buen gobierno del corcel. Todo marchó a la perfección, pero Maskím, al realizar la última fase en la que, quitándole el freno al caballo, y tirándolo sólo de la rienda, tendría que hacerlo detener de una veloz carrera; fue tal el ímpetu del caballo que, al ser tirado de la rienda, se paró en seco, y lanzó a su jinete por el aire, con tan mala suerte que fue a caer sobre Sannuto, El señor de la pestilencia que observaba dentro del ruedo. El caballo de Sannuto, al sentir el golpe y el sobrepeso, relinchó y tiró al suelo a los dos demonios. El público chifló a más no poder. ¡Además de charros son payasos! Se escuchaban exclamaciones. Los jueces, moviendo la cabeza anotaron cero puntos para el equipo infernal. Mientras tanto, Sannuto y Maskím se sacudían el polvo de sus glamorosos trajes y de su orgullo.

La justa continuó: ahora eran "Los Piales", se necesitaban tres integrantes del equipo; les correspondió a Abbadón, Apollyón y a Malebranche. Ellos debían lazar a la yegua de las patas traseras, no derribarla, sino disminuir su velocidad hasta detenerla por completo. Los tres contendientes se esmeraban en ser el primero y en el menor tiempo posible el ejecutor de la suerte. Pasaba el tiempo y no lo lograban; mientras tanto, la yegua continuaba su carrera y ellos detrás de la jaca o a un lado haciendo el intento. El polvo, los sonidos atronadores de los cascos, y los gritos de los espectadores, conmocionaban el ambiente. En eso, Malebranche arrojó el lazo, al percibir que había atrapado, según él, las patas de la yegua, dio un fuerte tirón, mismo que provocó que Apollyón, saliera disparado de la silla de su caballo que era el que había sido lazado. Igual que Maskím, fue a parar sobre Sannuto que contemplaba con desconfianza la suerte dentro del ruedo. Ambos fueron a dar de narices al piso. El público abucheaba a más no poder.

Los jueces movieron la cabeza de un lado a otro y anotaron cero puntos al equipo infernal.

Prosiguieron con "El coleadero", una de las suertes más espectaculares, que consiste en derribar a un toro en plena carrera jalándolo de la cola. Ahora les correspondió ejecutarla a Alastor, y a sus ayudantes Barbasón, Amaimón y Fabrina. Una vez que el novillo salió del contralienzo, Alastor saludó al público tocándose el ala del sombrero con el dorso de la mano derecha, luego arrancó su caballo.

Mientras tanto, el novillo era motivado a correr azuzado por los ayudantes. Alastor se le acercó y le dio palmadas en el lomo. Momentos después, jinetes y animales se encontraban en plena carrera. Se acercaba el momento definitivo. Alastor repetía en su mente los pasos a seguir: "Debo ir a toda carrera y paralelo al toro; me agacho, le agarro la cola y me la llevo a la altura de la rodilla. Debo pasar la pierna, con todo y estribo, por encima de la cola del novillo. Debo enredarla firmemente en la espinilla. Debo imprimir mayor velocidad, y jalar fuertemente para derribar al animal. ¡Por Belcebú! ¡Qué complicado!".

Respiró hondo y comenzó la suerte. Sus ayudantes continuaban fustigando al toro para que corriera con más rapidez. Alastor, entre la polvadera que provocaba la carrera de todos, miró la cola del novillo, se agachó e hizo todo lo que había repasado. En el momento en que se sintió seguro, dio el fuerte tirón a la cola que había enredado en la parte anterior de la canilla de su pierna, y un grito se escuchó: "Suéltame, cabrón". Sorprendido, soltó la cola que aferraba con fuerzas y, Barbasón cayó al suelo, su caballo galopó solitario, y el novillo continuaba su carrera fustigado por el resto del equipo.

El público rugía. Ya no era la admiración por los llamativos atuendos, era la decepción por el desempeño del equipo estrella, ganador del desfile. Una rechifla cerrada llenó el ambiente. "*¡No son charros, son sólo*

payasos!". Gritaban. Los jueces, moviendo la cabeza de un lado a otro, dieron cero puntos al equipo infernal.

Lucifer comenzó a encolerizarse, se dio cuenta de que nada les había salido bien. Él, que esperaba la admiración y aceptación de los tapatíos, no admitía sus rechiflas y abucheos, y tanto lanzaba miradas furibundas al público, como a su acongojado equipo.

Así continuaron con: "El jineteo de toros", "Terna en el ruedo", "Manganas a pie", "Manganas a caballo" y, fuera quien fuera el participante del equipo, todo terminaba en desastre y con cero puntos en su conteo.

Lucifer estaba rojo de la ira, todos sus planes se venían abajo. Ya sólo quedaba la última suerte: "El paso de la muerte", la más peligrosa y espectacular de todas. Haciendo a un lado a los demonios que lo rodeaban, Lucifer les dijo con voz autoritaria: "*Ésta la haré yo. Ustedes son unos inútiles*". Pero, como necesitaba a tres ayudantes, eligió de mal modo a Alastor, a Sanuto y a Malacoda, ellos serían quienes se encargarán de hacer correr a la yegua alrededor del ruedo.

Muy erguido, y con rostro en alto, Lucifer montó en su caballo, sobre el que debería sostenerse únicamente asido de las crines.

Y comenzó la suerte. Lucifer fuertemente agarrado, corría montando un caballo que nunca antes había practicado tal disciplina. Los tres ayudantes azuzaban a la yegua con sus lazos y sus gritos tratando de ubicarla al lado del caballo de Luzbel. Al primer intento, Lucifer quedó con una pierna al aire que sólo testereó el lomo de la yegua; siguió la carrera en círculos, al segundo intento, ya parecía que lo había logrado, cuando la yegua se adelantó y el Príncipe del Averno volvió a su montura con mucho trabajo y mostrando una ridícula estampa.

El público, además de sus chiflidos y abucheos, comenzó a lanzar al ruedo los cojines de sus asientos y las bolsas de los alimentos que

consumían. El corcel negro respingaba cuando un proyectil le caía al frente, Lucifer necesitaba un esfuerzo extra diablo para no caer.

Vino el tercer intento y Satán, más decidido que nunca, se enfrentó al "Paso de la muerte"; llegó el momento en que una pierna estaba en el lomo de la yegua, y la otra sobre su caballo; pero, no se decidía a brincar sobre la yegua. En ese esfuerzo desincronizado, con las piernas exageradamente abiertas, se escuchó un crujido que muchos confundieron con una atronadora flatulencia, hasta que se dieron cuenta de que eran los pantalones los que se habían roto, dejando al aire unas nalgas redondas y negruzcas.

El público rugió, los silbidos se mezclaban con los abucheos y carcajadas. Lucifer, al máximo de su tolerancia, detuvo a su caballo. Desmontó. Se posicionó en el centro del ruedo, llamó a su equipo a que lo rodeara; luego, alzó la mano derecha, lanzó un conjuro, y él, junto con su comitiva, envueltos en una nube sulfurosa, perdieron la figura humana.

Ni sus grotescas imágenes, unidas a los fétidos olores que salían de las fosas nasales de Sannuto, Señor de la pestilencia, ni los de Maskin, Señor de la podredumbre, ni los chorros de porquerías que, como un geiser salían de la boca de Alichino, La gran inmundicia, y ni los gruñidos, señas y gesticulaciones amenazantes e impúdicas que hacían los demás demonios, lograron llenar de pánico a la concurrencia. Los espectadores deducían que esos actos de transformaciones eran parte del espectáculo. Las carcajadas continuaban, así como los proyectiles y la rechifla.

Muchos se levantaron de sus asientos e hicieron el intento de salir, Lucifer, con ambos brazos en alto, lanzó un estridente grito:

—¡Alto!

La gente se detuvo electrizada. Entonces, Luzbel en toda su terrorífica grandeza, les espetó las siguientes palabras:

—Sois unos hombres incrédulos y necios que no reconocéis mi poderío. Yo, Lucifer, príncipe de las tinieblas, príncipe de Mammón, rey del Aqueronte, les digo: Os reísteis de mí y de mi séquito, os habéis burlado y no habéis comprendido el honor que concedí a los tapatíos al venir a visitarlos. Hombrecillos insignificantes y obtusos, no merecéis gozar de nuestra presencia; regreso a mi reino en donde soy adorado. ¿Os gusta reír? ¡Que así sea! Yo os condeno a permanecer riendo por el resto de sus vidas.

Lucifer elevó el brazo derecho, trazó un semicírculo en el aire, y decretó:

—*¡Jomene branché!*

Al instante, el lienzo se llenó de carcajadas. Luzbel contempló satisfecho su obra. De nuevo alzó su brazo derecho y lanzó un estridente conjuro. Se sintió una fuerte trepidación de la tierra, unida a un trueno aterrador poblado de humo blancuzco, olores sulfurosos y fétidos. Al retirarse el humo, el ruedo estaba vacío. El público con ojos de expresión aterrorizada, continuaba riendo.

Satanás regresó al infierno con su orgullo herido en lo más profundo, y jurando por Belcebú que jamás de los jamases volvería a la Tierra. Los hombres, dijo, no sólo no creen en lo que no ven, sino que ven lo que quieren ver. Alastor fue castigado por sus sugerencias, lo condenó a ser el fogonero del Averno por tiempo ilimitado. El equipo infernal se mantuvo por años con la cola entre las patas, sintiéndose culpables de la derrota.

En la Tierra, propiamente en Guadalajara, los tapatíos necesitaron un poderoso exorcismo ejecutado por un grupo de Cardenales enviados por el Papa, para que el conjuro de Satanás desapareciera.

Cansados de reír permanecieron en silencio por largo tiempo. Ahora sólo sonríen y piensan con presunción que, con los charros y los jaliscienses, ni el diablo puede.

El desempate

Son las cinco de la tarde, Remigio arribó a Oaxaca después de 8 horas de viaje. Cargando su mochila, su único equipaje, tomó un taxi que lo llevó directamente a la funeraria "El buen pastor", en donde eran velados los restos de su tío Melchor, hermano mayor de su padre. Durante las horas de viaje no dejó de recordar lleno de rabia los maltratos y abusos que de niño y adolescente recibió de su tío. Va en contra de su voluntad ya que su padre, hombre estricto y autoritario, exigió a sus seis hijos que a como diera lugar fueran a Oaxaca a despedirse de su tío agonizante, o asistieran al funeral. Remigio fue el último en llegar.

—Hasta que llegaste mijo, ya sólo tú faltabas; dale el pésame a tu tía y a tus primos, y arrímate que ya van a comenzar a rezar otro rosario.

Remigio no ocultaba su malestar. Y así, entre rezos y cafés con piquete, dieron las nueve de la noche. Tanto café como el aguardiente, le provocaron ganas incontenibles de desalojar la vejiga. Fue a los baños de hombres y ahí, sentado en la soledad del cubículo relajó su cuerpo cansado y su mente iracunda; sin darse cuenta sus ojos comenzaron a cerrarse, un intempestivo cabeceo lo volvió a la vigilia, se acomodó los pantalones, cerró la tapa del excusado, se sentó, como era de corta estatura subió los pies quedando como en cuclillas, luego recargó la cabeza en la mochila que había acomodado en la tapa del depósito de agua. Su sueño fue profundo.

—¿Quién ha visto a Remigio?—Preguntó el padre.
—Creo que se fue con alguno de los primos.
—A qué hombre tan rejego siempre haciendo lo que le da la gana.

Pasadas unas horas, la incomodidad despertó a Remigio. Se incorporó pero notó que las luces del baño estaban apagadas, buscó una caja de cerillos en la bolsa de su pantalón y localizó el botón de encendido, de paso por los lavamanos se miró en el espejo que le devolvió su rostro moreno y sus cabellos alborotados, se lavó la cara y con las manos húmedas aplacó su cabellera. Volvió a la sala de velación y se sorprendió que también todo estuviera obscuro, sólo cuatro cirios eléctricos rodeaban el féretro. Giró la vista en rededor y nada, no había una sola persona.

—¡A qué chingados! Se fueron todos y me dejaron sólo con el muerto. Ya me voy, no quiero terminar de pasar la noche aquí, me dan ganas de vomitar.

Remigio se dirigió a la puerta de salida, hizo el intento de abrirla y no pudo, estaba cerrada con llave.

"Pues ni modo me dejaron encerrado. Yo no uso celular, y no sé en dónde está la oficina de la funeraria, y si la encontrara no conozco los teléfonos de mis primos, no me queda otra que dormirme aquí hasta que alguien regrese por la mañana ¡Me lleva la que me trajo!, aquí solo y con el cabrón difunto".

Remigio miró alrededor y descubrió en una mesa las botellas de licor y algunos vasos de plástico, la cafetera con café frío. Sin dudarlo llenó un vaso con aguardiente, se sentó en un sofá y lo bebió lentamente hasta que sus ojos se cerraron.

Aun dentro de su sueño pesado pudo escuchar unas voces que le hicieron semi despertar:

—Te digo que esta alma es mía, su vida fue un soberano desastre.

—Pero también hizo cosas buenas…

—No me digas. Pero como ya conozco la terquedad de los ángeles para llevarse a las almas, mejor vamos hacer un recuento de sus acciones…

—De acuerdo, pero sin inventar.

Ramiro medio abrió los ojos, y pudo ver parados frente al ataúd, a un ángel y a un demonio; ni se sorprendió ni se asustó, los efectos del alcohol amortiguaban sus emociones; mas, intrigado no volvió a dormirse escuchando con la atención que le permitía su estado de embriaguez.

—Desde niño fue un peleonero, mentiroso y tramposo…

—Pero, fue al catecismo e hizo su primera comunión; se confesaba cada semana…

—Sí, era un hipócrita, saliendo manoseaba a las muchachas, y muchas veces en el templo se robaba el dinero de las limosnas…

—Más, cuando su mamá quedó viuda, él la sostuvo y ayudó a que sus hermanos estudiaran.

—Sí, pero violó a tres sirvientas, y ya más grande comenzó hacer negocios sucios, hasta vendía droga…

—Por si no lo sabes todos los domingos iba a misa y daba excelentes limosnas…

—… Sí, lo que no estás enterado es que durante toda la misa se la pasaba revisando a las mujeres para ver a quién seducía…

Parecía un juego de pingpong. Remigio escuchaba la lucha entre el ángel y el diablo, cuando este último acusaba, él murmuraba para sí:

—Sí… así fue, y yo me sé más cosas…

Los espíritus continuaban su lucha.

—Cuando se casó fue buen esposo y buen padre…

—Sí, los malcrió y ahora son unos delincuentes iguales a él. ¡Ah chirrión! Vamos empatados.

—Yo haré el desempate y el alma de Melchor será mía —dijo el ángel. —Ayudó mucho a su hermano menor.

Al escuchar esto Remigio murmuró un poco más alto:

—Lo que fue bueno con sus hijos se desquitaba con nosotros sus sobrinos… nos pegaba…, nos castigaba, nos humillaba…me…me…

—¡Ah sí!, muy buen desempate, no sabes que Melchor intentó seducir a la esposa de su hermano…

—Sí, pero ella no cayó en tentación, y tú no sabes que les compró la casa en donde viven…

Remigio que había escuchado lo de su madre, se incorporó rápidamente, y cae que no cae se acercó a los contendientes que no dejaban de discutir y los enfrentó:

—Ya estuvo bueno de empates, "pa" que se lo sepan, mi tío Melchor debe irse al meritito infierno… Conque muy salsas ángel y demonio y no saben que mi tío me violó a los ocho años, luego me dijo que si decía algo me iba a matar… por eso lo odié siempre.

El ángel y el diablo se miraron directo a los ojos, la mirada del ángel consternada, sus alas escurridas; la mirada del diablo burlona, triunfante, su cola erecta y bailarina. Remigio los miró y gritó:

—¡Desempate!—Luego regresó al sofá y acomodándose como un bebé se quedó dormido.

Por la mañana, al pardear de las 7, el encargado de la funeraria abrió la capilla del velatorio, su sorpresa fue enorme al ver a Remigio aun dormido.

—Señor… Señor…

Remigio no salía de las profundidades del sueño, el hombre lo sacudió de un brazo. Remigio abrió los ojos. Poco a poco entró a la realidad. Lo primero que hizo fue mirar el ataúd. Respiró hondo.

—Qué está haciendo aquí.

—Pues me dejaron encerrado.

—Qué barbaridad. Disculpe, yo revisé y no había nadie.

—No se preocupe. Ahora iré al baño, haré mis necesidades, me lavaré la cara y me peinaré, sólo hágame un favor, dígame en dónde está el mercado para ir a comerme un menudo bien enchiloso, luego, aunque se encabrone mi padre me regresaré a mi ciudad.

—¿No se va quedar a la misa de cuerpo presente y al entierro?

—¿A Misa? ¿Para qué?

—A rezar y pedir que el alma del difunto descanse al lado de Dios.

Remigio soltó una carcajada que sacó de onda al encargado. Luego exclamó:

—Cuál lado de Dios. Usted no lo sabe pero yo logré el desempate— Agarró su mochila y se dirigió al baño.

Laura Hernández-Muñoz

La enamorada del Ángel Caído

Las hojas desprendidas de los árboles forman un tapete multicolor sobre la vereda que conduce hasta la fuente del Ángel Caído en el Parque del Buen Retiro. Margarita Henríquez, estudiante de Arte, camina sobre de ellas haciéndolas crujir. El profesor del Liceo le había encomendado la tarea de realizar bocetos de la famosa estatua que obtuvo la Medalla de Primera en la Exposición de Bellas Artes de 1878. El viento fresco del otoño madrileño le envuelve el rostro; durante una semana había hecho bocetos de la escultura, hoy es el último día para terminar el trabajo, en su corazón siente una extraña sensación de melancolía. Apretando el paso, llega frente a ella.

La figura se levanta sobre el pedestal con muda rabia, el cuerpo de un hombre joven, atrapado por reptiles petrificados, se debate iracundo y desesperado. Sus alas desplegadas pretenden levantar el vuelo para retornar al cielo de donde fue expulsado. La escultura expresa en su rostro un ardiente dolor ante el rayo que lo fulmina. La boca abierta grita y protesta por la injusta condena.

Margarita lo mira fascinada; su corazón siente amorosa piedad por aquel ángel atrapado en la desesperación; la belleza de la escultura le hace pensar en la terrible desgracia causada por la soberbia. Sumida en sus reflexiones busca una banca frente al monumento para ponerse a dibujar.

Pasan varias horas y la temperatura comienza a descender; Margarita siente frío y ve en su reloj que ya son las siete de la tarde y está próxima la hora del cierre del parque. Al tratar de recoger sus bocetos, una intempestiva ráfaga de viento vuela algunos dentro de la fuente; mira a su alrededor para buscar ayuda, no hay nadie, está sola. Con gesto resuelto se inclina y trata de alcanzar las hojas de papel que flotan en el agua; pero sus pies resbalan y cae de espaldas al intentar recobrar el equilibrio. La imagen de la estatua es lo último que ve antes de perder el conocimiento. Hilos de sangre mojan su cabello rubio.

Margarita abrió los ojos y poco a poco se acostumbró a la oscuridad del parque. La luz mortecina de las lámparas de gas creaba una atmósfera sombría. A su lado, un joven le sostenía la cabeza. No veía su rostro con claridad, sólo escucha su voz suave y varonil:

—No hagas esfuerzos, tu herida en la cabeza, aunque no es grave, necesita atención. ¿Puedes incorporarte? Vayamos a sentarnos a la banca, ahí estarás más cómoda.

La muchacha trató de entender la situación; le fue imposible por el fuerte dolor de cabeza. Sin embargo, dejó de lado cualquier temor ante la sensación de seguridad de aquellos brazos. Mientras caminaban al sitio para sentarse, ella apreció que su protector era un hombre joven de estatura elevada. A pesar del traje de paño negro, sintió un cuerpo musculoso. Su rostro le pareció conocido, pero no logró recordar dónde lo había visto.

—¿Estás cómoda? En cuanto te recuperes te acompañaré donde vives. Eres estudiante de arte, te he observado venir a dibujar toda la semana. Al ver que el viento volaba algunos de tus bocetos vine en tu ayuda, pero luego caíste tú y preferí auxiliarte. Mientras estabas desmayada me tomé la libertad de mirar los dibujos guardados en tu carpeta, todos son tan hermosos, captaste con tus trazos al carbón

lo que realmente hay en el rostro del ángel: odio, temor, soberbia, decepción y amor, un gran amor por quien lo condena. Tú lo captaste así, ¿verdad? Porque sólo de una gran piedad pueden surgir versos tan bellos como los que escribiste al margen de los trazos, me conmoviste profundamente:

¿Por qué la belleza del ángel se transformó en desgracia?
¿Por qué su valor en agonía?
Sentencia fiera a quien reta a Dios.
Belleza y poder.
Sólo uno puede reinar en el cielo.
El infierno se creó para el ángel caído.

Margarita sintió una emoción profunda ante el discurso del joven que apretaba suavemente sus manos entre las de él; sin pensarlo respondió:

—Nadie merece un castigo así, Dios debió tener misericordia de él, me duele ver el sufrimiento expresado en esa obra de arte.

—En tu poema percibo algo más que simple compasión, ¿amor, quizás? En ti late un corazón puro capaz de redimir al mismo diablo, como lo llaman, en lugar de Luzbel, su verdadero nombre. ¿No crees que la palabra "diablo" resulte insignificante para nombrar al ángel más amado por el Omnipotente?

—¿Cómo puedo saberlo? —Respondió Margarita con angustia—, yo no sé mucho sobre eso, solamente lo que aprendí en la escuela de las monjas, que él nos pone las tentaciones para caer y ofender a Dios. Es su venganza por haber sido arrojado del paraíso.

—Cuánta mentira han puesto en tu cabeza, mi niña ¿Crees que él necesita ir tentando a cada ser humano? En estos tiempos ya no hace falta seducir con engañosas promesas para llevarlos al Infierno, ese lugar que inventaron los curas para asustar. ¡No! Todos los humanos han

creado su propio averno con el egoísmo y la vanidad que anida en sus corazones. Ahí está la verdadera serpiente que ofrece manzanas; pero no del árbol del conocimiento, sino de la maldad que trae la ignorancia. Todos crean su demonio y se justifican culpándolo a él. Guerras y conquistas injustas, crueles masacres en nombre de la religión. Ya no es necesario ni el diablo, ni el infierno; el ser humano lo ha sustituido.

Al terminar de decir esto recuperó la serenidad y volvió a tomar la actitud gentil amorosa del principio. Margarita estaba muy asustada, pero él la tranquilizó abrazándola. Ella recostó la cabeza sobre su pecho hundiéndose en un sueño profundo del cual jamás despertó.

El guardia que la encontró muerta al día siguiente no pudo explicar lo sucedido a la policía.

La gente de Madrid cuenta que, cuando la noche corre su velo sobre el Parque del Buen Retiro, una sombra con figura de mujer se sienta frente a la fuente del Ángel Caído, la estatua de bronce cobra vida, y desciende para estar con ella. Mientras, el agua de la fuente susurra una canción para los enamorados:

¿Por qué la belleza del ángel se transformó en desgracia?
¿Por qué su valor en agonía?
Sentencia fiera a quien reta a Dios
Belleza y poder
Sólo uno puede reinar en el cielo.
El infierno se creó para el ángel caído.

¿Valió la pena?

Luzbel sube las gradas de la calle que hace dos mil años era la pendiente de la colina llamada Gólgota. El calor de 40 °C lo obliga a quitarse el elegante sombrero de Panamá para secarse el sudor de la frente con un pañuelo. En el último escalón está sentado un hombre joven de aspecto bohemio: el cabello oscuro cae a la altura de los hombros, la mirada refleja tristeza; en los labios, un rictus desilusionado.

El recién llegado se acerca y saca otro pañuelo del bolsillo de su pantalón y lo coloca sobre la baldosa para sentarse sobre de él. La vista de la estrecha calle descendiendo muestra a una hormigueante multitud que realiza diferentes actividades.

Es Viernes Santo. Sacerdotes, monjas y turistas visitan los lugares donde suponen sucedió la pasión de Cristo. Muchos de ellos suben y bajan por la escalinata sin mirar a los dos hombres sentados en el último peldaño, los cuales se limitan a observar lo que sucede frente a ellos.

Luzbel vuelve a sacarse el sombrero y a limpiarse la frente. Al terminar dice:

—Mira cómo se apresuran a terminar sus tareas antes de que empiece el ataque palestino. La historia se repite continuamente. No tiene remedio esta humanidad que te empeñaste en "redimir". Tu sufrimiento fue un desperdicio, dime, ¿en qué mejoraron? Su comportamiento ha seguido

degradándose al paso de los años. El "proyecto Hombre" ha superado toda expectativa, incluso la mía. No deja de sorprenderme la capacidad que tiene para la maldad. Al paso que va me quedaré desempleado; y tú, inexistente, porque nadie creerá en ti.

—Tú eres el menos indicado para opinar. Todo el caos que existe en el mundo es obra tuya. Desde que me tentaste en el desierto no has dejado de trabajar para destruir mi obra.

—¡Un momento, Jesús! ¿Dices que yo soy el culpable de toda esta porquería? ¡Ah, no me defraudes! Tú eres inteligente, si hay un culpable no soy yo, fue tu padre que es parte de ti. ¿Acaso no dice el Génesis: "Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" ? Y para complicarles la vida colocó en el paraíso el árbol de la ciencia del bien y del mal; y, a mí, me convirtió en culebra. ¿Ya olvidaste que yo era el ángel más bello y quien mejor le servía? Y, ¿que por negarme a adorar a eso que llamó "hombre", me envió a los infiernos?

—Ese "hombre" soy yo. Tú desobedeciste, te ganaste el castigo…

—Yo fui creado para adorar a la divinidad, no a la humanidad aunque seas tú. Pero no voy a discutir contigo porque no vamos a llegar a ninguna parte. Cambiando de tema. ¿Ya viste cómo ha cambiado el lugar desde que subiste por esta calle cargando la cruz? Bueno, la verdadera *Vía Dolorosa* —como la llaman los guías de turistas—está veinte metros bajo tierra. Aquí están los comercios con reliquias, recuerdos, y toda la parafernalia de la mercadotecnia aplicada a tu historia. Hace rato, cuando venía a encontrarme contigo, un niño insistió en venderme el "mapa original" del Vía Crucis. ¡Qué manera de tomarle el pelo a todos los que vienen! Después de todo, resultaste un buen negocio.

Jesús no responde a Luzbel, sus pensamientos están fijos en revivir las escenas de su aprehensión, de su juicio, y de su condena. Siente

revivir el dolor de la flagelación desgarrando su carne, la corona de espinas incrustada en su cabeza, los clavos traspasando las muñecas de las manos, y los dorsos de los pies. Un escalofrío recorre su cuerpo que no pasa inadvertido a Luzbel.

—Duele la ingratitud, ¿verdad? Los del Sanedrín supieron hacerlo bien pagando a camorreros para soliviantar a la gente, a esa misma que tú diste de comer, curaste sus enfermedades, y diste palabras de esperanza. De nada sirvió, a la hora de la verdad te volvieron la espalda. No olvido el grito: "¡que caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!". Y se les cumplió, nada más que ahora esa sangre se ha convertido en lanzas romanas, campos de concentración, cohetes Qassam. Pero es terco este pueblo tuyo. Le gusta meterse en problemas con los demás y luego se hace la víctima.

Es aterrador el sonido de los cohetes, y los gritos de pánico de la gente corriendo a buscar refugio. Jesús y Luzbel guardan silencio mientras dura el caos. Veinte minutos, media hora. Después, gritos de dolor, súplicas, imprecaciones a Dios.

—¿No vas a hacer algo? Escúchalos, te están pidiendo ayuda. ¿No vas a curar sus heridas, resucitar a los muertos, devolver a las madres sus hijos? ¡Demuestra tu poder divino para que ahora te alabe el pueblo que te condenó! ¿No respondes? Si, ya recuerdo la frase: "el silencio de Dios". Muy oportuna para explicar tu ausencia. Tu inacción resulta patética. Ahora que tienes la oportunidad de lucirte, no haces nada. ¡Contéstame! ¿No eres el hijo de Dios? ¿El todopoderoso? ¡Haz algo por esta gente que suplica tu ayuda! ¿Sabes, Jesús? Me aburre este monólogo, eras más agradable cuando predicabas, por lo menos había pasión y entusiasmo en tus palabras. Mírate ahora, deprimido, terriblemente deprimido. Lástima que no puedes suicidarte, sería divertido que el hijo de Dios lo intentara.

Luzbel se levanta, con el pañuelo sacude su pantalón. Habla mientras vuelve a quitarse el sombrero para secarse el sudor, y mira la hora en un reloj de bolsillo:

—Son las tres de la tarde del viernes 3 de abril de 2015. Se supone que hoy los cristianos conmemoran tu muerte. ¡Vaya aniversario! No sólo eres tú el crucificado, mira cuántos te acompañan ahora. Te pregunto. ¿Valió la pena?

Jesús no responde, su mirada está clavada en un muchacho israelí quien trata de sacar de entre los escombros a una mujer musulmana. Una sonrisa se dibuja en sus labios y, en la mirada, asoma un brillo compasivo.

Ya estaba por iniciar Luzbel el descenso por la escalinata cuando escuchó la voz suave y firme de Jesús:

—Sí, valió la pena.

Sylvia O González

La misma historia

El clic de la cámara apenas audible me hace recordar aquel otro. Ése sí muy sonoro y muy presente en mi memoria.

Sin ser domingo, a media mañana, mi madre nos emperifolló como si lo fuera. A mis hermanas cosa rara, no sólo les enruló el cabello con sus tenazas, si no que hasta les puso un poco de su labial (y ni quién las aguantara con el aire de presumidas que tomaron). Ya luciendo nuestras mejores galas (la ropa que habíamos estrenado por Navidad), mis padres nos llevaron a un estudio fotográfico donde un señor muy serio acomodó a mi papá y a mi mamá al fondo, y a mis hermanas y a mí al frente de ellas. "No se muevan", nos dijo, y enseguida, muy ceremonioso se puso ante su cámara cubierta con un paño oscuro y después de decir: "a ver una sonrisa… pajarito, pajarito…", se dejó escuchar el esperado clic del obturador.

Pronto se aclararon todas las sospechas que despertó en mí ese hecho inusitado,. Mi abuela materna nos llevaría a su pueblo a cursar el siguiente año escolar, mientras tanto, mis padres, con la promesa de alcanzarnos muy pronto, se quedarían allá en los Estados Unidos a seguir "barriendo dólares con la escoba". Al fin niños, de momento no comprendimos el significado de tales planes.

La novedad del viaje en autobús que, según nos dijeron, duraría casi tres días, nos distrajo lo suficiente.

Una vez en el pueblo de mi abuela, nos vimos inmersos en un mundo de visitas casi diarias a la iglesia y al panteón, de cuyas tumbas salían impúdicas calaveras que me llenaban de terror. Y en idas a la escuela mañana y tarde, con el peligro inminente de la aparición de "la llorona", que según me aleccionaron mis compañeros de clase era el alma en pena de una mujer que había regalado a sus hijos, y según otros los había ahogado en el mar, y que vagaba cada día al anochecer, en su búsqueda, causando pánico con su aspecto fantasmal y su llanto sobrecogedor. Más de una vez se me figuró verla y, por si acaso, yo pegaba carrera y no paraba hasta llegar a la casa.

Rezar el rosario era cosa diaria y obligatoria en casa de mi abuela, (al cual, ella le agregaba unas letanías interminables), en cuanto comenzaba, me entraba un sueño que mi abue me espantaba a coscorrones. Era repugnante la vista dominical de los danzantes casi desnudos en el atrio del templo, tan gordos como luchadores de sumo. Los chillidos de los puercos llevados al rastro, que estaba a la vuelta de la casa, hacía que me preguntara cómo es que sabían a dónde los llevaban. De un poco, y mucho de todo ello, se conformaron nuestras pequeñas vidas.

A las pocas semanas de estar allí, mis hermanas y yo comenzamos a consultar a diario el calendario donde mi mamá nos había marcado el día de su llegada. Era uno de ésos a los que se les van cortando las hojas. Con impaciencia arrancamos las que se nos habían pasado, aun así quedaban muchísimas para que se llegara el ansiado día. Mi hermana la menor, a los pocos días las cortó todas y desconsolada se puso a llorar al ver que ni así regresaban nuestros padres.

La presencia de unos primos vino a darnos un poco de alegría; con ellos me enseñé a treparme a las trocas del ingenio azucarero para bajarles unas varas de caña. También en su compañía, y a escondidas

de mi abue, nos metíamos a bañar al río, cosa que desde nuestra llegada nos tenía prohibido. Jugábamos a las canicas, al trompo y al balero, y a verle los calzones a las niñas de sexto año, cuando subían la escalera para entrar a su salón de clases. Mi abue no sé qué tanto sospechaba de todas estas andanzas, porque casi por esos mismos días comenzó a darnos el sermón acerca del diablo, al cual según decía, no se le podía ocultar nada y vendría a llevarnos de los cabellos si nos portábamos mal. Todo eso parecía que lo decía para mí, porque se me quedaba viendo muy fijamente.

Del mentado chamuco, antes de llegar al pueblo, sólo sabía de cuando jugaba a la lotería, (y ya desde entonces no me gustaba que me tocara la carta en la que él aparecía). Ahora, entre mis vagancias, las advertencias de mi abue, y las historias de don Cuco, el vendedor de semillas, que por las noches al calor de su brasero, y con tono misterioso, nos contaba que en el corral de su casa habían amanecido las huellas de una bestia, que dejaron señales de unas pesuñas de gran tamaño, y que no podían ser de otro, más que del mismísimo demonio, porque había quedado un fétido olor a azufre que no se quitaba ni con creolina, le había tomado mucho miedo al mentado Satanás. ¿Miedo…? Pavor, más bien dicho.

Todas las noches en cuanto mi abue apagaba la luz de mi cuarto, (por más que le pedía que no lo hiciera), se me reflejaba el mencionado chamuco en la cortina de la recámara. Lo veía con su tridente, sus cuernos y su larga cola, todo él rete colorado. Otras, venía de bombín y esmoquin y los ojos rojos, rojos, como inyectados en sangre, pero lo peor era su siniestra mirada…, en cuanto hacía contacto con la mía del puritito miedo hasta me hacía pis en la cama. Yo cerraba los ojos apretados, apretados y me ponía a rezar padrenuestros, entreverados con aves marías, y de vez en cuando me atrevía a mirar de nuevo hacía la cortina para ver si ya por fin se había ido. Él seguía allí. De seguro que venía para llevarme al infierno. Entonces se me revelaba de manera

muy real el ánima del purgatorio (en el templo había visto una imagen de ésta, penando entre las llamaradas del averno). Temblaba nomás de pensar que allí merito iba a dar… Y le prometía a Diosito que ya no iba a andar espiándole los calzones a las niñas, ni a robarme la caña, ni a tener flojera a la hora de rezar el rosario con mi abuela…

De todo esto me estoy acordando, ahora que vine a que me tomen una fotografía, de estudio junto con mis hijos (porque esas de las cámaras digitales no me acaban de gustar, y menos las de los teléfonos celulares), para que la tengan en su buró en tanto regreso. Por más que traté de no repetir la historia, aquí me tienen, con sus variantes pero al fin la misma historia… Me voy para el norte a "barrer los dólares con la escoba". Me quedé sin trabajo, y se me murió mi vieja.

En tanto regreso, sabrá Dios qué diabluras vayan a hacer mis hijos en casa de su abuela Quién sabe con qué demonios se tendrán que enfrentar.

De cuando el diablo ya no quería ser diablo

Con la cola entre las patas, el diablo acudió ante el Señor a decirle que ya no quería ser diablo.

Él, con tono reflexivo, le habló de esta manera:

—Desde el inicio de los tiempos, ése es el papel que te tocó desempeñar. Yo te he visto regodearte en él, ¿cuáles son tus motivos?

—Señor, tú lo has dicho. En tiempos pasados, cuando fui serpiente, la mujer me hizo caso. Cuando tuve forma de dragón, todo quedó destruido a mi paso. Vestido como un caballero de bombín y esmoquin era también muy temido. Ya ni se diga en forma de bestia con cuernos, cola y mi tridente; así es como fui más famoso.

"Ahora, cuando a un niño lo amenazan con el cuento ese de 'pórtate bien porque si no el diablo te va a llevar', se ríe de mí, con una risa de lo más burlesca. El otro día que me topé con unos chiquillos, les hice muecas poniendo mi rostro más aterrador y ni se inmutaron. Me jalaron de la cola, me echaron pegamento en los cabellos, y de pilón me pusieron por enfrente uno de esos monstruos (más feos que ni yo mismo), que salen en esos aparatitos con los que ahora juegan, que dizque se llaman *tablets*. ¡Ah… qué susto me sacaron! Nunca, en mi larga vida, había visto tanta irreverencia. En verdad, Señor, ya perdí credibilidad. Por ello, ahora cuando veo venir a los escuincles, más bien soy yo el que me escondo. Como que ser diablo ya no deja…".

Una entrevista

—Pase por favor, –el psiquiatra mira la tarjeta que tiene sobre el escritorio– señor Loera tome asiento, estoy para escucharle.

El paciente en turno luce el bien vestir en su delgadez exagerada y apariencia imponente. Una luz tenue da iluminación al lugar de sobria elegancia.

El día se va escapando por el ventanal.

—Yo acostumbro ser directo, empezaré por decirle que su sapiencia de terapeuta publicada en diarios y revistas –lo reafirma al mostrar "Le Magazine" – me hizo venir a tratar un asunto importante.

—Prosiga usted.

—Mi interés, como el suyo, es el éxito profesional y la empresa a mi cargo es de tal categoría que fue creada para siempre. Ni se azore; así ha sido y así es de valiosa su presencia en el mundo. Y usted, con su manera de actuar, parece no comprenderlo.

Al decirlo se levanta y pensativo da largos pasos hacia el ventanal, mira al exterior y regresa con lentitud al asiento.

—Señor Loera, le escucho.

—Mi nombre goza de admiración, más que el de usted porque hace temblar a cualquiera y aquí en su consultorio lo ha desprestigiado.

—Don Serafín –lo recalca– su problema...

—Hablemos primero del suyo, de ese engreimiento que lo ciega sin ver más allá de la nariz; usted vive del aplauso y el esplendor. Debe registrar que las nubes del éxito son pasajeras, señor mío ¡anótelo!

El analista se incomoda en su asiento, toma una pluma, escribe mientras, de reojo, remira al individuo que continúa:

—Sí, anótelo para que lo recuerde y deje de entremeterse en mi terreno. Ése es mi problema.. Vine a comprobar mi existencia, y que usted acepte su culpabilidad.

—Señor Loera me preocupa... –Su mano va hacia el auricular sin levantarlo.

—¡Preocúpese! Más lo estará cuando se entere ¡con quién está hablando!

—Con un paciente.

—Ni soy paciente, ni necesito tratamiento. –Se levanta de nuevo y da pasos por la habitación reclamando: – Mire, en lugar de eliminar mi nombre dedíquese a ser el infalible con sus crédulos pacientes.

El psiquiatra le observa. Se ha interesado en la persistencia del personaje y después de escuchar la perorata le responde sonriendo:

—Ni me diga que es Belcebú porque ahora mismo…– Don Serafín Loera le interrumpe y, en actitud de orgullo, detiene su ir y venir frente al terapeuta.

—Sí señor, sepa ahora mismo que los psiquiatras no soportan la competencia profesional y se empeñan en disculpar toda conducta maléfica. Su práctica continua es la negación del mal y para ustedes yo soy un invento. ¡Pobres mortales!

—Don Serafín...

—Sí, tratan de convertirme en leyenda; la soberbia que les domina los transmuta en uno de los míos. Su vida no es edificante "eminencia"; aquí, en su consulta, se elimina todo trauma y le agradezco porque esa clientela caerá en mi dominio.

El facultativo mira el ir y venir del sujeto. Ve su reloj, se da cuenta de que el turno siguiente se ha invadido por el tiempo dedicado al peculiar personaje. Sin embargo sigue a la escucha.

—Y sepa usted "eminencia" –lo reafirma– que he dominado y dominaré en este planeta, guárdelo en su mente. Quisiera que yo fuera un fiasco, aniquilarme…

—Señor Loera, por favor siéntese.

—De ninguna manera– lo dice frente a él– y demando a usted que se abstenga de quitarme de en medio y de confundir la mente de su clientela.

—Don Serafín, importa…

—Sí, sí importa, por ello insisto que usted respete el libre albedrío de sus incautos pacientes.

—Es que usted…

—Abandone esa distorsión profesional. ¡Deje de inmiscuirse en las conciencias! En el mundo reina la maldad, y reino yo. –El rictus del psiquiatra remarca inquietud.

—Señor Loera está padeciendo…

—Padezco de burlas y choteo, soy difamado en su consulta y fuera de ella. Estoy aquí para convencerle.

—Don Serafín, le creo. –Dijo para calmarlo.

—Afirmación falsa, y ¡qué ceguera la suya! Vine para ser conocido y que lo divulgue. –Por fin regresa al asiento con brusquedad.

—Señor Loera si usted ha tenido el dominio terrenal…– Al decirlo toma de nuevo el auricular y pide comunicación al manicomio.

—Bien dicho "eminencia" y no sólo terrenal, sino el celestial también lo tuve.

—Su mente don Serafín… –La llamada está lista y toma el auricular– Sí, de inmediato… ¡Claro, con camisa de fuerza!

Don Serafín Loera al escuchar lo anterior mueve la cabeza exasperado. Se levanta sin prisa y, burlesco, va hacia el terapeuta quien está preparado a recibirlo, sin imaginar la fuerza del esquelético visitante que lo noquea de un puñetazo. Y Serafín Loera, ya de salida sentencia con voz de trueno:

—"Eminencia": allá lo espero.

Blanca Idalia Galindo

Dablio

(una pesadilla en el averno)

Sin saber por qué, me veía fuera del averno ¡¡¡destronado!!! Me provocó tal sobresalto que llegó a ser una "Pessoadilla": no puedo precisar dónde me encontraba, pero ahí, despojado, no me llamaba Luzbel ni me decían Chamuco. No me transformaba en diferentes personas, no inventaba personajes falsos (para hacer el mal), ni podía estar presente en varios lugares. Ya no era… ni rojo… Ni caliente… Ni tenía mi cetro de tres picos… menos mi cola.

Mi angustia diabólica crecía porque, sin saber bien a bien cómo, y porque las pesadillas son contradictorias, inconexas, ilógicas, absurdas, disociadas, y desatinadas, donde me encontraba el jamón dejó de ser endiablado y los camarones ya nunca se sirvieron "a la diabla" (en honor a mi mujer). Ella de pronto podía usar perfume sin incendiarse más todavía y Yo, de todas maneras, como de costumbre, buscaba durante mi pesadilla algo para calmar sus calores. El ginecólogo no moría abrasado por ella cuando nacían mis hijos. Ellos no se colgaban de los postes de luz, y podían jugar otros juegos: guerras con pistolas de agua (aunque se les inflamaran las anginas) en lugar del famoso "¿de qué murieron los quemados?". Por supuesto que en esta ocasión mi mujer no los mandaba inmediatamente de regreso al Infierno. No "ardía Troya" a causa de los regaños por olvidar el tridente o, andar de traviesos con sus juguetes favoritos: los cohetes. Ella, en mi sueño también había dejado de usar la frase "Diantre de escuincles del diablo". Yo, podía besar a

mi mujer y a mis hijitos sin sacar "chispas de amor". Ellos tampoco viajaban por el sol, ni jugaban en mi "patín". ¡Horror! Los veía usar patines en cada pie. Después, como sucede en las pesadillas donde no se define el tiempo, al instante siguiente los veía pubertos, y en lugar de volcanes en erupción, les aparecían un demonial de granitos.

¡Pobre de mí! ya no podía aromatizar nada, pues con el baño diario quedaba desprovisto de mi sabroso miasma de azufre destilado. Y también sentía frío. Admiraba las candilejas encendidas del Teatro Lírico ¿en París? ¡Ahora hasta me gustaba la luz! Ahí le escuchaba el Aria de las Joyas a Salma Hayek. No sentía ganas de meterle (como antes) la cola para que se portara mal, semejante a la Sra. Jones en su famosa película porno. Pero Salma nunca ha sido soprano, ni había nacido todavía cuando el "Lírico" era famoso por sus representaciones. Y, ¡hmm! ya no tenía chiste derretirse de calor por ella. Allí nada de que: "El hombre es fuego y la mujer estopa" pues no venía Yo, ¡qué espanto! porque tampoco soplaba. En cambio, por su actuación, le enviaba un ramo de flores de ésas que nombran "llamaradas".

¡Noo! Mi mujer me decía burlándose:

—Te "llamas" Dablio y tus travesuras tampoco son diabluras.

Yo, me ponía al rojo vivo pero ¡de impotencia! De veras, en este ensueño angustioso la impía e infame se burlaba impía y decía, sonriendo, que ya no era Yo ni llamarada de petate. Que no podía tentar a nadie. Estaba frito y, entonces de coraje, en mi sueño decidía mandarla con Mefisto (al cabo no sabe nada de ópera), para desatar sus instintos más bajos como hizo Fausto con Margarita. ¡De seguro bajo su influencia podría ser maligna otra vez! Sí… oía la cavatina de Fausto. Sólo que en esta ocasión el Teatro de la Ópera en Paris estaba totalmente iluminado ¡con luz eléctrica!

Yo recordaba que aborrecí la comida porque siempre fue rostizada y, en la pesadilla, ¡era al revés! Se me antojaba por ejemplo: un sándwich

de pan tostado con pavo ahumado, los tacos al carbón y el pollo a las brasas. El postre de leche frita me parecía sabroso.

¡Sueño traidor! ¡Tramposo! ¿Cómo podría yo haber dejado de ser Lucifer en una noche? Mi nombre quiere decir "el que lleva la luz". ¿¿¿Cómo me había vuelto BUENO??? ¡Maldición! Eso sí era una tragedia inmensa. El peor de los castigos, ¡Qué ironía!

Esta, sospecho y repito, era una pesadilla de lo más extraño… Durante mi vida normal de Satanás no podía leer en mi sala de bronceado permanente porque quemaba los libros; sin embargo, al menos fui poeta porque el requisito principal solía ser que uno tuviera los pies quemados. En cambio, en mi sueño ruin no personificaba lo de Espíritu Impuro, dejé de ser el enemigo. Era devastador, y, como era Dablio "el bueno" ya no me caía en la madre el Uniquísimo-Todísimo.

Desposeído, añoré durante la pesadilla infernal, a un chavo gandul que me mandó San Pedro cuando yo era el Príncipe de los Ángeles Rebeldes; el infeliz, en las puertas del Infierno, recordé que me saludaba muy educado:

—¿Cómo les va a Usted, y a su esposa?

—¿Quién te dijo que soy casado? —y respondió:

—¿Pus luego esos cuernotes?

Se creía muy listo, parecido al otro escuincle que no levantaba los dulces que se caían al suelo porque yo los había besado. Ese mocoso calumniador tampoco avisó a nadie cuando su abuelita se cayó y murió porque dizque yo la había besado. Sí, se me paraban los pelos de punta en lugar de los cuernos.

Ahora recuerdo que la pesadilla perversa no terminaba; mientras, yo seguía sufriendo atemorizado… pero… puesto que ya no era Lucifer sino Dablio "el bueno" intuía que ni todo el oro del Rhin podría devolverme mi esencia satánica. Temía no poder regresar al averno que estaba lejíííisimos. Oía música… ¿Estaba quizá en peligro de muerte?

¡¡¡No deseaba morir!!! ¡¡¡En el averno no morimos!!! ¡¡¡Qué miedo!!!

Casi al final del sueño escuché una voz. Reconocí la de Goethe; precisamente con las palabras que impidieron llevarlo conmigo:

—¡Luz, más luz!

Puedo decir "benditas palabras" porque parecieron una invocación, Yo no me llamaba Dablio "el bueno", sino ¡Luzbel!

Esas tres palabras fueron la solución para terminar con mi pessoadilla. Decidí ¡Qué demontres! mandar a Dablio "el bueno" al Seminario Mayor, a fin de poder despertar en mi reino.

José Brú

El rebelde

No era la primera vez que iba yo a ese tugurio.

Aunque era un antro de mala muerte, las bebidas estaban bien servidas, los precios accesibles, y sobre todo, la concurrencia era de lo más variada posible.

Gente de toda calaña afluía allí.

Borrachos empedernidos, bohemios, artistas, así como criminales, traficantes, guerrilleros, y un gran número de otros especímenes conformaban la fauna habitual de ese antro variopinto perdido en la ciudad.

Sin embargo, esa vez, de inmediato me llamó la atención un parroquiano que no había visto nunca antes.

No sé si sería su mirada, profunda y triste, perdida en la negrura de sus ojos. O que estaba solo en esa mesa, contrastando con el demás público. O lo anormal que resultaba su sombrero, en un local cerrado y en nuestra ciudad.

En un impulso, me senté con él, pues había despertado mi interés.

Compartimos unas copas, y entablamos conversación, si así se le podía llamar a esas breves frases sueltas que, a regañadientes, casi en soliloquio, salían de su boca en medio de silencios que se me figuraban interminables.

Parecía tratarse, según deduje de sus expresiones entrecortadas, de un rebelde proveniente de uno de esos lugares casi imaginarios de los que a veces nos llegan aisladas noticias.

De repente, soltó una larga perorata.

—¡Cómo añoro volver...! Aquello era el paraíso... Lo único discordante era el inmenso poder del que gobernaba... El dictador era un dios ahí... Quiso disimular un poco su poder con un triunvirato, más formal que real... Pronto empezaron las órdenes incomprensibles, inexplicables, incuestionables... No valían razones... Había que acatar... Los preceptos absurdos, cercanos a la adoración de su persona y de su hijo, no tardaron en aparecer... Me negué a seguirlos... Encabecé la rebelión, y aunque éramos legión, sus adeptos eran más... Perdí, y no puedo volver ahí... El exilio es un infierno... El destierro me parece eterno...

Tuve que hacer una parada impostergable por más tiempo, necesaria para permitirme desalojar parte del líquido que había ingerido. A mi regreso, el desconocido ya no estaba en la mesa.

Lo busqué alrededor, y lo vi a punto de salir; le grité; pero, o no me oyó o se hizo el desentendido y, sin volverse, desapareció.

Me quedé reflexionando en el misterioso personaje y en su historia.

El enigmático bulto en la parte trasera de su pantalón, apenas vislumbrado mientras salía; el sombrero inamovible sobre su cabeza; y sobre todo, ese ligero olor sulfuroso que empecé a percibir, proveniente de donde hasta hacía unos minutos se encontraba el susodicho sujeto, empezaron a colocarse como las piezas de un rompecabezas y a formar un todo.

De repente, la luz se hizo en mi cerebro y adiviné quién había sido mi interlocutor.

Por eso, a partir de ese día, todas las noches vuelvo a ese viejo tugurio, para ver si lo encuentro de nuevo.

Quisiera conocer más acerca de su versión de los hechos, de su vida actual, y un sinfín de preguntas más.

Quizá le llevará mucho tiempo contestarlas y a mí comprenderlo a fondo; pero, me siento dispuesto a ello.

Por un momento me compadecí de él y, con lo poco que lo conocí esa noche, tengo otra opinión de su persona y de su rebeldía.

Estoy casi seguro de que podríamos firmar un pacto de caballeros.

Blanca De Aguinaga

¡Ah, qué diantres!

¡Ya me cansé! Si todo sale mal, me echan la culpa; si hay una serie de desastres naturales, dicen que el diablo anda suelto. ¡Ja! Como si yo fuera el causante de todo.

Las cosas que se oyen decir de mí, no se crean, no todas son por mi causa. Aunque a veces sí meto por ahí mis narices y mis cuernos; pero, no siempre.

Ustedes, queridos lectores, no me dejarán mentir, siempre aparezco en todo, como el rival, el antagónico, el malo de la historia, en fin, todo lo que tiene que ver con actuar fuera de lo convencional. Pero ¿qué es lo convencional? ¿La corrupción, la violencia, los asesinatos y una larga serie de cosas? ¡Sí, ya es de lo más normal!

Sin que me viera, me colé en la biblioteca de un retador, de cuyos ojos destilan odio y amargura; ahora no voy a meterme en los detalles del porqué, sino en lo que se encontraba haciendo.

Llevaba varios libros en la mano que colocaba en una mesa de medianas dimensiones; recorría con la vista los anaqueles de su extensa colección y los iba sacando del lugar en el que estaban acomodados, luego los ponía sobre la mesa; no me fijé mucho si de los lugares de donde salían los libros tenían un orden específico, lo que sí sé es que sacaba aquellos en los que, de alguna manera, se me mencionaba.

Por supuesto que yo sabía que esos libros existían; pero, claro que no todos los había leído y no tendré espacio aquí para hacerlo en estos momentos; mi interés se centraba en algunos de los temas en los que había salido vencedor, y en los pocos en los que fui vencido…

El hombre, en efecto, estaba inmerso en la búsqueda de libros determinados, porque, de numerosos anaqueles, entresacaba alguno y lo acomodaba en alguna de las dos pilas de textos, encima de una mesa.

… Entonces me di a la tarea de buscar en los que más se me invoca. Aunque son muchos libros, no sé si me dé tiempo para comentarlos. Y no sé si los resultados me gusten. Encontré lucha de poderes, retos, pactos, amenazas, dinero…

El primer libro con el que me topé fue en el que Fausto pretende dominarme, ¡habrase visto tal estupidez! ¡A mí que soy el poderoso, manipularme como a un débil! Pero, se le volteó el chirrión por el palito. Yo lo único que hice fue dejarme guiar, seguirle el juego hasta que Fausto confió en mí.

Hans Magnus Enzenberger le dio a Robert la facultad de otro idioma; pero, fui yo quien se lo dictó y los números se volvieron saltones. Doce noches de sueños extraños, con series más extrañas todavía y eso que a Robert no le gustaban las matemáticas, como a muchos niños en la escuela.

En el siglo XVII, Luis Vélez de Guevara me encerró en una botella y un estudiante medio menso y fugitivo se fue a volar conmigo por toda la ciudad, hasta que me encontraron mis perseguidores; pero, fui más astuto que ellos. Como soy diablo, me metí en la boca de uno que bostezaba. Buena estrategia; pero, nos llevaron a los dos. Yo qué culpa tenía, si estaba tan a gusto volando por la ciudad.

O ese cambio de nombre que me dio Xavier Velasco, en *Diablo Guardián* de *Mefistófeles* a *Nefastófeles*, como si eso me hiciera gracia; malo sí era, me las daba de rico, pero no tanto.

En todos los textos mi apariencia no siempre es la misma, cambia de acuerdo con las circunstancias o las épocas; de hecho, una vez, en una pastorela me convertí en diabla, según no sé qué escritor de marras. Eso sí, muy seductora, con un cuerpazo de envidia, demasiado coqueta, mal hablada y despertando los celos y envidias de las pastoras. Pues claro, si a eso iba. A ganar adeptos.

Hubo algunos que me sacaron de mis casillas; un tal Arreola, ése al que le encantaba jugar ajedrez. Me metió en un cine y, a punto estaba de llevarme el alma de un desdichado, cuando la película estaba por terminar y mi olor o la luz que me ponía todo rojo, despertaron las sospechas de mi víctima; eso fue en un cuento que se llamaba "Un pacto con el diablo". Ja, como si no se supiera que siempre hago pactos con la gente.

El que sí me encabronó fue Javier Valdés, en el capítulo siete de *Días de Cementerio*, con el tal Inando. A mi pobre gestor le hizo la vida imposible. Se lo dejé a él porque veía sus negras intenciones. Él dijo que jugaba y no estaba ebrio y trató por todos los medios de romperlo. Me harté de su juego, denegué la solicitud y creo que quedó tranquilo. Mi gestor estaba cansado de luchar contra la astucia del personaje, sus idas y venidas a consultarme eran constantes y sus preguntas de lo más absurdas que se puedan ustedes imaginar. ¿Que si era hombre, que si era mujer? Eso sí, me desquité de lo lindo. No pudo quitarse, por años, el aroma tan lindo que le dejé en su casa...

Y el hombre de la biblioteca seguía apilando libros, mientras la mesa le iba quedando pequeña.

… Yo revisaba algunos títulos, recordaba lo que decían sobre mí, me reía de uno que otro, me intrigaban aquéllos que no había leído, le echaba una ojeada a la contraportada, y con eso me daba una ligera idea de lo que habían escrito.

La verdad, algunos me daba flojera leerlos, quizá lo haría en un futuro. Y si ustedes vieran la larga lista de títulos que están en la mesa, no les alcanzaría el tiempo para leerlos.

Hubo uno que me llamó mucho mi atención. Quizá porque el bibliotecario, al tenerlo en sus manos, sonrió y lo apartó de la pila, junto con otro que yo no había visto. Éste se llamaba *El diablo mi hermano*, de un escritor que ni idea de que existiera: Giovanni Franzoni. Decía en la contraportada que Franzoni "niega la existencia del demonio". Ya veremos. El otro libro en cuestión, de Corrado Balducci, cuyo título es: *El diablo… existe y se puede reconocerlo*, con un epígrafe que reza:

"Al Espíritu Santo, al que pedía ayuda y luz sobre un argumento tan oscuro".

¿Ven lo que les digo? Soy oscuro, tenebroso, apestoso y mil cosas más.

De repente apareció un libro que causó muchas discusiones y controversias en la sociedad italiana, en el Vaticano, y en el resto de los países católicos. Se prohibía su distribución, o no. Sin embargo, la razón ganó, pues aquello de que "lo prohibido es lo querido" iba a hacer que toda la gente lo leyera. Me refiero a *El Diablo* de Giovanni Papini. Modestia aparte, creo que por haber sido Papini ateo, escéptico y luego converso, y además por sus ideas tan filosóficas, se creía que eran razones de peso para no permitir su venta. Claro, el mismo Papini explicó que el Diablo está catalogado desde hace siglos como el Presidente de la República Infernal. Él lo ve como "un ser que sufre, que está vivo, que puede tener un fin diverso del que le asigna la teología tradicional".

En la portada dice: *El Diablo*, subtítulo: *Apuntes para una futura diabología*" Y es aquí donde no todo lo que se dice de mí es cierto, no es lo que ustedes creen. Y Papini lo pone de manifiesto. Asegura las verdaderas razones por las que me rebelé; mis relaciones, mucho más cordiales de lo que se suele pensar, con Dios y otras. Inclusive me considera como un personaje dramático.

Mi bibliotecario, al ver su mesa llena y a punto de que los libros se podían caer a pesar de estar ordenados, hizo girar un anaquel que se deslizó lentamente. En la parte posterior descubrí un nuevo librero… vacío. Se puso a acomodar los libros que había sacado, muchos no alcancé a ver cuáles eran.

De repente vi pasar *El dinero del Diablo*, de Palou; *El oro de Mefisto*, de Frattini; y *Dos velas para el diablo*, de Laura Gallego ¡Hijole! de ésos cómo me encantaría hablar; quizá en otra ocasión. Aunque mencionaré una frase de Gallego que me intrigaba, porque no sabía cómo la usaría mi retado: "… mi padre solía decir que, según algunos ángeles, los humanos no necesitamos a los demonios para ser destructivos porque nos las arreglamos muy bien sin ayuda…".

El librero se iba llenando poco a poco, sobre la mesa las pilas crecían y el hombrecito aquel, con cierto descuido, volvía a acomodarlos no en orden alfabético, ni por tamaños. De vez en cuando, tomaba uno entre sus manos y lo volvía a dejar en el lugar en donde estaba originalmente.

… Yo miraba actuar a ese hombre como si intuyera mi presencia y no quisiera que me percatara de cuáles eran esos libros. Sabía que en cuanto terminara de acomodar lo que sacaba, me echaría una vueltecita para mentalizarme del tiempo que tardaría en terminar el trabajo que se había propuesto.

¡Ah! porque no les he contado todo, y se preguntarán a qué viene tanta mención de libros en los que soy el protagonista. Sí, ya les dije que soy oscuro, tenebroso, apestoso y mil cosas más… pero, mi egocentrismo no llega a tanto. Ese hombrecito y yo tenemos un reto (por eso describí sus ojos que destilan odio y amargura) que consiste en que él escribirá un ensayo con citas en las que yo no salía vencedor, sino vencido; y que él demostraría que las acciones se me habían salido de las manos.

Eso no me gustaba, yo estaba seguro de que había un número considerable en las que era el vencedor.

Si él encontraba más novelas en las que no saliera vencedor, seguiría trabajando en eso, aunque le llevará toda su vida.

Y sí, me encanta ver los dramas en los que se meten mis víctimas para querer vencerme. De alguna manera me sentía, como escribió Papini, un ser dramático.

La chimenea

Alguien prendió la chimenea. Llovía suavemente. Poco a poco la estancia de la cabaña se fue llenando de huéspedes. El calorcito que emanaba del fuego era agradable. La neblina bajaba lento.

Unos se sentaron en los sillones; otros, en el suelo; el resto deambulaba sin decidirse. El fuego comenzó a tomar fuerza. La que estaba en el suelo, sobre unos cojines, tomó un bloc, lápices de colores, y empezó a dibujar, a pintar la chimenea, y las llamas.

Me puse una cobija sobre los pies. Me sentía hipnotizada, el fuego me llamaba como si una fuerza incontrolable me atrajera. Mi mente se sumió en un torbellino de imágenes sin forma, de recuerdos...

El fuego me jalaba, me sentía tan atraída que empecé a tener miedo de dejarme ir, de entrar en él.

Comencé a ver figuras grotescas dentro de las llamas; luego, unos ojos que me miraban y una boca roja que me hablaba. No entendía nada. Mi mirada seguía clavada en ellas. A pesar del calor de la chimenea, y de la cobija que ya tenía enredada en las piernas, sentía mucho frío. Cada vez era más presa de esos ojos y de esa boca. Mi infierno personal se estaba manifestando a través de esos ojos que aparecían entre el fuego. Los movimientos de la boca parecían mantener una conversación conmigo, de la que no oía nada; pero, la sentía como una insistente invitación a seguirlo.

Alguien entró en la estancia, no vi quién. El aroma del chocolate me llenaba, el olor del pan recién horneado era invitador. Nuestra anfitriona dijo: "Cierren la puerta, es hora que los murciélagos andan afuera y entran a las casas".

La señora que pintaba seguía ahí; yo, en el sillón de al lado, miraba las llamas, como en trance.

A pesar de tener frío sudaba copiosamente y mi respiración era agitada. Después me dijeron que mascullaba incoherencias, que me revolvía dentro de la cobija, la que yo sentía que era de piedra y no me dejaba mover. Y, aunque distinguía los ruidos de los demás, no les ponía atención a pesar de mi concentración, abstracción o éxtasis.

De nuevo sentí que la puerta se abría y un olor a cigarro me llenó la nariz. Un murciélago de ojos rojos entró en la estancia revoloteando hacia el techo y me miró fijamente. La chica tzotzil, la que batía el chocolate, lanzó un grito que brotó del miedo ancestral de su gente: "Tzotzl, tzotzl". Quizá lo vio como un aviso o un presagio, pues seguía mascullando palabras en su lengua.

En lugar de aterrarme más, ese chillido desgarrador me sacó del trance hipnótico, del estado terrible en el que me encontraba y con ello recuperé la cordura.

Quien había salido a fumar dejó la puerta abierta, y se deshacía en disculpas.

Cuando lograron sacar al murciélago, preguntaron qué me había pasado. Miré a la señora que dibujaba, quería saber si había captado el rostro diabólico que estaba dentro de la llamas…

Nada.

Por supuesto que sólo fue mi imaginación. Creo que no debo leer tantos cuentos de terror y mucho menos los del diablo.

Directorio

Jorge Aristóteles Sandoval Díaz
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

Roberto López Lara
Secretario General de Gobierno

Francisco Javier Morales Aceves
Oficial Mayor de Gobierno

Álvaro Ascencio Tene
Director de Publicaciones y Periódico Oficial
del Gobierno del Estado de Jalisco

Diablerías
29 cuentos
Se terminó de imprimir en los talleres de la Dirección de Publicaciones del
Gobierno del Estado de Jalisco, Av. Prol. Alcalde 1351, 1er Piso del Edificio C,
Unidad Administrativa Estatal, Col. Miraflores, C.P. 44270
Guadalajara, Jalisco, México, 4 de julio de 2016.
El tiraje constó de 1,000 ejemplares impresos en Papel Bond de 90 gramos.
Portada impresa a selección de color en papel Couché de 250 gramos.

Diablerías es el decimocuarto libro de **La Mesa Literaria**; la mayoría de los 29 textos contiene el planteamiento general del tema: el diablo desea conquistar almas, arrebatárselas a Dios. ¡Ah! Sin embargo, he ahí la habilidad de los autores para sorprender expectativas, para tejer insospechadas exposiciones con nudos y desenlaces que logran en el lector: alzar las cejas; condolerse por la suerte del protagonista, o por la del antagonista; soltar una carcajada por andanzas diablescas fallidas; meditar en los finales, o, sonreír satisfechos (por aquello de la voluntaria suspensión de la incredulidad, y "creer" lo que se está leyendo). E

En Diablerías, cuatro textos contienen un sinónimo, una derivación, o un paralelo con la representación de satán; o sea, tratan de la maldad descrita en un ser inanimado, o de los demonios personales que se materializan para destruir al hombre, quizás poseerlo; o "reales fantasiosas" ensoñaciones con el maligno durante la niñez, y en un adulto.

Publicaciones de
La Mesa Literaria
Colección **Perversitudes**:
Los Siete Pecados Capitales — 1997
La Mentira — 1998
El Suicidio — 1999
El Secuestro — 2000
El Voyeurismo — 2002
La Prostitución — 2003
Perversitudes — 2004

Otras:
Leyendas apócrifas del Panteón de Belén — 2006
Animalario — 2007
Fragmentos de la Historia — 2010
Podría ser de otra manera — 2011
34 cuentos de humor — 2014
Son puros cuentos — 2014

JALISCO
GOBIERNO DEL ESTADO
SECRETARÍA GENERAL DE GOBIERNO

La Mesa Literaria